HIJOS DEL ESCÁNDALO – LIBRO 1



ENTRE EL HUMO Y Sterling

VIOLET SINCLAIR

ENTRE EL HUMO Y STERLING

UN ROMANCE HISTÓRICO VICTORIANO DE ENEMIGOS A AMANTES

HIJOS DEL ESCÁNDALO - SPANISH EDITIONS

LIBRO UNO



VIOLET SINCLAIR

BICOASTAL PUBLICATIONS

Copyright © 2026 by Violet Sinclair

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo

Acerca del Autor
Otras Obras de Violet Sinclair

CAPÍTULO 1



El humo la alcanzó antes que la fábrica.

Flotaba sobre Ancoats como un segundo cielo: bajo, de un gris amarillento y amargo, con un hollín de carbón que se posaba en la lengua como hierro quemado. Rose había leído setecientas páginas de testimonios sobre los molinos de algodón de Manchester. Había citado de memoria los informes de las comisiones y recitado estadísticas de mortalidad que hacían enmudecer salas llenas de hombres que habrían preferido no escuchar.

No había comprendido nada.

Los informes no podían transmitir el peso de aquel aire, la forma en que presionaba la piel y llenaba los pulmones con una densidad que obligaba a que cada aliento fuera deliberado. Esto era lo que un niño de nueve años, encargado de anudar hilos rotos, respiraba durante dieciséis horas al día. Esto era lo que la página escrita no podía contener.

La señora Aldridge se había despedido en la puerta de los Whitfield esa mañana con una mirada que sugería que los inspectores parlamentarios que se aventuraban en Ancoats antes del desayuno merecían cualquier cosa que les sucediera. Rose había sonreído, se había guardado el cuaderno bajo el brazo y había caminado sola por Manchester. Llevaba entrando sola en lugares desde que tenía catorce años. El hecho de que este lugar en

particular oliera a hierro quemado y supiera a advertencia era, se dijo a sí misma, algo secundario.

El capataz bloqueaba la puerta de la fábrica con los brazos cruzados sobre un pecho hecho expresamente para disuadir a cualquiera de entrar.

—No se admiten visitas —dijo con el marcado acento de Manchester y unas vocales tan planas como el horizonte—. Órdenes del señor Holt.

Rose se había topado antes con esa expresión: la inamovible certeza de que una mujer con vestido de viaje no tenía nada que hacer a menos de cien yardas de una hilandería de algodón. Llevaba tres años visitando fábricas en nombre de la Sociedad Filantrópica Sterling. La autoridad parlamentaria era nueva; la expresión, no.

Sacó su carta de nombramiento del Comité Selecto sobre Condiciones en las Fábricas, la desdobló despacio —dejando que él viera el sello, que registrara el gramaje del papel— y la sostuvo a una altura que le obligaba a levantar la vista.

—Rose Sterling. Del Comité Selecto Parlamentario —hizo una pausa; lo justo y necesario—. Las órdenes del señor Holt no invalidan una ley del Parlamento, ¿señor...?

—Brennan —él cogió la carta con la renuencia de un hombre que acepta una citación judicial y entornó los ojos ante el sello—. Tuvimos a unos periodistas aquí el mes pasado. El señor Holt dijo que ni uno más.

—No soy periodista, señor Brennan. Estoy aquí en nombre del comité que revisa las condiciones de las fábricas antes de la Ley de las Diez Horas. Mi inspección ha sido programada a través del Ministerio del Interior —esto no era del todo cierto; la había programado ella misma e informado al Ministerio a posteriori, una distinción que no veía motivo para compartir—. Estaré encantada de esperar mientras informa al señor Holt. O puedo empezar sin él, si así lo prefiere.

La boca de Brennan gesticuló buscando una respuesta que nunca llegó. Miró de nuevo la carta, miró a Rose y pareció llegar a la conclusión de que aquella era una batalla que difícilmente ganaría.

—Espere aquí —desapareció tras la puerta de la fábrica, dejándola lo bastante abierta como para que Rose oyera lo que había más allá.

Lo primero que la golpeó fue el sonido. El trueno de los telares mecánicos en pleno funcionamiento era una fuerza física: un rugido atronador que vibraba en la mandíbula y convertía la conversación en un ejercicio de resistencia. Por debajo, la fábrica respiraba: el siseo del vapor, el tableteo de las lanzaderas, el agudo quejido de las correas de transmisión. El aire que escapaba por la puerta abierta estaba cargado de fibras de algodón; era cálido, húmedo, con sabor a aceite, a fibra cruda y al aire de estancias donde las ventanas estaban selladas porque la humedad evitaba que los hilos se rompieran.

El patio contaba su propia historia. Estaba más limpio que la mayoría: los adoquines barridos, el drenaje funcional. Una bomba de agua en la esquina noreste, con el mantenimiento recién hecho. Las letrinas —podía olerlas ligeramente— estaban tabicadas, lo que situaba a Holt Cotton Works por delante de la mitad de las fábricas que había visitado. Pequeñas concesiones. El tipo de cosas que los dueños de las fábricas llamaban benevolencia y los reformadores consideraban insuficientes, y que, en la estimación cada vez más complicada de Rose, eran ambas cosas.

La puerta volvió a abrirse. No era Brennan.

El hombre que salió tendría unos treinta años, era ancho de hombros al modo de los hombres que habían realizado trabajos físicos antes que cualquier otra cosa. Llevaba las mangas de la camisa remangadas hasta el codo —antebrazos fibrosos por el trabajo, no por el deporte— y el chaleco se asentaba sobre un cuerpo que no tenía nada de salón aristocrático. Olía a humo de carbón y a lino limpio. Manchester incrustado en la lana, con algo más penetrante debajo. Tenía la mandíbula demasiado cuadrada, el pelo oscuro cortado por practicidad y su expresión denotaba una cautela paciente; estaba decidiendo cuántos problemas le iba a dar ella antes siquiera de que hablara.

La pluma de Rose se detuvo sobre su cuaderno. Registró los antebrazos de la misma manera que registraba las condiciones de la

fábrica: de forma automática, minuciosa, con una atención al detalle que nada tenía que ver con el Comité Selecto.

Él sostenía la carta de nombramiento en una mano. La otra lucía una cicatriz que le cruzaba los nudillos: una cresta larga y pálida desde la base del dedo índice hasta el borde exterior de la muñeca. La firma de un trabajador de fábrica.

—Señorita Sterling —no le tendió la mano. Su voz era de Manchester pero culta: las vocales ancladas en el norte, la gramática apuntando a otra parte. Se había esforzado por conseguir esa voz. Podía oírse la construcción en ella, la elección cuidadosa de un hombre que hablaba dos idiomas y elegía este para alternar—. Llega antes de tiempo.

—No sabía que las condiciones de las fábricas mejoraran con un aviso previo, señor Holt.

Algo cambió tras sus ojos; no llegaba a ser diversión, pero tampoco irritación. Estaba recalibrando. —No mejoran. Pero mi agenda sí. Tengo trescientos trabajadores en la planta, una entrega de Liverpool que debe llegar antes de una hora y un capataz que acaba de interrumpirme para anunciarme que el Parlamento ha llegado con sombrero —lanzó una mirada a su tocado—. Palabras suyas.

—Qué alentador que su personal sepa identificar a una representante parlamentaria. Aunque solo sea por su sombrerería —Rose mantuvo la voz amable. La amabilidad podía ser corrosiva.

—Su comité podría haber mencionado una fecha —él se cruzó de brazos—. No suelo despejar mi agenda para sorpresas.

—*Su* comité —ella señaló la distancia del posesivo; ya estaban marcando fronteras—. El nombramiento se concertó a través del Ministerio del Interior.

—El Ministerio del Interior —él se apoyó en el marco de la puerta. Su aire de suficiencia era calculado; ella podía percibir eso— me envió una carta el mes pasado. Escribieron mal Manchester. Pero estoy seguro de que han programado su inspección con su habitual atención al detalle.

—El Ministerio del Interior no programó esta inspección, señor Holt. Lo hice yo —dejó que aquello calara—. Y le aseguro que sé

escribir Manchester.

La boca de él se curvó. No fue una sonrisa, sino una concesión. —Pase, entonces. Le enseñaré lo que ha venido a condenar.

—No he venido a condenar nada. He venido a observar.

—Según mi experiencia, señorita Sterling, los londinenses vienen al norte a observar. Se marchan habiendo condenado. El mirar es un mero trámite.

Se dio la vuelta y volvió a entrar en la fábrica sin esperar a ver si ella lo seguía.

Rose lo siguió.

La nave de telares los engulló. El ruido era absoluto: un muro de sonido que presionaba los tímpanos y reducía el mundo a lo puramente físico. Rose había estado antes en hilanderías de algodón, en Birmingham y Leeds, y el asalto era siempre el mismo: primero el calor, tropical y denso, diseñado para el algodón más que para los trabajadores que lo atendían; luego el movimiento, cientos de telares en marcha coordinada, lanzaderas volando a través de los hilos de la urdimbre con una velocidad que hacía pestañear; y después, los niños.

Siempre había niños.

En Holt Cotton Works, eran más pequeños que las máquinas a las que servían. Una niña de unos ocho años trabajaba anudando hilos, zigzagueando entre los telares para unir hebras rotas con dedos que se movían más rápido que el pensamiento. Un niño de no más de diez barría la pelusa de debajo de la maquinaria, encajándose en espacios donde ningún adulto podría llegar. Otros dos niños llevaban bobinas entre las hilaturas con la concentración firme y vacía de unos trabajadores que llevaban haciendo eso más tiempo del que llevaban haciendo cualquier otra cosa.

La pluma de Rose se deslizó por su cuaderno. *Anudadores presentes. Edad aprox. 8-10. Horas por determinar. Condiciones: húmedo, cálido, ventilación inadecuada. Suelos limpios. Maquinaria mantenida. Trabajadores alerta pero fatigados.*

Samuel Holt la observaba escribir. Se había colocado dos pasos a su izquierda —lo bastante cerca como para responder preguntas, lo bastante lejos para observar sin agobiar— y su expresión se había

quedado en una estudiada inexpresividad. Esperando a ver qué escribía ella.

Excepto que no era exactamente la misma inexpresividad que había visto en Birmingham y Leeds. Aquellos dueños la llevaban como una armadura: defensiva, rígida, preparados para lo peor. La de Holt era distinta. Expectación. Como si ya supiera lo que ella vería y estuviera esperando a que ella se diera cuenta.

—¿A cuántos niños emplea? —Rose proyectó la voz justo por debajo del grito.

—Catorce —él igualó el volumen sin esfuerzo—. Han bajado de los treinta y uno que había cuando abrí la fábrica hace seis años. El más joven tiene ocho. Solo anudadores y transportadores de bobinas; ningún niño maneja los telares directamente.

—Ocho —la pluma de Rose se detuvo—. La Ley de 1844 establece el mínimo en ocho para el empleo a tiempo parcial. Seis horas y media.

—Conozco la ley, señorita Sterling. Pago un buen dinero a un abogado para asegurarme de estar en el lado correcto de ella, lo cual es más de lo que se molestan en hacer la mayoría de los dueños, aunque no espero que eso aparezca en su informe —señaló a la niña que Rose había estado observando, la anudadora de manos rápidas—. Polly Marsh. Nueve años. Trabaja seis horas al día, cinco días y medio a la semana. Su madre es tejedora en la tercera planta. Su padre murió en el derrumbe de una mina en Wigan hace tres años. Gana tres chelines a la semana, que van para su madre, que gana nueve. Entre las dos mantienen a una familia de cuatro con casa y comida en Ancoats, lo que supone doce chelines a la semana para una vivienda de dos habitaciones, carbón y comida, por si su comité siente curiosidad por la aritmética de la supervivencia.

No estaba a la defensiva. Todos los dueños de fábricas a los que ella había entrevistado se habían defendido, se habían desviado del tema o se habían justificado. Holt estaba exponiendo hechos y desafiándola a discutir con la aritmética.

Rose dejó de escribir. Miró a Polly Marsh: nueve años, manos rápidas, padre muerto. Miró a Samuel Holt, que conocía el nombre de la niña y el presupuesto de su familia y el precio del carbón en

Ancoats con la misma fluidez con la que Rose conocía los números de página de los informes de la comisión.

—La comisión documentó a niños trabajando catorce horas al día en condiciones mucho peores que estas —Rose eligió sus palabras con cuidado—. Su fábrica es mejor que la mayoría. Eso no es lo mismo que decir que es adecuada.

—No —la mandíbula de Holt se tensó—. No lo es. Pero esto es lo que cuesta lo "adecuado", señorita Sterling. Si subo los salarios, pierdo el margen. Si pierdo el margen, no puedo comprar algodón en rama. Si no puedo comprar algodón, los telares se detienen. Si los telares se detienen, la madre de Polly Marsh no tiene trabajo y, para Navidad, están en el hospicio. Así que dígame usted —usted, con su comité parlamentario, sus informes de la comisión y su finísimo vestido de viaje—, ¿qué parte de todo eso quiere que rompa primero?

Los telares llenaron el silencio que siguió. Rose sostuvo su mirada. Él sostuvo la de ella.

—Enséñeme el resto —dijo Rose.

Él le enseñó el resto.

La sala de hilado, donde los hiladores trabajaban por parejas y la temperatura bajaba diez grados porque el algodón requería un aire más fresco. La sala de cardado, donde el algodón en rama se peinaba en cintas y la fibra en el aire era tan espesa que se podía saborear; tres trabajadores llevaban máscaras de tela sobre la boca, requisito de Holt, no de la ley. La sala de máquinas, donde un motor de vapor Boulton and Watt golpeaba con furia mecánica, atendido por un ingeniero que saludó a Holt con la cabeza sin levantar la vista de sus indicadores.

Y por todas partes, detalles que no encajaban en el patrón que ella esperaba. Un reloj montado sobre la planta de la fábrica: los trabajadores podían ver sus horas, podían pedir cuentas al dueño por el tiempo. Agua potable de una bomba dentro del edificio, no solo en el patio. Un armario cerrado en la oficina del capataz con vendas, tablillas y láudano para las heridas. El cuadrante de las letrinas colgado en la pared: limpieza diaria, por orden de la dirección.

Rose lo anotó todo. También anotó a los niños: sus edades, sus tareas, la fatiga visible. La forma en que sus manos seguían moviéndose incluso cuando sus ojos se quedaban vacíos.

Seguía escribiendo cuando Holt dejó de caminar. Habían llegado a la parte trasera de la fábrica, pasado el control de empaquetado, pasada la oficina donde Brennan hacía una exhibición teatral de no estarlos mirando a través de la ventana, hasta una puerta en la que Rose no se había fijado.

Holt la abrió.

Detrás de la puerta, encajada en una habitación que probablemente había sido un cuarto de limpieza, había una escuela.

Pequeña, de unos doce por diez pies. El aire era diferente aquí. Seguía siendo cálido por el calor de la fábrica que se filtraba por las paredes, pero el vaho de carbón y algodón había sido sustituido por el polvo de tiza y el tenue olor a tinta. Una pizarra en la pared del fondo, montada con la confianza ligeramente torcida de la carpintería aficionada. Un estante de cartillas destartaladas, con los lomos agrietados por el uso. Un tarro de tiza, casi vacío. Y sobre la mesa, las cicatrices de las lecciones aprendidas a toda prisa: manchas de tinta, la leve muesca de letras practicadas hasta que se sometieron a la legibilidad.

La sala estaba vacía —los niños estaban en la planta de la fábrica —, pero una ecuación a medio terminar permanecía en la pizarra. Una pizarra individual apoyada contra la pared con el alfabeto trazado por la mano vacilante de un niño, con las letras oscilando entre la confianza y el colapso.

A Rose se le cerró la garganta.

—Tres horas al día —Holt estaba en el umbral, con los brazos cruzados—. Antes de su turno o después, según la rotación. Lectura, escritura, aritmética básica. Pago a la señorita Ogden —es hija de una tejedora, aprendió sola con los libros que pudo pedir prestados — dos chelines a la semana por dar las clases. No es una escuela propiamente dicha. Pero es algo.

Rose miró la ecuación a medio terminar. El alfabeto en la pizarra individual. El tarro de tiza, casi vacío, porque alguien lo había estado

usando para enseñar a anudadores de nueve años la forma de la letra *A*.

No escribió nada de esto en su cuaderno.

—La comisión recomendó disposiciones educativas para los niños de las fábricas —mantuvo su voz firme—. La mayoría de los dueños de hilanderías tratan la recomendación como algo decorativo.

—La mayoría de los dueños no aprendieron a leer a la luz de una vela después de un turno de catorce horas —la voz de Holt había cambiado, despojada del control cuidadoso que había gobernado cada palabra desde que cruzó la puerta de la fábrica. Más cruda. Más de Manchester—. Yo fui como Polly Marsh, señorita Sterling. Yo fui el niño que anudaba hilos en una fábrica que hacía que esta pareciera una casa de campo. Aprendí a leer por mi cuenta porque nadie más lo iba a hacer, y juré que cualquier niño que trabajara para mí no tendría que elegir entre el jornal y las letras.

La nave de telares tronaba al otro lado del muro. En la escuela, el silencio se mantuvo.

Rose miró la cicatriz de su mano. Ahora comprendía; no solo lo que era, sino lo que significaba. Una marca de lanzadera. El tipo de marca que les quedaba a los niños trabajadores cuyas manos eran demasiado pequeñas y lentas para la maquinaria. Samuel Holt llevaba su infancia en los nudillos, y había construido una escuela en un cuarto de trastos porque la distancia entre el niño que recibió la cicatriz y el hombre dueño de la fábrica no era una distancia en absoluto, sino una línea continua.

Debería escribir esto en su informe. La escuela, las cartillas, la ecuación en la pizarra... el comité querría que quedara documentado.

Cerró su cuaderno.

—Su centro es mejor que la mayoría de las fábricas que he inspeccionado —le sostuvo la mirada—. No es suficiente. Catorce niños siguen trabajando en su planta, y el más joven tiene ocho años, y ninguna cantidad de tiza y aritmética cambia el hecho de que Polly Marsh debería estar en un aula de verdad en lugar de anudar hilos que le ahorran a su línea de tejido tres minutos por cada cambio de bobina.

—Lo sé —la voz de Holt era baja. La admisión le costaba; ella podía verlo en su mandíbula, en la forma en que su mano cicatrizada se cerraba contra su antebrazo—. ¿Cree que no lo sé? Pero si Polly Marsh no está anudando hilos, su madre no puede pagar el alquiler en Ancoats, y si su madre no puede pagar el alquiler, acaban en el hospicio antes de Navidad. Así que, dígame usted, señorita Sterling: ¿qué quiere que haga?

La pregunta aterrizó con el peso de algo cargado durante mucho tiempo.

Rose Sterling, que tenía respuesta para todo —que había construido su vida entera sobre el principio de que todo problema cedía ante una organización suficiente—, descubrió que no tenía respuesta para aquello.

Todavía no.

—No lo sé —dijo ella—. Pero tengo la intención de averiguarlo.

El rostro de él cambió. No fue suavidad; nada en Samuel Holt sugería suavidad. Pero la cautela retrocedió una fracción. La miraba de la misma forma en que ella había mirado su escuela: como si hubiera encontrado algo inesperado y aún no supiera qué hacer con ello.

—Su comité le da tres semanas para las inspecciones del Norte —se despegó del marco de la puerta—. Pondré mis registros a su disposición. Cifras de producción, hojas de salarios, costes operativos... todo lo que necesite para entender cómo se ven los números cuando no se leen desde un despacho de Londres.

—Esa es más cooperación de la que he recibido de cualquier dueño de fábrica hasta la fecha.

—No lo confunda con estar de acuerdo, señorita Sterling. Se lo enseñaré todo porque no tengo nada que ocultar. Y porque cuando escriba su informe recomendando que el Parlamento me cierre, quiero que lo haga con pleno conocimiento de lo que eso significa para cada familia de Ancoats que come gracias a que esta fábrica funciona.

Le tendió la mano. Rose la miró: la palma ancha, la cicatriz de la lanzadera, los callos que ningún éxito había logrado suavizar. Se la estrechó. Su agarre era firme, seco y más cálido de lo que ella

esperaba, y el apretón duró exactamente lo suficiente para que Rose se diera cuenta de que se había dado cuenta.

—Empezaré mañana —dijo ella—. A las siete.

—Empezamos a las seis —un leve gesto en la comisura de su boca; no una sonrisa, sino el fantasma de una—. Pero haré concesiones por Londres.

—A las seis estará bien.

—De veras.

No fue una pregunta. Rose decidió no responder de todos modos. Se volvió hacia la puerta de la fábrica, con el cuaderno apretado contra el pecho, mientras el sonido de los telares subía a su encuentro.

Detrás de ella, en el cuarto que hacía de escuela, la ecuación a medio terminar esperaba en la pizarra.

Ya estaba redactando el párrafo en su cabeza, con el lenguaje cuidadoso que transmitiría al comité lo que había encontrado en Holt Cotton Works. Una fábrica que era mejor que la mayoría y peor de lo necesario. Un dueño que empleaba a niños y les enseñaba a leer. Un hombre que llevaba las pruebas de la crueldad del sistema en su propia mano y las había usado para construir algo que no era suficiente, pero que era más de lo que nadie más había intentado.

El párrafo no incluiría la forma en que su voz había cambiado al hablar de aprender a leer a la luz de una vela. No incluiría el tarro de tiza casi vacío. No incluiría el nombre de Polly Marsh pronunciado con una precisión que nada tenía que ver con la aritmética.

No incluiría la calidez de su mano ni la sensación de la cicatriz contra su palma, ni el hecho de que por primera vez en su carrera hubiera cerrado su cuaderno en lugar de llenarlo.

No porque no supiera qué escribir. Sino porque lo que había encontrado no cabía en las columnas que ella había trazado.

CAPÍTULO 2



Se había puesto un chaleco limpio.

Samuel reparó en ello a las cinco y media de la mañana, de pie bajo la luz grisácea de su oficina con una taza de té de la fábrica en una mano y la carta del corredor de algodón de Liverpool en la otra, y sintió algo parecido al asco. Poseía cuatro chalecos. El bueno era para los domingos y para las reuniones con su banquero; ocasiones que requerían que pareciera el tipo de hombre a quien se le podía confiar el dinero. Hoy era martes. El martes no requería el chaleco bueno.

Se lo quitó, lo colgó en el respaldo de la puerta y se puso el que había llevado ayer. Luego se sentó ante su escritorio y volvió a abrir la carta del corredor, como si las cifras pudieran haber mejorado de la noche a la mañana.

No lo habían hecho. El algodón en rama había subido un cuatro por ciento. El suministro estadounidense se había visto interrumpido por las tormentas en la costa del Golfo. Henderson —su corredor, un hombre que le había concedido crédito durante seis años basándose únicamente en un apretón de manos y en la reputación de Samuel de pagar a tiempo— quería el pago por adelantado para el próximo envío. Samuel hizo las cuentas mentalmente. Podía cubrirlo, pero solo retrasando el aumento salarial que le había prometido a la sala de hilatura. Los hilanderos ya estaban inquietos. Dos se habían

marchado a la fábrica de Marsden el mes pasado. Si perdía a más, el programa de producción se vendría abajo y, con él, los contratos de entrega.

Dejó la carta y miró la pared que había detrás de su escritorio. La licencia de la fábrica en un marco sencillo. Al lado, el dibujo a lápiz que Polly Marsh había hecho del aula: la pizarra, el alfabeto, la mesa con sus manchas de tinta; todo trazado con las líneas cuidadosas de una niña que había aprendido a sostener un lápiz hacía seis meses. Ella lo había dejado sobre su escritorio sin decir palabra, y él lo había mandado enmarcar porque no había sabido qué más hacer con el sentimiento que le provocaba.

Los telares se pusieron en marcha en el piso inferior. El edificio se estremeció —suelos, paredes, cristales de las ventanas— mientras trescientos husos se activaban y el día comenzaba. Llevaba seis años como propietario de esta fábrica. Seis años desde que entró en un banco con su único abrigo bueno y convenció a un hombre que nunca había estrechado una mano callosa para que le prestara dinero a un antiguo aprendiz de hilandero sin avales, sin contactos y sin nada que lo recomendara salvo un plan que hacía que las cifras cuadraran. Había devuelto cada penique con dos años de antelación. El banquero todavía lo llamaba «Sr. Holt» con la leve sorpresa de un hombre que no esperaba que el experimento tuviera éxito.

Samuel se terminó el té, dobló la carta de Henderson en el cajón del escritorio donde guardaba las cosas en las que aún no podía permitirse pensar, y se puso en pie.

No estaba intentando impresionarla.

A las seis menos cuarto, Brennan asomó la cabeza por la puerta. —Su inspectora ya está aquí.

—Dijo a las seis.

—Ya, bueno. Ha llegado antes. Otra vez. —Brennan se rascó la nuca—. Sigo sin creer que Westminster haya enviado a una mujer.

—Westminster ha enviado a una mujer que citó la Ley de Fábricas de memoria y me dijo que mi fábrica resultaba insuficiente. No creo que su sexo sea el detalle relevante, Brennan.

—Está en el patio mirando la lista de turnos de la letrina. Tomando notas.

Por supuesto que lo estaba. Samuel se levantó, se sorprendió a sí mismo haciendo amago de coger el chaleco bueno y salió con el que llevaba puesto.

Rose Sterling estaba en el patio con su cuaderno abierto, escribiendo con la intensidad concentrada de una mujer que documenta la escena de un crimen. La luz de la mañana era tenue y gris —en Manchester el amanecer no era tanto una salida del sol como una disminución gradual de la oscuridad— y vestía un traje distinto al de ayer. Más oscuro. Más práctico. Había dejado atrás el sombrero de viaje y llevaba el pelo recogido de una forma que parecía funcional más que decorativa. Pelo castaño. Reparó en ello como reparaba en los cargamentos de suministros: de forma automática, sin decidirlo.

Ella levantó la vista. —Sr. Holt.

—Señorita Sterling. Se ha adelantado quince minutos.

—Usted llega quince minutos tarde. He estado leyendo su calendario de limpieza de las letrinas. ¿Hacen turnos diarios?

—Semanales, en realidad. Brennan lo supervisa.

—Su lista dice que son diarios. —Señaló el papel clavado junto a la puerta de la letrina.

Samuel lo miró. Brennan, al parecer y sin que nadie se lo hubiera pedido, había rescrito la lista desde ayer. *Limpieza diaria — por orden de la dirección.* Samuel tomó nota mental de matar a Brennan.

—Eso es nuevo —mantuvo el rostro neutral—. Hablaré con mi capataz.

—Debería hacerlo.

No dijo nada más. No le hacía falta. Él podía verlo en su cara; no era ira, sino algo peor. Una confirmación. El primer registro que comprobaba en el segundo día y estaba falsificado. Todo lo que le había enseñado ayer —el aula, la jornada reducida, los niños que parecían bien alimentados y sin moratones—, todo aquello quedaba ahora empañado por una lista de limpieza de letrinas manipulada.

Quiso decir *no es lo que parece.* No lo hizo, porque eso era lo que decían todos los dueños de fábricas cuando los pillaban, y podía imaginar cómo sonaría saliendo de su boca.

—¿Empezamos? —Su voz era serena. Profesional. Cerrada—. Me gustaría observar una jornada completa de funcionamiento. De cambio de turno a cambio de turno.

—Doce horas.

—¿Supone un problema?

Iba a ser un martes muy largo.

La planta de la fábrica a las seis de la mañana era una criatura muy distinta a la que ella había visto ayer por la tarde. El turno temprano se estaba asentando: trescientos trabajadores encontrando sus puestos en el caos controlado de una fábrica que despierta. Tejedores revisando sus telares, hilanderos comprobando la tensión de sus bastidores, capataces recorriendo los pasillos con el pecho erguido y mirada afilada.

Samuel guio a Rose por el lugar. No fue la visita impecable que le ofreció ayer; fue la de verdad. Ella quería ver una jornada completa de funcionamiento, y él se la dio.

Ella lo observaba todo. No lo que redactaba —él podía soportar que lo documentara—, sino la forma en que se movía por el espacio. No lo seguía a él. Lo ignoraba. Sus ojos se dirigían al rincón más oscuro de la sala de cardado, al espacio bajo los telares por donde gateaban los niños más pequeños, a las manos de los capataces. Se acuclilló para comprobar la parte inferior de un bastidor de hilatura donde ningún visitante había pensado jamás en mirar. Pasó el dedo por el alféizar de una ventana y examinó lo que quedó en su guante.

No estaba visitando su fábrica. La estaba despiezando.

Él había construido aquello. No con dinero familiar ni con el capital de un socio ni con una herencia afortunada, sino con jornadas de catorce horas y cifras garabateadas en papel de desecho y la voluntad de realizar cada tarea del edificio porque no podía permitirse contratar a nadie que lo hiciera. Él mismo había instalado el suelo del aula. Había montado la ventilación de la sala de cardado con sus propias manos tras leer un folleto sobre el polvo del algodón y las enfermedades pulmonares. Los aprendices por parejas, los descansos extra, los salarios por encima de la media regional... cada

una de esas decisiones le había costado algo, y las había tomado de todos modos porque recordaba lo que era trabajar en una fábrica donde no se tomaba ninguna.

Y ella estaba pasando el dedo por el alféizar de su ventana.

—Sus aprendices trabajan por parejas. —Alzó la voz para que se oyera por encima del estruendo de los telares—. Eso no es lo habitual.

—Es más lento. Pero uno vigila mientras el otro anuda. Menos accidentes.

—¿Es así todos los días, o solo hoy?

Cinco palabras. Seis años de márgenes más estrechos y producción más lenta y banqueros que preguntaban por qué se molestaba, y en cinco palabras ella lo había puesto al mismo nivel que cualquier dueño de fábrica de Manchester.

—Todos los días. Pregúntele a Brennan. Pregúnteles a los niños.

—La credibilidad del Sr. Brennan no está en su punto más alto esta mañana.

Era justo. Odiaba que fuera justo.

—Pregúnteles a los niños, entonces.

Ella se acercó a la pareja de aprendices más cercana —dos niños, de diez y once años, anudando hilos rotos en un bastidor de hilatura — y se acuclilló para ponerse a la altura de sus ojos. Él no podía oír nada con el ruido de los telares, pero podía ver las caras de los chicos. Cautelosos. Mirando de reojo a Samuel. El mayor dijo algo y Rose lo anotó, y cuando se puso en pie, su expresión no revelaba nada.

Recorrieron la nave de tejido, la sala de hilatura, la sala de cardado donde el aire era tan denso que casi se podía saborear. Se detuvo en cada puesto. Contó a los niños —él veía cómo se movían sus labios mientras hacía el recuento— y observó a los capataces. Vigiló a qué distancia estaban los niños de la maquinaria. Observó sus manos.

Después de dos horas, se volvió hacia él. —Sus registros dicen que estos niños trabajan seis horas. La Ley de 1844 permite seis y media.

—Seis. Lo mantengo por debajo del límite.

—Cada fábrica que he inspeccionado en tres años me ha dicho que sus niños trabajan las horas legales. En treinta y siete de esas fábricas, los libros de horarios eran falsos. Niños que figuraban con seis horas trabajaban ocho. Diez. Doce. Las multas son más baratas que la mano de obra.

—Yo no soy esas fábricas. —Notó que su acento se marcaba más, el deje de Manchester aflorando, como sucedía cuando dejaba de actuar y empezaba a hablar en serio—. Y no me importa mucho si se lo cree o no.

—La lista de las letrinas dice lo contrario.

Ahí estaba. La estúpida mentira de Brennan, bienintencionada, arrojada contra él como una piedra.

—Esa fue una decisión de mi capataz. No mía. Y era una lista de limpieza, no un libro de horarios.

—Un registro falsificado es un registro falsificado, Sr. Holt. Si su capataz manipula un calendario de letrinas para impresionarme, ¿cómo sé que sus libros de horarios no están manipulados para impresionar a los inspectores?

—Porque estoy aquí delante diciéndole que no lo están.

—Todos los propietarios me dicen lo mismo. Absolutamente todos.

—Y todos los inspectores escriben un informe y se vuelven a Londres. Absolutamente todos. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, y no quiso detenerlas—. Usted pasará tres semanas en Manchester y luego se irá a casa a escribir sus conclusiones, y su comité las leerá entre té y galletas para decidir qué es lo mejor para gente que nunca ha conocido. Yo seguiré aquí. Estaré aquí a las cinco de la mañana y cada mañana después de esa, manteniendo a trescientas personas alimentadas. Así que perdóneme si no pierdo el sueño por si se cree o no mi lista de las letrinas.

Estaban a un metro de distancia en la planta de la fábrica. Los telares tronaban a su alrededor. Polly Marsh estaba a tres metros, anudando hilos, sin poder oír ni una palabra de la discusión que se mantenía sobre su futuro.

—Y aun así, aquí estoy. —Su voz era tan baja que él tuvo que inclinarse para oírla por encima de los telares—. Sigo aquí, en la planta de su fábrica. Sigo haciendo preguntas que usted podría negarse a responder.

Tenía razón. Odiaba que la tuviera.

—Entonces no se fíe de mi palabra —su voz era dura—. Venga y compruébelos usted misma. Los libros de horarios, las hojas de salarios, los costes de explotación... todo. Abriré cada libro de contabilidad de mi oficina y podrá buscar la mentira. Y cuando no encuentre ninguna, señorita Sterling, podrá ponerlo en su informe. O no lo ponga. Tengo una fábrica que dirigir de todos modos.

Ella le sostuvo la mirada. Él podía sentirla decidiendo; no si aceptaba, sino si aquello era otra actuación.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

Él se dio la vuelta y salió de la planta, atravesó la sala de embalaje y subió las estrechas escaleras hacia su oficina. No miró para ver si ella lo seguía. Podía oír sus botas en los escalones tras él.

La oficina era demasiado pequeña para dos personas. Nunca había tenido motivos para notarlo antes. Ahora albergaba a Rose Sterling, quien acercó la única silla al otro lado del escritorio sin preguntar y se sentó a observarlo de la misma forma que había observado la planta de su fábrica: buscando el lugar donde se escondía la mentira.

Sacó el libro de salarios del estante. Luego el de costes de explotación. Después los contratos con los proveedores. Toda su operación, cada margen y cada vulnerabilidad, expuestos ante una mujer que había conocido ayer. Ningún inspector tenía autoridad para exigir aquello. Ningún banquero había visto los tres libros a la vez. Le estaba entregando los medios para destruirlo, y lo hacía porque ella lo había llamado mentiroso en su propia fábrica y preferiría desmantelar el negocio antes que permitir que eso quedara así.

—Tenga. Todo. Diviértase.

Ella ya estaba leyendo antes de que él terminara de hablar. Rápido. Concentrada. Pasando las páginas con la soltura de alguien que ya había leído libros de contabilidad antes. Él esperó a que apareciera la confusión, esa mirada vidriosa que había visto en cada reformista y periodista que alguna vez hubiera echado un vistazo a las cuentas de una fábrica.

No apareció.

Pasó una página, recorrió con el dedo el resumen de salarios y levantó la vista. —Sus hilanderos ganan catorce chelines a la semana. Eso está por encima de la media regional.

Había encontrado la cifra relevante en menos de un minuto. A su banquero le costaba diez.

—Por dos chelines. Me cuesta ochocientas libras al año.

—¿Por qué pagar por encima de la media?

—Porque pierdo menos hilanderos que se van a lo de Marsden o de Cartwright. Formar a un hilandero lleva seis meses. Con esas cifras, el extra en los salarios se amortiza solo.

—Inteligente.— No fue un cumplido. Fue una observación. Pasó otra página. —Sus aprendices de limpieza ganan tres chelines.

—Por un turno de seis horas. La mayoría de las fábricas pagan tres chelines por diez.

—La mayoría de las fábricas pagan tres chelines por las horas que figuran en el registro horario. He visto a niños ganar tres chelines por un turno que empieza a las cinco y termina a las seis, con una hora marcada para comidas que nunca reciben.

—Mis niños comen dos veces al día. Veinte minutos cada vez. Puede verlo con sus propios ojos dentro de... —Consultó el reloj—. Tres horas.

—Pienso hacerlo.

Volvió a los números. Se detuvo en la cifra de marzo.

—Sus costes de algodón en rama subieron un cuatro por ciento este trimestre.

—Problemas de suministro en Estados Unidos. Tormentas en la costa del Golfo.

—Y su margen cayó... —Estaba calculando mentalmente. Sin papel. Sin pluma—. Un dos por ciento. Del seis por ciento al cuatro.

—Más bien un tres y medio, una vez que se tiene en cuenta el aumento salarial que di a la sala de cardado en febrero.

—¿Dio un aumento salarial en el mismo trimestre en que subieron sus costes de suministro?

—Lo había prometido antes de que los precios variaran.

—Así que cumplió su promesa.

—Yo cumplo mis promesas, señorita Sterling.

Algo cruzó fugazmente por el rostro de ella; apareció y desapareció. Ya estaba pasando la página.

—Para eliminar el trabajo infantil por completo, sustituyendo esos puestos con trabajadores adultos con salarios de adultos...

—Tres mil adicionales. He hecho ese cálculo.

—Eso le deja con mil.

—Mil y sin margen para un mes malo. Sin colchón para averías en los equipos. Sin reservas si Henderson vuelve a subir los precios. Mil libras entre trescientas familias y la calle.

—Entonces recorte de otra parte —dio unos golpecitos en el libro de contabilidad—. Debe de haber algo aquí que no sea esencial. ¿Qué me dice de...?

—El aula se queda.

Las palabras salieron antes de que ella terminara la frase. Duras, tajantes, con acento de Manchester.

Ella lo miró durante un largo momento. Luego, en voz baja: —No iba a proponer el aula, señor Holt.

—Todo el mundo propone el aula. Mi banquero. Mi corredor. Cartwright, cuando se enteró... dijo que estaba desperdiciando dinero enseñando a niños que pasarían sus vidas en el suelo de una fábrica.

—Lo que iba a preguntar era esto —. Señaló una línea en los costes operativos—. Está pagando once chelines a la semana por un vigilante nocturno.

—Thomas Grady. Hilandero jubilado. Con problemas en las rodillas. Patrulla la fábrica desde las seis hasta el amanecer.

—¿No podrían los capataces turnarse en las guardias nocturnas?

—Grady tiene sesenta y tres años. Si elimino su puesto, no tiene nada. Ni pensión. Ni familia.

—No puede mantener empleados a todos los habitantes de Manchester por una cuestión de conciencia, señor Holt.

—No. Solo a los que alcanzo a ver desde mi despacho.

Ella lo estaba mirando; no a sus libros, sino a él. Luego cogió su pluma.

—El proyecto de ley reduciría la jornada de sus mujeres de doce horas a diez. ¿Qué coste tiene eso para usted?

—Aproximadamente el quince por ciento de la producción. Sumado a los trabajadores jóvenes, mil doscientas libras que no puedo recuperar sin subir los precios o despedir trabajadores.

—O contratando más trabajadores. Turnos más cortos, más manos. El proyecto de ley da empleo a más personas.

—Señorita Sterling. Mis mujeres ganan nueve chelines por una jornada de doce horas. Si las reduzco a diez horas, reduzco sus salarios a siete con seis. Mary Marsh —la madre de Polly— paga doce chelines a la semana por alquiler, carbón y comida. Con nueve chelines sale adelante. Con siete con seis, no.

—Entonces los trabajadores adicionales que contrate...

—Ganarán menos. Porque estoy dividiendo el mismo trabajo entre más personas. La producción no cambia. La masa salarial, sí. Estaré pagando a más trabajadores menos dinero a cada uno, y ninguno de ellos podrá permitirse vivir con lo que recibe —. Se inclinó hacia delante—. Su proyecto de ley no da más tiempo a los trabajadores. Les da menos dinero. ¿Y los nuevos operarios que contrate para cubrir las horas? Ganarán incluso menos que las mujeres a las que he recortado la jornada. Así que ahora tengo a treinta mujeres que no pueden pagar el alquiler y a diez nuevos trabajadores que tampoco pueden. Todo el mundo está empleado. Nadie puede comer. Esa es su reforma, señorita Sterling. Así es como se ve cuando llega al suelo de la fábrica.

Ella guardó silencio. No derrotada, sino procesándolo. Contrastando las cifras de él con las suyas propias.

—El mercado se ajustará. Los salarios se estabilizarán una vez que...

—El mercado se ajustará. Tarde o temprano. Y en los meses que transcurran entre la ley y el ajuste, Mary Marsh no podrá alimentar a

sus hijos. Pero estoy seguro de que eso será un consuelo para Polly: saber que el mercado se está ajustando.

—Está siendo deliberadamente...

—Estoy siendo sincero. Algo que su comité podría intentar.

A ella se le tensó la mandíbula. —El proyecto de ley se aprobará, señor Holt. La única pregunta es si usted está preparado para ello.

Sonó la campana.

Las diez en punto. Su cuerpo lo supo antes de que su mente procesara el dato. Se puso en pie y estaba a medio camino de la puerta antes de haber decidido levantarse.

—Señor Holt...

—El descanso de los niños. Ha dicho que tenía intención de verlos comer. Ahora es su oportunidad.

Los niños ya se habían detenido cuando él llegó a la planta. Catorce de ellos, liberándose de sus puestos —de debajo de los telares, de entre las máquinas de hilar— y dirigiéndose en fila hacia el aula sin que nadie se lo dijera. Pan con manteca sobre la mesa, preparado por la señorita Ogden antes de que comenzara el turno. Una jarra de agua. Manzanas esta semana, golpeadas pero comestibles, compradas baratas a un tendero que liquidaba existencias.

Él se quedó en el umbral y los observó comer.

Polly Marsh estaba sentada en su sitio habitual junto a la ventana, con el pan en una mano y una pizarra apoyada en la rodilla. Estaba practicando la letra *M*: dos picos que flaqueaban ligeramente hacia la izquierda. Lo conseguiría. Era lo bastante terca para ello.

Rose estaba detrás de él. No la había oído llegar por el ruido de la fábrica, pero podía sentir su presencia allí.

—Hace esto todos los días.— No fue una pregunta.

—Comen a las diez y a las dos. Veinte minutos cada vez. La señorita Ogden imparte lecciones durante el descanso de la mañana. Por la tarde es solo comida.

—La ley exige un descanso para comer.

—La ley exige muchísimas cosas. Algunas de ellas son suficientes.

Esperó a oír el rasgueo de su pluma. No llegó. Miró hacia atrás. Tenía el cuaderno abierto pero su mano estaba quieta. Estaba observando a Polly trazar su *M*.

—Podría hablarle al comité de esto. Los descansos, la comida, las lecciones. Reforzaría su postura.

—No es una postura. Es martes.

A ella se le entrecortó la respiración, apenas un instante, solo un leve tropiezo. —Es martes, en efecto.

Él regresó al despacho. Al cabo de un momento, ella lo siguió.

Volvieron a la planta después del descanso. De vuelta a los telares y al polvo y a las discusiones: la ventilación de la sala de cardado, la distancia entre las máquinas de hilar, si su gestión de los desechos de algodón cumplía los estándares que ella seguía citando de memoria. Ella encontró un tornillo flojo en la carcasa de una correa de transmisión que a él se le había pasado por alto. Él pidió una llave inglesa y lo arregló en el acto, arrodillado en el suelo de la fábrica mientras ella permanecía de pie sobre él.

—No sabía lo de ese tornillo.

Él lo apretó. Lo comprobó. Se puso en pie y se limpió las manos en los pantalones. —No.

Algo cruzó el rostro de ella que no era sospecha. No supo ponerle nombre.

Brennan les llevó té al despacho. El turno de tarde cambió y el ruido en la planta de la fábrica cambió de registro. La luz a través de la ventana del despacho pasó del gris al ámbar y al gris otra vez, y la vela en el escritorio de Samuel —que no recordaba haber encendido— se consumió hasta quedar en un cabo. Levantó la vista de un libro de suministros y la vio a ella frunciendo el ceño ante algo en su registro de producción, inclinando la cabeza como si escuchara una voz que él no podía oír, y pensó: mandíbula afilada, cabello castaño, manos que se movían con determinación. El tipo de rostro

en el que no te fijarías entre una multitud y que no podrías dejar de mirar al otro lado de un escritorio.

Apartó la vista antes de que ella lo pillara.

Rose estaba a mitad de una frase —algo sobre el recuento de fibras en la sala de cardado— cuando se detuvo.

—¿Qué hora es?

Samuel miró el reloj. —Las seis y cuarto.

Ella lo miró fijamente. —¿Las seis de la tarde?

—El tiempo suele avanzar en una sola dirección, señorita Sterling.

—Llevo aquí doce horas.

—Doce y cuarto, si somos precisos. Y usted siempre es precisa.

Ella miró hacia la ventana. El patio exterior estaba a oscuras, iluminado solo por la farola de gas en la puerta de la fábrica. El turno de tarde llevaba dos horas en marcha. Algo cruzó su rostro: sorpresa, y luego un destello de algo que ocultó antes de que él pudiera descifrarlo. Se descubrió a sí mismo queriendo descifrarlo.

Cerró su cuaderno. Recogió sus cosas con manos rápidas. —Debería irme. Todavía tengo... —Se detuvo—. Tengo la fábrica de Cartwright en mi agenda. Mañana por la mañana.

El nombre le golpeó como un puñetazo en el pecho.

Mantuvo el rostro impasible. Había tenido veinte años de práctica.

—La de Cartwright.

—Está en la lista del comité. He estado manteniendo correspondencia con su oficina.

—Cartwright no le enseñará lo que yo le he enseñado —. Su voz era firme. La forzó a ser firme—. Le dará la visita guiada que les da a todos: salas limpias, caras lavadas, los capataces mostrando su mejor comportamiento durante la mañana.

—Soy consciente de la táctica, señor Holt. No llegué ayer a Manchester.

—Llegó anteayer.

Ella estuvo a punto de sonreír. Él estuvo a punto de desear que lo hiciera. —Puedo lidiar con el dueño de una fábrica poco cooperativo.

—Cartwright no es poco cooperativo —Samuel se detuvo—. La palabra que buscaba era *peligroso*. La palabra que buscaba era *el tipo de hombre que azota a un niño por llorar y lo llama disciplina*. La palabra que buscaba tenía quince años y todavía conservaba la forma de la hebilla de un cinturón—. Él no ve nada malo en cómo dirige su fábrica. No es lo mismo.

La sonrisa murió. Ella lo observaba ahora a él; no a sus libros, no a su fábrica, sino a él. Pudo ver cómo ella registraba el cambio en su voz, archivándolo junto a la cicatriz y el aula y todo lo demás que había catalogado hoy.

—Iré con usted.

Rose se dio la vuelta en el umbral. —No necesito escolta, señor Holt.

—No es una escolta. Cartwright me conoce. La dejará entrar en la planta más rápido si lleva una presentación —. Esto era cierto, pero no era el motivo, y ambos sabían que no era el motivo, y él le devolvió la mirada y no dio más explicaciones.

—A las ocho en punto. Ella sostuvo su mirada un instante más de lo necesario.

—A las ocho en punto.

Ella se marchó. Sus pasos cruzaron el patio y se desvanecieron en el anochecer de Manchester.

Samuel se sentó a su escritorio. Se miró la cicatriz de la mano derecha. El largo surco pálido desde el dedo índice hasta la muñeca, la marca de la lanzadera que había alcanzado a un niño de diez años cuyos dedos habían sido demasiado lentos y cuyo capataz no había querido detener el telar.

Aquello había ocurrido en lo de Cartwright.

No había vuelto allí desde entonces.

CAPÍTULO 3



Samuel Holt había llegado pronto.

Rose lo divisó desde media Jersey Street —las manos en los bolsillos, los hombros recogidos contra el frío matinal, mirando Cartwright's Mill como si le debiera dinero. El mismo chaleco que ayer. Ella se había fijado en ello entonces también —la deliberada sencillez del mismo, la manera en que se le ceñía a los hombros cuando cruzaba los brazos— de la misma forma en que se había percatado de sus manos cicatrizadas y su hábito de quedarse inmóvil cuando quería decir algo que no iba a decir. Eran observaciones profesionales. Ella era una profesional. El hecho de que hubiera pasado el trayecto desde casa de los Whitfields pensando en la manera en que la había mirado cuando dijo *las ocho* era completamente irrelevante.

Se había marchado antes de que la señora Aldridge se despertara. La inspección era asunto oficial y no requería una acompañante. Esa era la razón. Era la única razón.

—Señor Holt. Ha llegado pronto.

Se giró. —Ha llegado más tarde que ayer. Estaba empezando a preocuparme de que hubiera recapacitado.

—Mi juicio funciona perfectamente, gracias. Es lo que consiguió que su lista de retretes fuera marcada.

Su boca se torció. No del todo una sonrisa. La promesa de una, contenida. —Punto para usted. ¿Le presento, o preferiría producir sus credenciales parlamentarias y aterrorizar a Cartwright usted sola?

—Soy perfectamente capaz de aterrorizar a propietarios de fábricas sin ayuda. Como quizá recuerde.

—Recuerdo que me dijo que mi operación no era suficiente, que citó la Ley de Fábricas de memoria, y que se quedó doce horas. Cartwright no sabrá qué le ha golpeado.

Su pecho se relajó. No se había dado cuenta de que estaba tenso hasta que su voz lo aflojó —ese ritmo seco y rápido con el que había estado esgrimiendo durante doce horas sobre libros de contabilidad y té de fábrica tan amargo que tuvo que contenerse para no hacer una mueca. Excepto que hoy el ingenio estaba estirado, endeble. Podía oír el esfuerzo bajo el mismo, la manera en que a veces oía la voz social luminosa de su madre en funciones benéficas —la luminosidad como una muralla.

La fábrica se erguía detrás de él. No había mirado ni una sola vez hacia ella —sus hombros rígidos, su mandíbula tensa, todo su cuerpo girado como si el edificio fuera un sonido que intentara no escuchar.

Una fábrica que hacía que ésta pareciera una casa de campo. Lo había dicho en su aula, hablando sobre el chico que había sido. Ella había asumido que significaba en algún lugar hace mucho. En algún lugar que había dejado atrás.

—Ha estado aquí antes.

—Trabajé aquí. —Plano. El acento de Mánchester despojado hasta las consonantes desnudas—. Hace mucho tiempo.

La cicatriz en su mano derecha. La marca de la lanzadera. El vigilante que no pararía el telar.

Aquí. Este edificio. Esta puerta. La fábrica que hizo la suya parecer una casa de campo era la que estaban a punto de entrar.

Diecisiete preguntas presionaban contra sus dientes. Se las tragó todas y preguntó la única útil: —¿Qué debería buscar que no encontraría por mí misma?

Sus cejas se elevaron —apenas, solo una fracción— y ella captó la sorpresa antes de que la enterrara. —La sala de hilaturas está a través de una puerta en la parte trasera. Él no la ofrecerá en el recorrido. Los vigilantes llevan correas —observe sus manos, no sus caras. Y los niños no le hablarán mientras los vigilantes puedan verlos.

Ayer había custodiado cada margen en sus libros de contabilidad como un hombre defendiendo una fortaleza. Hoy le estaba entregando el mapa de otro.

Su mano derecha había salido del bolsillo. Los nudillos a lo largo de la cicatriz se habían puesto blancos.

Ella quería tocarlo. Cogió su pluma en su lugar.

CARTWRIGHT APARECIÓ en cuestión de minutos. Bien alimentado, próspero, radiante. Le recordó a Rose los donantes que visitaban St. Margaret's en Navidad —hombres que tocaban las cabezas de los niños para una audiencia y no podían recordar sus nombres en la Epifanía. Ella tenía una sonrisa específica para esos hombres.

Le estrechó la mano —demasiado firme, demasiado cálida, sostenida un tiempo demasiado largo—. —Señorita Sterling. Encantado. Aquí no hay nada que ocultar.

En la experiencia de Rose, los hombres que anunciaban que no tenían nada que ocultar por lo general estaban de pie frente a la cosa que estaban ocultando.

Una mirada a Samuel. —Holt. Ha pasado un tiempo.

—Ha pasado.

Rose los vio medirse mutuamente. La cara de Samuel no revelaba nada, pero su peso se había desplazado —plantado, equilibrado. Listo para algo que esperaba que fuera mal.

Cartwright los condujo al piso de la fábrica. Salas limpias al frente. Trabajadores en estaciones ordenadas. Niños con zapatos. Vigilantes a distancias respetuosas. Suelos barridos, maquinaria mantenida, todo en su lugar correcto.

Cuando la Junta de Gobernadores venía para su inspección anual en St. Margaret's, los niños se fregaban las caras y recitaban sus

lecciones con sonrisas prácticas y brillantes, y su madre decía después: *Bueno, eso fue digno del Drury Lane.* Rose conocía la diferencia entre un lugar que estaba limpio y un lugar que había sido limpiado.

Esta fábrica había sido limpiada.

—¿Cuántos niños emplea, señor Cartwright? —Rose mantuvo su voz agradable. Lo agradable podía levantar pintura si lo hacías bien.

—Treinta y dos. Todo en cumplimiento de la Ley. —Esa sonrisa practicada—. A tiempo parcial para los más pequeños. Mantenemos excelentes registros.

—Estoy segura de que así es. —Escribió: *32 niños reclamados. Verificar independientemente.* —Esa chica en el bastidor de hilado —parece joven. ¿Qué edad tiene?

—Ocho. Edad legal mínima.

La chica no tenía ocho años. Rose sabía lo que la malnutrición le hacía al cuerpo de un niño —la estatura atrofiada, las muñecas delgadas, la manera en que el hambre hace que un cuerpo mienta sobre su edad. Lo había visto demasiadas veces. Sea lo que sea lo que era esa chica, estaba muy lejos de los ocho.

Rose escribió: *Edad reclamada 8. Real est. muy por debajo. Desnutrida.*

Echó un vistazo lateral. Samuel estaba a tres pasos a su izquierda. Ayer, en esta posición, había estado atento, listo para argumentar. Hoy se movía a través de la fábrica de Cartwright como un hombre caminando a través de una sala donde los muebles habían sido reorganizados pero su cuerpo aún recordaba dónde solían estar. Sus ojos rastreaban a los vigilantes de la manera en que los vigilantes rastreaban a los niños —automáticamente, sin elegir. Vigilancia antigua.

En Holt Cotton Works, el piso de la fábrica estaba vivo —ruidoso, humano, desordenado. Los trabajadores le habían gritado a Samuel sobre lanzaderas atascadas. Los vigilantes se habían movido como hombres con trabajo que hacer. Polly Marsh había estado cansada pero presente. Aquí, los trabajadores mantenían sus ojos fijos en sus máquinas. Los niños no levantaban la vista. No hacia Rose. No hacia Cartwright. No hacia los demás.

—Me gustaría ver la sala de hilaturas. —Rose golpeó su libreta—. Y la parte trasera de la fábrica.

La sonrisa de Cartwright se endureció. —El recorrido cubre la operación completa.

—Maravilloso. Entonces la sala de hilaturas está incluida.

Sostuvo su mirada. No parpadeó. No sonrió.

La sonrisa de Cartwright regresó. —Por supuesto. Hendricks, muestre a la señorita Sterling.

—Caminaré sola. —Se giró hacia Samuel—. ¿Señor Holt?

Una inclinación. Un movimiento punzante. Podía ver lo que le costaba —no en su cara, que estaba cerrada herméticamente, sino en sus manos. La mano derecha cicatrizada se había cerrado en un puño a su lado. No agresión. Protección.

Ella caminó hacia la puerta trasera. Él la siguió. Y comprendió que le estaba pidiendo que caminara de vuelta al lugar que lo había cicatrizado, y él lo estaba haciendo porque ella lo había pedido.

Los suelos barridos terminaban en la puerta de la sala de hilaturas.

Más allá —fibra de algodón lo suficientemente espesa para saborearla. Sin ventilación. Sin máscaras. Trabajadores tosiendo en ritmos que sus cuerpos habían dejado de registrar como anormales. Los pulmones de Rose se cerraron en el primer aliento. En Holt Cotton Works, tres trabajadores en la sala de cardado llevaban máscaras de tela —requisito de Samuel, no de la ley. Aquí, el aire era blanco y pesado y mataría lentamente y nadie había gastado ni un chelín para evitarlo.

Los niños eran más jóvenes aquí. Más pequeños. Un chico no mayor de seis años se arrastraba bajo bastidores de hilaturas activos —un recogedor, barriendo desechos de algodón de debajo de la maquinaria que podría aplastarlo si calculaba mal un solo movimiento.

La garganta de Rose se cerró. Los niños más pequeños en St. Margaret's habían sido de este tamaño. Los había bañado. Alimentado. Mantenido cuando lloraban por la noche. Este chico no

lloraba. Este chico había aprendido a doblarse bajo una máquina y a hacerse lo suficientemente pequeño para sobrevivir.

Escribió. Su escritura se había vuelto tensa e irada: *Recogedor edad est. 5-6. Por debajo de la mínima. Maquinaria activa. Sin disposiciones.*

—La ventilación. —La voz de Samuel era baja, cerca de su oído, apenas audible sobre los bastidores de hilado—. No la hay. Su comité debería saber que Cartwright quitó los respiraderos de la pared hace dos años. Dijo que dejaban entrar aire frío y ralentizaban el algodón.

Ella lo miró. A esta distancia, podía ver el músculo trabajando en su mandíbula, los nudillos blancos, la firmeza cuidadosa de su voz. Sea lo que sea lo que le costaba estar de pie en esta sala y hablar sobre ventilación, lo estaba haciendo de todas formas.

—Gracias. —Lo dijo en voz baja.

Él sostuvo su mirada un latido más largo del que cualquiera de los dos pretendía. Luego se resolvió bruscamente hacia el pasillo. —Por aquí. Ahí es donde guardarán a los más pequeños.

Ella lo siguió. Sus hombros se rozaron en el pasillo estrecho —lana contra lana, calor a través de la tela— y se mantuvieron así hasta que el pasillo se amplió.

Una puerta entreabierta. Rose la empujó más.

Sala pequeña. Sin ventanas. Cuatro niños en el suelo recogiendo algodón en bruto a mano. La más pequeña era una chica que no podría haber tenido más de cinco años. Un vigilante contra la pared lejana —alto, de hombros pesados, correa de cuero enrollada en su mano derecha.

La pluma de Rose se detuvo.

Había leído el testimonio. Ochenta páginas del mismo. Podía citar los peores pasajes de memoria —los había citado, en salas de reuniones y cartas, a hombres que escuchaban educadamente y no cambiaban nada. Había elegido este trabajo porque niños como esta chica eran la razón por la que su madre había construido St. Margaret's, la razón por la que Rose había pasado su vida en salas llenas de caras pequeñas y asustadas, la razón por la que había cambiado salones de baile por pisos de fábrica.

La chica dejó caer un puñado de algodón. Las fibras se esparcieron por el suelo.

La correa vino abajo sobre su espalda. La chica gritó —agudo, involuntario, cortado como si lo hubiera mordido.

La libreta de Rose golpeó el suelo.

Cruzó la sala antes de que el sonido terminara. —Deténgase. Suelte esa correa. Ahora.

El vigilante parpadeó. —Soltó el algodón. Las reglas del señor Cartwright.

—No me importan las reglas del señor Cartwright. —Su voz tembló. La dejó temblar—. Aléjese de ella.

Se retiró. La chica se desplomó en el suelo y se encogió sobre sí misma —rodillas arriba, brazos alrededor de sus espinillas. Los otros tres niños permanecieron inmóviles con su algodón y sus ojos bajos. Habían visto esto antes. Habían sido esto antes.

Rose se arrodilló. La chica no la miraría. No miraría a nadie. Se había ido a algún lugar dentro de sí misma donde la correa no podía seguir.

Los niños más pequeños en St. Margaret's a veces hacían esto. Se quedaban quietos y lejanos. Rose sabía cómo alcanzarlos —voz tranquila, mano cuidadosa, paciencia. Pero no aquí. No con Cartwright mirando desde la puerta.

Recogió a la chica. No lo pensó —simplemente lo hizo, de la manera en que lo había hecho cien veces cuando un niño estaba asustado y pequeño y necesitaba ser abrazado. La chica no pesaba nada. Huesos y polvo de algodón y un latido aletando contra el pecho de Rose como un pájaro atrapado.

Se puso de pie. Se giró hacia la puerta.

—Suéltela, Señorita Sterling. —Cartwright llenaba la puerta.

—Esta niña necesita un médico. Ha sido golpeada, está desnutrida y está muy lejos de la edad legal de trabajo.

—Es una empleada de esta fábrica. Usted no tiene autoridad para sacarla de estas instalaciones.

—Tengo la autoridad del Comité Selecto —

—Tiene la autoridad para observar y documentar. No para robar mis trabajadores. —Su voz era agradable. Razonable—. Suéltela, o

envío por el alguacil.

—Envíe por él. Le diré exactamente lo que he presenciado en esta sala.

—Le dirás que intentaste sacar a un trabajador bajo contrato de empleo lícito. Él te dirá que eso es robo. —Cartwright inclinó la cabeza—. Hendricks.

El vigilante se movió. Extendió la mano hacia la chica de la manera en que la había extendido hacia la correa —practicada, eficiente.

Rose tiró de la niña más cerca. —No la toque.

—Señorita Sterling. Está sujetando a una niña que pertenece a esta fábrica. Puede liberarla, o Hendricks le ayudará. Preferiría no involucrar al alguacil, pero lo haré si me obliga.

—Ella no *pertenece* a esta fábrica. Pertenece en una escuela. Pertenece en casa con sus padres. Pertenece en cualquier lugar menos en este piso siendo golpeada por soltar algodón que te cuesta menos de un cuarto de penique —

—Hendricks.

Manos en la niña. Tirando. Rose se aferró —dedos cerrados alrededor del cuerpo delgado, las costillas de hueso de pájaro, el latido— y la chica se quedó floja. No luchando. No aferrándose a Rose. Solo se fue. La manera en que un pequeño animal se queda quieto cuando entiende que luchar no hace diferencia.

La chica se deslizó de sus brazos.

Hendricks la colocó en el suelo. Se encogió sobre sí misma de nuevo —misma posición, mismo silencio— como si Rose nunca la hubiera tocado en absoluto.

Los brazos de Rose estaban vacíos.

—Tu inspección ha concluido. —Cartwright se apartó de la puerta. La cortesía fue obscena—. Hendricks le mostrará la salida.

—Haré revocar tu licencia. —Su voz vino de muy lejos. Firme, de alguna manera—. Haré que esta fábrica sea investigada. Cada miembro del Comité Selecto conocerá tu nombre y lo que haces detrás de tus suelos barridos.

—Escriba su informe, Señorita Sterling. Londres está muy lejos de Mánchester.

No podía moverse. Sus brazos estaban vacíos y aún podía sentir el peso de la chica —la ligereza, el latido, el momento en que se quedó floja— y sus pies se negaban a moverse.

La mano de Samuel se cerró alrededor de su codo. Firme. No dulce.

—Señorita Sterling. —Bajo. Formal—. Nos tenemos que ir.

Ella le permitió guiarla afuera. A través de la sala de hilaturas y su aire blanco. A través de la sala de entrada y su mentira de limpieza. Al exterior.

Se soltó el brazo en el momento en que despejaron la puerta.

El aire afuera sabía a hollín y humo de carbón y seguía siendo más limpio que cualquier cosa dentro de ese edificio. Rose estaba de pie en la acera y respiraba y sus brazos dolían y el latido de la chica estaba todavía allí contra su pecho como un fantasma.

—La despedirá. —La voz de Samuel detrás de ella—. A ella y a su familia. Para esta noche.

Rose se giró hacia él.

—Lo sabía. —Salió agudo. Temblando—. Sabía lo que había ahí. Me advirtió sobre las correas. Me dijo que los niños no hablarían mientras los vigilantes pudieran ver. Lo *sabía* y estuvo allí parado.

Su cara no cambió. —Sí.

—Estuvo allí parado mientras él la sacaba de mis brazos y no *hizo nada*.

—¿Qué le habría gustado que hiciera?

—Algo. Cualquier cosa. —La furia era un ser vivo ahora, arañando su garganta, y sabía —*sabía*— que estaba apuntándola mal, pero no podía parar porque si paraba de estar furiosa tendría que sentir lo que había debajo de la furia y no podía sobrevivir eso —. Es propietario de una fábrica. Conoce a esta gente. Conoce este mundo. Podría haber —

—¿Haber qué? ¿Golpeado a Hendricks? ¿Amenazado a Cartwright? —Su voz era tranquila. Nivelada. No estaba contraatacando. Eso lo hizo peor—. Soy propietario de una fábrica tres calles más allá. Si asalto al vigilante de otro propietario, cada

fábrica en Mánchester cierra sus puertas. Mis trabajadores —trescientos de ellos— pierden sus medios de vida. Polly Marsh y su madre están en la calle antes del viernes. —La miró—. ¿Le gustaría que haga la aritmética, Señorita Sterling, o ya ha oído suficiente aritmética?

—No. —La palabra se resquebrajó—. No hagas que esto se trate de tus libros de contabilidad. Una niña fue golpeada. Una niña fue *sacada de mis brazos*. Y tú —tú simplemente— me dijiste que nos *fuéramos* —

—Porque quedarse lo estaba empeorando.

—¿Peor para *quién*? ¿Para ella? ¿Para los otros tres niños sentados en ese suelo mirando? ¿O para usted?

Aterrizó. Lo vio aterrizar —un estremecimiento, apenas visible, desaparecido antes de que pudiera retractarse.

—¿Es así como es? —No podía parar. Las palabras estaban saliendo a raudales y no podía pararlas—. ¿Es así como está acostumbrado? ¿Niños golpeados y todo el mundo simplemente —acepta? ¿Mira hacia otro lado? ¿Se dice a sí mismo que la aritmética no permite la indignación?

—Cree que miré hacia otro lado.

—Creo que estuvo en esa sala y no se movió hasta que fue hora de irnos.

El silencio entre ellos tenía forma. Pesado. Equivocado. Samuel la miró y su cara era muy quieta y muy cuidadosa y ella podía ver —demasiado tarde, podía ver— que acababa de decir algo que no podía retractarse.

—Cree que soy como él. —No una pregunta. Tranquilo. Casi curioso, de la manera en que un hombre es curioso sobre una herida que está examinando en su propio cuerpo.

—No dije —

—Lo hizo.

Tenía razón. Lo había hecho. No en esas palabras, pero en cada palabra alrededor de ellas —*estuviste allí parado, no hiciste nada, ¿es así como estás acostumbrado*. Había mirado a un hombre que construyó un aula en un armario y lo había llamado lo mismo que el hombre que golpeaba niños por soltar algodón.

Abrió la boca. Nada salió que fuera lo suficientemente bueno.

—La primera vez que un vigilante me sacó una correa, tenía nueve años. —Nivelado. Conversacional. Como si le estuviera diciendo el precio del algodón en bruto—. No comí durante dos días después. No porque no me alimentaran. Porque no podía tragar.

Sostuvo su mirada por un largo momento. Luego se giró y caminó por Jersey Street. Hacia el gris.

CAPÍTULO 4



Había recorrido tres calles antes de que las manos empezaran a temblarle.

No en Jersey Street. No al pasar por la puerta de la fábrica con la voz de Rose Sterling aún resonando en sus oídos: *te quedaste ahí parado, no hiciste nada*. Sus manos se mantuvieron firmes durante todo aquello. Firmes al atravesar el vestíbulo de Cartwright, firmes en la sala de hilatura, firmes mientras Hendricks arrancaba a una niña de los brazos de una mujer y la dejaba en el suelo como un saco de algodón en rama. Veinte años de práctica manteniendo las manos firmes, y habían aguantado.

Dejaron de aguantar en Oldham Road, a medio camino entre lo de Cartwright y su propia fábrica, y tuvo que dejar de caminar y apretarlas contra sus muslos hasta que pasó el temblor.

Cree que soy como él.

Echó a andar.

La fábrica estaba en marcha cuando llegó. El turno de mañana llevaba dos horas, los telares atronaban, Brennan estaba en su puesto junto a la sala de embalaje. Todo normal. Todo tal como lo había dejado. Samuel caminó por su propia planta de producción, miró a sus propios capataces y observó a sus propios niños anudando hilos y cargando bobinas, y pensó: *la distancia entre esto y lo de Cartwright no es tan grande como te dices a ti mismo.*

Polly Marsh estaba en su puesto. Nueve años. Manos rápidas. Levantó la vista cuando él pasó y le dedicó el saludo breve y distraído de una niña demasiado concentrada en su trabajo para ser debidamente respetuosa. Siempre le había gustado eso de ella.

No se detuvo. Fue a su despacho. Se sentó tras su escritorio. Abrió la carta de Henderson que seguía en el cajón y miró unas cifras que no habían mejorado y no hizo nada con nada de aquello.

—¿A esto es a lo que está acostumbrado? ¿A que golpeen a los niños y todo el mundo se limite a... aceptarlo?

Ella se equivocaba. Se equivocaba respecto a él en todo lo que importaba y, aun así, lo había dicho en una acera de Ancoats, temblando con una rabia que necesitaba un objetivo y que lo encontró a él. Se equivocaba.

La parte de él que se decía lo mismo cada mañana desde que puso su nombre en la puerta de una fábrica no dijo nada.

Miró el dibujo de Polly en la pared. El aula. La pizarra. El alfabeto. Lo miró durante mucho tiempo.

Luego se levantó, se puso el abrigo y salió.

SABÍA dónde vivían los trabajadores de Cartwright. Él mismo había vivido allí en su día; las angostas hileras de casas de George Leigh Street, viviendas unifamiliares adosadas con letrinas compartidas y paredes tan finas que se oía la tos del vecino. A veinte minutos a pie de la fábrica. Menos si eras un niño que intentaba no llegar tarde.

Preguntó en la tienda de la esquina. Una mujer con un bebé en la cadera y la sospecha pintada en el rostro.

—La familia de la niña. La pequeña... a la que han despedido hoy de lo de Cartwright.

—¿Y a usted qué le importa?

—Tengo trabajo.

Ella lo miró. Miró su abrigo, sus botas, sus manos. La cicatriz. Señaló calle abajo. —Los Burton. El número catorce. Él es tejedor. Ella trabaja a destajo. El chico tiene doce años, trabaja en la planta. La niña... —Hizo una pausa—. Usted ya sabe lo de la niña.

—Sé lo de la niña.

El número catorce tenía una puerta que no cerraba bien y una ventana taponada con trapos contra la corriente. Samuel llamó. Esperó. Volvió a llamar.

La puerta se abrió. Un hombre; de unos treinta y tantos años, delgado, consumido. Tras él, una mujer sentada a una mesa que no contenía nada. Un chico de doce años de pie junto a la pared con los brazos cruzados. Y la niña.

Estaba sentada en el suelo, en un rincón. Con las rodillas recogidas. Con los brazos rodeando las espinillas. La misma posición que en la fábrica.

—¿El señor Burton?

—¿Quién lo pregunta?

—Samuel Holt. Soy el dueño de Holt Cotton Works, en Bengal Street. Tengo trabajo.

La mano de Burton se tensó sobre la puerta. Sin cerrarla. Sin abrirla más. —¿Qué clase de trabajo?

—Planta de tejido para usted, si tiene buenas manos. Trabajo a destajo para su esposa; tengo puestos en la sala de cardado. Un aprendizaje para el chico... un aprendizaje de verdad, nada de cargar bobinas. Aprenderá los telares. Seis horas el primer año, ocho después.

—¿Y la niña? —La mujer de Burton habló desde la mesa. No se había movido. No le hacía falta. La firmeza estaba en su voz; la parte en la que la oferta se desmoronaba.

Samuel miró a la niña del rincón. Las marcas en sus brazos de donde Hendricks la había agarrado.

—No puedo emplearla. Es demasiado pequeña. No la pondré en mi planta.

El rostro de la esposa se cerró.

—No puede quedarse aquí sola. —Las manos de la mujer se posaron planas sobre la mesa vacía—. Tiene cinco años. Si ambos estamos en su fábrica, no hay nadie...

—Viene con ustedes —dijo él con sencillez—. Tengo un aula. Tres horas al día. Una maestra, la señorita Ogden, hija de un tejedor. La niña viene con ustedes por la mañana, se sienta en el aula, aprende

las letras. Come con mis otros niños. Desayuno y mediodía. No pasará hambre, no estará sola y no estará cerca de un telar.

Burton se le quedó mirando. —¿Un aula? ¿En una fábrica?

—Un cuarto de almacenaje, si hemos de ser sinceros. Pizarra, tiza, unos cuantos silabarios. No es gran cosa.

—Les da de comer. —La voz de la mujer había cambiado. Cauta ahora. Probando el terreno—. A los niños de ese aula. Usted les da de comer.

—Pan con manteca a las diez. Lo que pueda conseguir en el mercado a las dos. Manzanas esta semana. —Hizo una pausa—. Tres comidas para su hija. Añadiré un cuenco por la mañana. Lo necesita.

La mujer miró a su hija.

—¿Por qué? —La voz de Burton era áspera—. No tenemos nada que usted necesite.

—Tiene un buen par de manos y un hijo con edad de aprender. Me falta un tejedor desde el mes pasado. El resto es asunto mío.

Burton miró a su mujer. Ella observaba a su hija en el rincón.

—Tres comidas. —Lo dijo como si sostuviera algo quebradizo—. Y aprende a leer.

—Aprende a leer.

—¿Cuándo?

—Mañana. A las seis. Pregunten por Brennan en la puerta.

Se marchó antes de que pudieran darle las gracias. No quería agradecimientos.

La vela de su escritorio se consumió hasta agotarse. La luz gris de la madrugada se filtraba por la ventana del despacho, y Samuel seguía echando cuentas.

El salario de Burton: catorce chelines, igual que sus otros tejedores. Su esposa en la sala de cardado: nueve chelines. El salario de aprendiz del chico: cuatro chelines, bajo pero justo para un primer año. Nell: nada de ingresos, gastos en comida, un puesto en el aula que ya estaba al límite de su capacidad. La señorita Ogden necesitaría más tiza, más libros. Tres bocas más en los descansos. Un cuenco matinal además de eso.

El margen bajó de mil a ochocientas.

Ochocientas libras entre trescientas familias y la calle. Y ahora cuatro personas más en su lado del libro de cuentas.

Podía oír la voz de Rose en su cabeza: *Entonces recorte de otra parte.* Y su propia voz respondiendo: *El aula se queda.*

El aula siempre se quedaba.

Dejó la pluma. Se frotó los ojos. La fábrica arrancaría en una hora. Tenía que decírselo a Brennan. Tenía que despejar un espacio en la sala de tejido. Tenía que decirle a la señorita Ogden que tenía una nueva alumna que no hablaría ni levantaría la vista y que necesitaría más paciencia que tiza.

Necesitaba dejar de pensar en la forma en que la mano de Rose Sterling le había agarrado el codo cuando la sacó de lo de Cartwright. El calor de sus dedos a través de la manga. La fuerza feroz y desesperada con la que se sujetó... lo había agarrado de la misma forma que había agarrado a aquella niña, como si soltarse significara perder algo que se negaba a perder. Lo había sentido durante horas después. Aún podía sentirlo ahora, si era sincero, algo que se estaba esforzando mucho en no ser.

Pensó en una mujer arrodillada en un suelo mugriento, recogiendo a una niña que no conocía, aferrándose mientras le arrancaban a la pequeña de los brazos.

Cree que soy como él.

No lo era. Sabía que no lo era. Pero saberlo y oírlo de labios de ella eran países distintos, y él aún no había encontrado el paso fronterizo.

Abajo, la fábrica se puso en marcha. El edificio se estremeció. Trescientos husos se acoplaron.

Samuel se levantó, se puso el chaleco de ayer y se fue a trabajar.

CAPÍTULO 5



Rose había sido educada para pedir perdón como es debido.

Su madre siempre se había mostrado inamovible en este punto: una falta cometida exigía un reconocimiento del error, con prontitud, claridad y sin ambages. *Una disculpa que incluye la palabra «pero» no es una disculpa, Rose. Es una negociación.* Lo había oído a los siete, a los doce y a los diecisiete, cuando le había dicho algo hiriente a su hermano e intentó explicar por qué él se lo merecía. Su madre había esperado, de brazos cruzados, hasta que Rose eliminó cualquier justificación y pronunció la cruda e incómoda verdad: *Me equivoqué. Lo siento.*

Sabía cómo pedir perdón.

Lo que no sabía era por qué disculparse con Samuel Holt requería tres intentos para sujetarse el pelo con las horquillas.

Rose se sorprendió a sí misma frente al espejo agrietado sobre el lavabo de su habitación en casa de los Whitfield; sus dedos tiraban de una horquilla que no necesitaba retoque, alisaban un mechón que no estaba fuera de su sitio, ladeaban la cabeza en un ángulo que nada tenía que ver con las disculpas y todo con... —dejó de ladearla—. No iba a pensar en el modo en que él la había mirado desde el otro lado de su escritorio. No iba a preguntarse qué expresión pondría él si la viera con el pelo suelto. Y, desde luego, no iba a quedarse ahí plantada mientras el calor le subía por el cuello al

recordar, de forma espontánea e inoportuna, la presión del hombro de él contra el suyo en el pasillo de Cartwright y su calidez a través de la lana.

Bajó las manos. Las apoyó con fuerza sobre el lavabo. Miró fijamente su propio reflejo con esa furia específica reservada a las mujeres que se descubren comportándose como unas bobas.

Iba a ir a su fábrica. Iba a pedirle perdón. Iba a decirle *me equivoqué y lo siento* y luego se marcharía de Manchester.

Tenía la fábrica de Marsden en su agenda. Luego otras dos en Leeds. Después de eso, regresaría a Londres para redactar sus informes: el de Holt, el de Cartwright y los demás. El comité esperaba sus conclusiones preliminares para finales de mes. Tenía trabajo que hacer. Un trabajo importante. Un trabajo que no requería que se quedara frente a un espejo preguntándose si su vestido de viaje la hacía parecer competente o simplemente severa.

Alisó una arruga de su falda. Se detuvo. Volvió a alisarla.

—La primera vez que un capataz me arreó con una correa, yo tenía nueve años.

Su voz. Serena. Conversacional. Como si aquellas palabras no le costaran nada, cuando ella había podido ver —podía *ver*— lo que le costaban. Y ella lo había puesto en una situación en la que esas palabras eran la única respuesta posible a lo que ella había dicho. Lo había llamado Cartwright. Había mirado al hombre que construyó un aula en un armario y le había dicho que era igual que el hombre que azotaba a los niños por dejar caer el algodón.

Su madre se horrorizaría. Su padre guardaría silencio, lo cual era peor.

Rose cogió su cuaderno; por costumbre, como armadura, algo a lo que aferrarse. Se puso el abrigo. Se marchó de casa de los Whitfield antes de que la señora Aldridge despertara, lo cual se estaba convirtiendo en una costumbre que no tenía intención de analizar.

No volvió a mirarse al espejo.

Volvió a mirarse al espejo.

El camino hasta Holt Cotton Works le llevó doce minutos. Lo sabía porque contó sus pasos durante los primeros tres minutos y luego perdió la cuenta porque su mente no dejaba de desviarse hacia lugares que no le incumbían. El tacto de la mano de él en su codo cuando la había guiado fuera de lo de Cartwright: firme, cálido, con los dedos presionando a través de la tela de su manga con una seguridad que hacía que su pulso se comportara de forma poco profesional. El tono bajo y rasposo de su voz en la sala de hilado, tan cerca de su oído que había sentido su aliento agitarle el cabello. La forma en que su acento se marcaba más cuando dejaba de tener cuidado; el habla de Manchester en su boca como algo tosco y cálido, demasiado honesto para la buena sociedad.

Iba a pedir perdón. Iba a ser profesional. Iba a pronunciar una disculpa limpia, compuesta de tres frases bien medidas, y se marcharía.

Su cuerpo tenía otras opiniones sobre Samuel Holt. Su cuerpo llevaba teniendo opiniones desde aquel pasillo en lo de Cartwright, donde sus hombros se habían rozado y ella había sentido el calor de él a través de dos capas de lana y no se había apartado. Su cuerpo, de ser consultado, habría señalado que no había pensado tanto en los antebrazos de un hombre desde que tenía diecinueve años y se había encaprichado de un primo segundo en una fiesta en el jardín, y aquella situación no implicaba inspecciones de fábricas, ni crisis morales, ni la forma particular en que Samuel Holt se remangaba cuando trabajaba en su escritorio.

No se había fijado en las mangas. Se había fijado en los antebrazos.

Basta.

Llegó a la puerta de la fábrica. Los telares estaban en marcha; podía sentir la vibración a través de los adoquines antes de oír el sonido. El patio estaba vacío, a excepción de un carro que descargaban dos hombres que ni siquiera la miraron.

Brennan apareció por la puerta de la factoría.

—Señorita Sterling, no esperaba volver a verla.

—¿Se encuentra disponible el señor Holt?

—Está en el aula. Lleva allí desde que sonó la campana. La acompañaré.

Rose siguió a Brennan por la sala de empaquetado, pasó por delante de la oficina donde el escritorio de Samuel estaba cubierto de libros de contabilidad y una vela se había consumido hasta formar un charco de cera, y bajó por el estrecho pasillo hasta la puerta del fondo de la fábrica.

Brennan se detuvo. Hizo un gesto. Se marchó sin decir palabra.

Rose miró a través del umbral.

El aula estaba tal como la recordaba: pequeña, habilitada en un antiguo almacén, con la pizarra contra la pared del fondo y libros de lectura desgastados en un estante. La señorita Ogden estaba en la pizarra escribiendo la letra *N*. Polly Marsh estaba sentada junto a la ventana con su pizarra individual. Los otros niños estaban comiendo: pan con manteca, una jarra de agua, manzanas.

Y al lado de Polly, en un espacio que no estaba allí hacía tres días, una niña comía gachas.

Pequeña. Delgada. Con marcas en los brazos.

La mano de Rose fue a parar al marco de la puerta.

Conocía a esta niña. El peso de su cuerpo. Los latidos de su corazón contra su propio pecho. El momento en que se quedó inerte.

Aquella niña estaba aquí. En esta habitación. Comiendo. Sentada junto a Polly Marsh, que había desplazado su pizarra para que la niña nueva pudiera ver.

Mientras Rose observaba, Polly se inclinó y dijo algo. La niña no respondió. Polly lo repitió. Paciente. Obstinada.

Los labios de la pequeña se movieron. Una palabra.

Polly se volvió hacia su pizarra y escribió, con cuidado, debajo de su fila de *N*: *NELL.*

Rose no podía respirar.

Samuel estaba apoyado en el otro lado del marco de la puerta. Con las mangas remangadas hasta el codo. Rostro demacrado, ojeras bajo los ojos, la mandíbula apretada. Tenía un aspecto terrible. Parecía... —Rose se aferró con más fuerza al marco de la puerta—.

—Señorita Sterling. —No «Rose»—. Tampoco esperaba yo que volviera usted.

—Necesito hablar con usted. En privado.

Él la miró durante un largo instante. Luego se separó del marco de la puerta y pasó por su lado, por el pasillo, hacia su oficina. No esperó a ver si ella lo seguía.

Ella lo siguió. Observando su espalda. Sus hombros. La forma en que se movía por su propia fábrica —cada pasillo, cada giro— sin mirar.

La oficina era tan pequeña como recordaba. Él se sentó tras el escritorio. No le ofreció la silla. Ella la ocupó de todos modos.

Los libros de contabilidad estaban abiertos ante él. Ella podía ver las cifras: columnas de números, cálculos en los márgenes, líneas tachadas y reescritas. La vela se había consumido por completo. Fuera lo que hubiese hecho anoche, había ocurrido en este escritorio.

—Me equivoqué. —Lo dijo directamente. Sin preámbulos—. Lo que dije en la calle... que se quedó allí plantado, que no hizo nada, que era como él. Me equivoqué.

Él la miró desde el otro lado de la mesa. El mismo escritorio donde habían pasado doce horas discutiendo sobre sus libros. La misma silla que ella había arrastrado al lado opuesto sin preguntar.

—Lo sé —dijo él.

No dijo «la perdono». Solo: «Lo sé».

El silencio se mantuvo. Ella lo permitió. Se lo debía.

—¿Cómo los encontró? —preguntó ella en voz baja.

—En la tienda de la esquina de George Leigh Street. Pregunté por la familia que tenía una hija a la que habían despedido.

—Y los trajo aquí. Anoche.

—Burton está en la planta de tejidos. Su mujer, en la sala de cardado. El chico está de aprendiz con Brennan. —Hizo una pausa—. La niña, Nell, es demasiado pequeña para trabajar. Está en el aula. Le daré de comer y podrá aprender las letras.

—El margen que me mostró era de mil libras. —No pudo evitarlo; estaba calculando—. Con cuatro personas más...

—Ochocientas.

Había salido a buscarlos. Después de que ella lo llamara Cartwright. Después de que se hubiera plantado en Jersey Street y le hubiera arrojado todas las palabras terribles que conocía. Se había adentrado en Ancoats, los había encontrado y los había traído aquí. Las sombras bajo sus ojos le contaban el resto: costara lo que costara, le había costado la noche entera.

Primero le golpeó la culpa. Luego el asombro. Y después —bajo ambos sentimientos, intruso e innegable— el hueco de su garganta sobre el cuello abierto de la camisa. Su cabello caído sobre la frente. Los antebrazos, las mangas remangadas. El agotamiento había derribado todos los muros de su rostro y lo que quedaba era honesto y puro, y ella deseó, con una ferocidad que la horrorizó, apartarle ese mechón y presionar sus labios en el lugar donde la mandíbula se unía con su oreja.

Estaba en un gran aprieto.

—Ochocientas libras —dijo él—, entre trescientas familias y la calle. Y una niña comiendo gachas en un aula que me cuesta cuarenta libras al año, que no tengo. —Se inclinó hacia delante—. Esa es la familia que usted salvó ayer, señorita Sterling. Ese es el aspecto que tiene el momento en que alguien logra recogerlos de la caída. Y cuando su Ley se apruebe —porque usted me dijo que se aprobará—, mis mujeres pasarán de doce horas a diez, y sus salarios bajarán, y mi margen caerá con ellos, y no podré alimentar a Nell, ni podré pagar a la señorita Ogden, y el aula cerrará y todo lo que he... —Se detuvo, con la mandíbula tensa—. Ochocientas libras.

Rose asimiló aquello. La cifra. El nombre. Las gachas.

Había pasado tres años defendiendo la Ley de las Diez Horas. Había citado estadísticas de mortalidad e informes de comisiones. Había creído —y seguía creyendo— que la Ley era justa, necesaria y muy esperada.

Y ahora estaba mirando a un hombre que anoche se había hecho cargo de una familia porque ella se lo había pedido, y su recompensa por hacer lo correcto sería una ley que le imposibilitaría seguir haciéndolo.

—Entonces, dígaselo.

Él parpadeó.

—Al comité. Al Parlamento. —Ella se inclinó hacia delante—. Usted sabe lo que costará esta Ley. No en teoría, sino en chelines. En familias. En las gachas de Nell. Puede comparecer ante el Comité Selecto y mostrarles los números del mismo modo que me los mostró a mí. No para oponerse a la Ley, sino para pedir disposiciones de transición. Para solicitar una financiación que permita a los dueños de fábricas como usted sobrevivir al cambio en lugar de ser aplastados por él.

—Dueños de fábricas como yo. —Su voz era monótona—. Soy un hombre con una sola fábrica en Ancoats. El Parlamento no escucha a hombres como yo.

—El Parlamento me escuchó a mí, y soy una mujer con un cuaderno. Le escucharán a usted si les obliga a hacerlo.

—Usted es la hija de Lord Clarendon. No es lo mismo.

—Es exactamente lo mismo. Entré en una sala llena de hombres que no querían escuchar y les obligué a hacerlo. Usted puede hacer lo mismo.

—Yo no soy... —Se detuvo. Se le tensaron los músculos de la mandíbula—. No soy el tipo de hombre que habla ante el Parlamento, señorita Sterling.

—Es usted el tipo de hombre que habla conmigo. Y yo soy más difícil de convencer que el Parlamento.

Aquello surtió efecto. Ella vio cómo calaba en él; esta vez no hubo un respingo, sino algo más. Una grieta en el muro. Pequeña. Del tipo que no verías a menos que estuvieras mirando, y ella estaba mirando, y él sabía que ella estaba mirando, y por un momento ninguno de los dos fingió lo contrario.

—¿Querría usted que yo argumentara en contra de su propia Ley?

—Querría que argumentara a favor de la versión de la Ley que no deje sin comida a Nell Burton.

Él la miró durante mucho tiempo. Ella no podía leer su rostro; el agotamiento estaba haciendo algo en sus facciones que desdibujaba la línea entre la resistencia y la consideración.

—Lo pensaré —dijo él.

Ella abrió la boca para insistir. La cerró. Por una vez en su vida, dejó que el silencio hiciera el trabajo.

—Me quedo en Manchester. —Lo dijo como decía todo lo que importaba: antes de haber decidido plenamente decirlo—. No para hacer inspecciones diarias. Pero mi informe necesita tener en cuenta la economía de la transición, y no puedo hacer eso desde Londres. Necesito sus libros. Su funcionamiento. El cuadro completo.

Él la miró. Ella pudo sentir cómo lo sopesaba.

—Mi oficina es pequeña.

—Me he dado cuenta.

—Solo hay una silla.

—Traeré la mía propia.

—El té es terrible.

—Señor Holt, llevo tres días bebiendo su té. No me hago ilusiones respecto al té.

Se le escapó una sonrisa. Solo por un segundo; una de verdad, sin defensas, la primera que ella le veía desde antes de lo de Cartwright. Le cambió toda la cara. Ella quiso embotellarla.

El silencio se prolongó. A través de la pared, los telares tronaban. En algún lugar del pasillo del aula, Polly Marsh le estaba enseñando a una niña llamada Nell a sostener un trozo de tiza.

Rose miró hacia la ventana. La luz había cambiado: el gris de la tarde de Manchester, el anochecer temprano de un abril norteño. Su estómago emitió un sonido que ella decidió interpretar como urgencia profesional.

—Debe de estar cerca la hora de la cena. —Lo dijo con naturalidad. Demasiada naturalidad; ella misma notaba la impostura —. ¿Dónde comen sus trabajadores? Después de que los telares se detengan. ¿Hay alguna taberna donde se reúnan?

Él la miró. —En el Lamb and Flag, en Oldham Street. La mayoría de los operarios van allí.

—Bien. Me gustaría verlo.

—¿Verlo?

—A los trabajadores. Dónde comen, de qué hablan, cómo gastan sus salarios. Es relevante para el panorama económico. No puedo

escribir un informe sobre el coste de la reforma si solo entiendo la parte de la fábrica de...

—¿Quiere ir usted a una taberna? ¿En Ancoats? ¿Sola?

—Soy perfectamente capaz de...

—Usted es la hija de Lord Clarendon. —Él se había puesto en pie. Ella no se había dado cuenta de cuándo se había levantado—. No conoce Manchester. No conoce Ancoats después de oscurecer. No sabe lo que le ocurre a una mujer con un vestido de seda que entra en un pub de obreros en Oldham Street haciendo preguntas sobre salarios.

—Entonces, dígamelo usted.

—Nada bueno.

—Señor Holt, he entrado en treinta y ocho fábricas en tres años. Me han amenazado, insultado y me han impedido físicamente el paso a locales que tenía todo el derecho legal de inspeccionar. No menos de doce hombres me han dicho que Manchester no es lugar para una mujer, y cada uno de esos hombres se equivocaba. Voy a ir al Lamb and Flag esta tarde. Puede decirme qué esperar, o puede no hacerlo. De cualquier modo, voy a ir.

Él la miró fijamente. Ella vio la frustración cruzar su rostro: la mandíbula apretándose, el aire que tomaba por la nariz, el esfuerzo visible de un hombre que quería decir seis cosas y se las estaba tragando todas.

Agarró su abrigo del respaldo de la puerta.

—¿Qué está haciendo?

—Acompañarla. —Metió los brazos de un empujón en las mangas —. Puesto que es evidente que ha perdido el juicio y alguien tiene que asegurarse de que no haga que la maten. O algo peor.

—No le he pedido que...

—No. No lo ha hecho. Ese es el problema. —Sostuvo abierta la puerta de la oficina—. Después de usted, señorita Sterling.

Ella cruzó el umbral. Detrás de ella, él murmuró algo con ese marcado acento de Manchester que ella sospechó que no era un cumplido.

Ella sonreía. No podía evitarlo. Apretó los labios, caminó más rápido y no dejó que él la viera.

CAPÍTULO 6



El Lamb and Flag no estaba preparado para Rose Sterling. Samuel no estaba muy seguro de que Rose Sterling estuviera preparada para el Lamb and Flag.

Cruzó la puerta como cruzaba las de las fábricas: con la barbilla alta y los hombros rectos, como si la sala le debiera una explicación por su mera existencia. Lo primero que les golpeó fue el estrépito: el rugido de doscientas voces compitiendo con un violinista que llevaba las de perder; y luego el calor, el humo, el olor a cerveza derramada, a cordero hervido y a demasiados cuerpos en una estancia construida para la mitad.

Todas las cabezas se giraron.

Samuel llevaba bebiendo en el Lamb desde que tenía diecisiete años, en aquella época en la que tenía que mentir sobre su edad y el tabernero fingía creerle. Conocía el local: la larga barra con su superficie de roble llena de muescas, las mesas de la esquina donde los capataces jugaban a las cartas, la pared del fondo donde los hiladores discutían sobre salarios, política y sobre qué tabernero aguaba menos la cerveza.

Nunca había entrado con una mujer que oliera a lavanda, vistiera ropas de Londres y contemplara una sala llena de obreros textiles con la evaluación serena de un general inspeccionando un campo de batalla.

—Tal vez —dijo él, cerca de su oído porque el violín había recuperado el valor—, le gustaría reconsiderarlo.

—El cordero huele prometedor.

—No es cordero.

—Entonces tomaré cerveza.

Ella ya se dirigía hacia la barra. Samuel la siguió porque la alternativa era quedarse en el umbral mirando cómo la hija de Lord Clarendon pedía una pinta en Ancoats y, al menos si estaba a su lado, podría recoger los pedazos cuando Manchester se la comiera viva.

Manchester no se la comió viva.

Rose Sterling se acercó a la barra, captó la mirada del tabernero con una franqueza que abrió paso entre la multitud con más eficacia de lo que habrían hecho los hombros de Samuel, y dijo: —Dos de lo mismo que tome él —con un gesto hacia Samuel.

El tabernero —Ged Ogden, el padre de la señorita Ogden, un hombre paciente— miró a Samuel. Samuel asintió. Ged tiró dos pintas de bitter que tenían el color del canal y resultaban igual de apetecibles.

Rose cogió su vaso. Miró el contenido. Miró a Samuel.

—Es marrón.

—Es cerveza.

—Es muy marrón.

—Bienvenida a Manchester, señorita Sterling.

Bebió. No un sorbo, sino un trago en condiciones, de esos que se comprometen con la experiencia y se niegan a retroceder. Se le agrandaron los ojos. Apretó los labios. Un rubor le subió por el cuello. Posó el vaso con una precisión tremenda.

—Eso —dijo— es indescriptible.

—Ya la advertí sobre el té.

—Esto no es té.

—No. El té es mejor.

Cogió el vaso y volvió a beber. Más profundamente esta vez. Él la miró mover la garganta y apartó la vista antes de que el mirar se convirtiera en algo de lo que tuviera que rendir cuentas.

—Mejora —dijo ella.

—No mejora. Es solo que está perdiendo la sensibilidad en la lengua.

—En ese caso, lo agradeceré. —Cogió ambos vasos y se apartó de la barra—. ¿Dónde nos sentamos?

Se sentaron en una mesa de la esquina porque era el único lugar donde Samuel podía dar la espalda a la pared y mantener la puerta en su campo de visión, un hábito de la infancia que nunca se había molestado en abandonar. Rose se sentó frente a él y observó la sala con la misma atención que había prestado a sus libros de contabilidad: catalogando, evaluando, sin que se le escapara nada.

—Sus hiladores están aquí —dijo ella—. La mesa junto a la ventana. Tres de ellos.

—Cuatro. Jennings está detrás de la columna.

—¿Y sus capataces?

—Cartas. Pared del fondo. Siempre juegan a las cartas.

—¿Ganan?

—Brennan sí. El resto pierde contra Brennan.

—¿Es Brennan bueno jugando a las cartas?

—Brennan es bueno en todo lo que no sea organizar los turnos de limpieza de las letrinas.

Ella se rió. Una risa rápida, brillante, que se le escapó antes de que pudiera contenerla. El sonido le golpeó a él en algún lugar tras las costillas. Tendría que lidiar con eso en algún momento. Ahora no. No mientras ella estuviera sentada al otro lado de una mesa en el Lamb and Flag con una cerveza del color del canal y una risa que no había tenido intención de regalarle.

Se acercó gente. Por supuesto que lo hicieron: Samuel Holt no solía traer mujeres al Lamb, y la ausencia de precedentes convertía aquello en un acontecimiento. Mary Marsh apareció primero, la madre de Polly, todavía con su vestido de la fábrica, con las manos en carne viva tras doce horas en el telar. Miró a Rose como los obreros miran siempre a los de fuera: con cautela, midiendo las distancias, esperando la trampa.

—Señora Marsh —Samuel se levantó—. Esta es la señorita Sterling. Es... —

—La inspectora. —La voz de Mary Marsh fue plana. Precavida—. Polly me lo dijo.

—Estoy realizando un estudio sobre la gestión del señor Holt. —Rose no vaciló ante la corrección esta vez—. El impacto económico de la Ley de las Diez Horas en las familias trabajadoras. Me gustaría mucho comprender su experiencia, señora Marsh, si estuviera dispuesta a hablar conmigo.

Mary Marsh miró a Samuel. Él no le dio ninguna indicación; era su elección, no la de él.

—Quiere saber cómo es. —No fue una pregunta.

Rose asintió. —Si usted me lo cuenta.

Mary Marsh se sentó. Volvió a mirar a Samuel. —¿Qué es lo que busca, entonces?

—La señorita Sterling trabaja con el comité parlamentario sobre la Ley de las Diez Horas. Quiere entender...

—Las Diez Horas. —Mary Marsh apretó los labios—. Si eso se aprueba, será el fin de todos nosotros.

Rose se quedó inmóvil. Samuel pudo ver cómo le golpeaba la sorpresa: rápida, apenas visible, encubierta de inmediato. Había esperado simpatía por parte de los trabajadores. No había esperado oposición.

—¿No apoya usted el proyecto de ley, señora Marsh?

—¿Que si lo apoyo? —Mary Marsh cogió su cerveza—. Trabajo doce horas, señorita Sterling. Gano nueve chelines. Si me lo reduce a diez horas, ¿cuánto ganaré?

—Los salarios tendrían que...

—Siete y seis. Eso es lo que ganaría. He hecho las cuentas. El señor Holt paga con justicia, se lo reconozco, pero lo justo no llega para cubrir lo que no existe. —Bebió. Posó el vaso—. Los zapatos de mi Polly tienen agujeros. Unos nuevos cuestan cuatro chelines. Con nueve chelines, quizá consiga reunirlos para el verano. Con siete y seis, no podré de ninguna manera. Así que dígame usted: ¿de qué me sirven dos horas menos en la fábrica si no puedo ponerle zapatos a mi hija?

—Pero las condiciones...

—Conozco las condiciones. Trabajo en ellas. Llevo en ellas desde que tenía la edad de Polly, y mi madre antes que yo. —La voz de Mary Marsh era firme. No estaba enfadada, sino cansada. El cansancio de una mujer que había tenido esa conversación en su propia cabeza cien veces—. ¿Cree que no aceptaría esas dos horas? ¿Dos horas que podría pasar con mis hijos en lugar de en un telar? Claro que sí. Pero no puedo comer dos horas, señorita Sterling. Y Polly tampoco.

Rose guardó silencio. Samuel observó cómo asimilaba aquello: el mismo argumento que él había planteado con sus libros de contabilidad, expuesto por la mujer que vivía dentro de los números.

—¿Qué ayudaría? —preguntó Rose—. Si no es la reducción de jornada, ¿qué?

Mary Marsh la miró. La miró de verdad, por primera vez. —¿Me lo está preguntando de veras?

—Se lo pregunto de veras.

—Mejores salarios. Eso ayudaría. O alquileres más baratos, pero eso es cosa de los caseros, no de las fábricas. O... —Hizo una pausa. Miró de reojo a Samuel—. Lo que hace el señor Holt. El aula de la escuela. Las comidas. Polly aprende las letras tres horas al día y come dos veces con su chelín, y eso vale más para mí que dos horas menos de turno. Porque si Polly sabe leer, quizá no acabe en un telar cuando sea mayor. Quizá haga otra cosa. —Otra pausa—. Eso es lo que ayudaría. No una ley que me recorta el sueldo. Una ley que obligue a todas las fábricas a hacer lo que hace la suya.

La mesa se quedó en silencio. Gallagher había dejado de hablar, algo que Samuel no habría creído posible. Rose miraba a Mary Marsh con una expresión que él reconoció: la misma que había puesto en su aula, inclinada sobre la ecuación inacabada. El aspecto de una mujer cuyos esquemas acababan de tambalearse.

Se unieron más trabajadores. Un hilador llamado Gallagher que tenía opiniones sobre todo y las compartía a gritos. El viejo Thomas Grady, el vigilante nocturno, que había venido a por su pinta de la tarde antes de su turno y que estrechó la mano de Rose con cuidadosa formalidad. Ruth, de la sala de cardado, le dijo a Rose, sin rodeos, que las máscaras que el señor Holt las obligaba a llevar eran

un incordio, pero que había dejado de toser sangre desde que empezó a usarlas, así que suponía que podía tolerar la molestia.

Los ojos de Rose buscaron los de Samuel al otro lado de la mesa cuando Ruth dijo aquello. Él apartó la vista.

Ella se volvió hacia Mary Marsh. —Él se sabe todos sus nombres. Todas las personas de este pub... sabe lo que beben, dónde se sientan.

—Sí. —Mary Marsh miró a Samuel—. Así es.

—La mayoría de los dueños de fábricas no lo saben.

—La mayoría de los dueños de fábricas no son el señor Holt. —Mary Marsh lo dijo con sencillez, sin sentimentalismo, del mismo modo que podría haber dicho *la mayoría de los días no son domingo.* Un hecho. No un cumplido.

La cerveza corría. Rose iba por su segunda pinta —había dejado de comentar el color—, tenía las mejillas encendidas, su postura se había relajado y Samuel miraba la pared. La pared era sumamente interesante.

—Señor Holt. —Gallagher se inclinó sobre la mesa, salpicando cerveza—. Su inspectora no está mal para ser de Londres.

—No es mi inspectora.

—Está en su fábrica todos los días, bebe su cerveza y está sentada a su mesa. —Gallagher sonrió—. Es su inspectora.

—No soy la inspectora de nadie, señor Gallagher. —La voz de Rose poseía esa agradable precisión que Samuel estaba aprendiendo a reconocer como su registro más peligroso—. Soy la inspectora del comité. El señor Holt no hace más que proporcionar el té.

—El té es horrible —dijo Gallagher.

—En eso, señor Gallagher, estamos totalmente de acuerdo.

Los de la mesa se rieron. Samuel observó a Rose Sterling hacer reír a una mesa llena de obreros de Manchester con un chiste sobre su té, y la sensación tras sus costillas empeoró.

Fue el hombre de Cartwright quien lo estropeó.

Samuel no lo vio entrar. Debería haberlo visto —estaba vigilando la puerta por puro hábito—, pero Rose había estado hablando, con las mejillas sonrosadas y moviendo las manos al enfatizar algo, y él había dejado de vigilar la puerta.

El hombre estaba en la barra. Corpulento, de hombros anchos, no era un habitual. Estaba observando a Rose. No como la miraban los demás clientes —con curiosidad o diversión—. Aquella mirada era deliberada.

Samuel se enderezó. La cerveza se le quedó insípida en la boca.

El hombre se apartó de la barra y caminó hacia su mesa. Se detuvo detrás de la silla de Rose.

—Señorita Sterling, ¿verdad? —Su voz era lo bastante alta como para que se oyera en las mesas de alrededor. Deliberadamente alta —. La señora inspectora de Londres.

Rose se giró. —Así es. ¿Y usted quién es?

—Un amigo del señor Cartwright. —Sonrió. Una sonrisa que no presagiaba nada bueno—. Me pidió que le diera sus saludos. Y que mencionara que Manchester puede ser un lugar insalubre para las mujeres que husmean donde no se las llama. —Su mano se posó en el respaldo de la silla de Rose. Sus dedos rozaron el hombro de ella —. Especialmente para las mujeres que no pertenecen a este lugar.

Samuel se puso en pie antes de que los dedos hicieran contacto. No fue una decisión, sino un reflejo. Su silla chirrió al retroceder y él ya estaba allí, entre Rose y el hombre de Cartwright, lo bastante cerca como para ver las venas rotas en la nariz del tipo.

—Quita la mano de su silla.

—Tranquilo, Holt. —El hombre no movió la mano—. Solo entrego un mensaje.

—El mensaje ha sido entregado. Ahora, largo.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer exactamente? Eres el dueño de una fábrica, no un...

La cerveza de Rose le dio de lleno en la cara.

La pinta entera. Ella la había cogido y se la había arrojado; no el vaso, solo el contenido, un arco marrón de bitter del color del canal que le alcanzó en los ojos, la nariz y la boca abierta. Él balbuceó. Se tambaleó. Apartó la mano de la silla.

—No me toque —dijo Rose. Su voz era puro hielo y sus mejillas fuego, y sostenía el vaso vacío como si estuviera sopesando si arrojarlo también.

El hombre se limpió la cerveza de los ojos. Su rostro cambió: la actuación desapareció y lo que quedó debajo era feo.

Se abalanzó sobre Rose.

Samuel le golpeó. No con elegancia ni estrategia: un puñetazo corto y seco que conectó con la mandíbula del hombre y le envió un dolor agudo a través de los nudillos. El hombre tropezó lateralmente contra una mesa. Los vasos se estrellaron. La cena de alguien acabó en el suelo.

Entonces el pub estalló.

Sucedió como siempre sucedía en Ancoats: no todo a la vez, sino en cadena. El hombre tenía amigos. Dos de ellos, en la barra, ya se estaban moviendo. Gallagher los vio venir y lanzó su silla en su camino. El viejo Grady —sesenta y tres años, malas rodillas— descargó su bastón sobre el brazo del primer hombre que intentaba alcanzar la espalda de Samuel. Mary Marsh no se levantó ni gritó, simplemente estiró el pie y le puso la zancadilla al segundo hombre cuando pasaba por su mesa.

Samuel recibió un puñetazo en las costillas. Gruñó, se giró y clavó el codo en algo sólido. La sala era una maraña de ruido y cuerpos; el violinista se había detenido, el tabernero gritaba y, en algún lugar entre el caos, Gallagher se reía, se reía de verdad, porque Gallagher trataba las peleas de pub como otros hombres trataban las carreras de caballos.

—Señorita Sterling... ¡ROSE!... póngase detrás de la...

Un taburete pasó volando junto a su cabeza. Se agachó. Buscó a Rose. No pudo encontrarla. Se le encogió el corazón...

Estaba subida a una silla.

No se escondía. No se acobardaba tras la barra. Estaba de pie SOBRE una silla, sosteniendo la pesada jarra de cerámica de su mesa, y cuando uno de los hombres de Cartwright intentó agarrar a Samuel por el cuello, ella descargó la jarra sobre su hombro con un crujido que resonó por encima de la riña.

El hombre cayó redondo.

Samuel la miró fijamente. El pelo se le había soltado del todo: las horquillas se habían desparramado y las ondas castañas le caían alrededor de la cara. Su vestido estaba salpicado de cerveza. La

jarra seguía en su mano. La miró y olvidó que estaba en medio de una pelea, lo cual fue un error, porque el primer hombre de Cartwright —el de la cerveza en los ojos— se había puesto en pie y había encontrado su puño y el ojo izquierdo de Samuel.

El dolor fue extraordinario. Una luz blanca, luego negro y después el suelo subiendo rápido. Samuel se sujetó al borde de una mesa, sacudió la cabeza y oyó a Rose gritar algo que pudo ser su nombre o un improperio; con el zumbido en el oído no podía notar la diferencia.

Gallagher lo remató. Un derechazo firme a la mandíbula, relajado, casi alegre. El hombre cayó. Y no se movió.

Rose miró a Samuel desde su silla. El ojo de él ya se estaba hinchando.

—Creo —dijo ella, respirando con dificultad— que su té sigue siendo peor.

Ged Ogden se apoyó en la barra, inspeccionando los destrozos. —Bien. Fuera. Todos. Usted no, Holt: tiene que pagar por el taburete.

Samuel pagó el taburete. Y los vasos rotos. Y la paciencia de Ged, que costó otro chelín. Rose intentó ayudar con los gastos y Samuel la detuvo con una mirada que comunicaba, incluso a través de un ojo que se cerraba rápidamente, que ya había hecho bastante.

Salieron a trompicones a la oscuridad. El aire de abril les golpeó como agua fría tras el calor de la taberna. Rose se reía: sin aliento, algo frenética, la risa de una mujer que acababa de golpear a un hombre con una jarra de cerámica y aún estaba decidiendo cómo se sentía al respecto.

—No puedo creer que haya hecho eso. —Se sujetaba el costado —. No puedo... mi dama de compañía me... —

—¿Su dama de compañía?

—La señora Aldridge. Ella es... no importa. Me va a matar.

—Nunca se va a enterar de esto.

—No conoce usted a la señora Aldridge. Se entera de todo. Es su mayor talento.

Caminaban. Él no recordaba haber empezado a hacerlo. La calle estaba oscura —iluminada por el gas en las esquinas, negra entre

medias— y ella se sentía algo inestable. La cerveza, la adrenalina y los adoquines jugando en contra de sus zapatos londinenses. Ella tropezó y la mano de él buscó su codo —el mismo sitio, ese punto que se estaba convirtiendo en algo— y ella se estabilizó, pero él no la soltó.

—Le sangran los nudillos —dijo ella—. Y su ojo...

—Soy consciente del ojo.

—Se está cerrando por la hinchazón.

—Me he dado cuenta.

—Le pegaron porque se me quedó mirando.

—Su puntería con la jarra me distrajo.

—Mi puntería fue excelente. Su falta de atención fue el problema.

Él no dijo nada. Tenía razón. Su atención era el problema. Su atención venía siendo el problema desde que ella entró en su fábrica con una libreta y le dijo que su gestión no era suficiente. Su atención siempre iba a ser el problema en lo que respectaba a Rose Sterling, y el ojo morado no era más que la primera prueba visible.

Ella dejó de caminar. Le cogió la mano —la derecha, la que tenía cicatrices, con los nudillos recién abiertos sobre la vieja marca de la lanzadera—. Se la giró entre las suyas, examinando el daño a la luz del gas. Sus dedos estaban frescos y eran precisos contra su piel; le estaba sosteniendo la mano en mitad de Oldham Street, y a él le pulsaba el ojo, le dolían las costillas y no podía respirar.

—Le pegó porque él me tocó.

—Le pegué porque se merecía que le pegaran.

—Le pegó porque él me tocó. —No fue una pregunta esta vez. Ella lo miraba desde abajo, soltando su mano. Tenía el pelo suelto alrededor de la cara, los ojos oscuros y las mejillas encendidas; le estaba sosteniendo la mano, lo estaba mirando y la distancia entre sus labios era inexistente.

—Sí —dijo él—. Así fue.

Su mano se giró en la de ella, no para apartarse, sino cambiando de posición, con sus dedos cerrándose sobre los de ella —los nudillos magullados y la vieja cicatriz frente a su agarre fresco y firme—, y el aire entre ellos se volvió tenso y cálido, y él se inclinó y ella se inclinó y...

—¡Rose! —Una voz calle arriba, aguda y femenina, que se acercaba deprisa—. Rose Sterling, ¿eres tú?

Rose dejó caer su mano como si quemara.

Una mujer dobló la esquina desde la dirección de la casa de los Whitfield: pequeña, rígida, portando un farol y seguida por una doncella, con una expresión que habría podido cortar la cerveza que ambos habían estado bebiendo. Evaluó la escena de un vistazo: el pelo suelto de Rose, su vestido manchado de cerveza, los nudillos de Samuel, su ojo.

—Señorita Sterling. —La voz podría haber congelado el canal—. Son casi las diez y media. Has estado ausente desde esta mañana. Los Whitfield han estado fuera de sí. Yo he estado fuera de mí. Y estás en Oldham Street, a oscuras, con... —Miró a Samuel. Miró con más atención—... un caballero que tiene un ojo morado y parece haber estado peleando.

—Señora Aldridge, este es el señor Holt. Es el propietario de Holt Cotton Works. Me ha estado ayudando con mi inspección.

Así que esa era la dama de compañía. Samuel se enderezó. Intentó parecer un hombre que no acababa de participar en una pelea de taberna. El ojo le latía de una forma que hacía que aquello fuera imposible.

—A las diez y media. En una esquina. Con el ojo hinchado a más no poder.

—Era por la investigación.

—Investigación. —La señora Aldridge cogió a Rose del brazo con el agarre firme de una mujer que reclama su territorio—. Nos marchamos. Ahora mismo.

Rose se dejó llevar. Tres pasos. Luego se volvió.

—A las seis, señor Holt.

Él la miró. Luz de gas y sombras, el agarre de hierro de la señora Aldridge, el pelo suelto, la seda manchada de cerveza y el fantasma de un momento que no llegó a suceder.

—Empezamos a las seis —dijo él.

Ella se dio la vuelta. La señora Aldridge la guió calle abajo. Él alcanzó a oír fragmentos que flotaban en el aire: «... una taberna...

peleando... tu padre se enterará de esto... totalmente inaceptable...».

Samuel se tocó el ojo. Hizo una mueca. Sonrió.

Todavía sonreía cuando llegó a la puerta de su casa.

CAPÍTULO 7



El apretón de la señora Aldridge en su brazo habría podido doblar el hierro.

—Una taberna. —La palabra salió cortante, cada sílaba era una acusación en sí misma—. Una *taberna*, Rose.

—Era trabajo de campo...

—No hables de trabajo de campo. Tienes cerveza en el vestido. Tienes a un hombre... un extraño... le estabas sujetando la *mano*...

—Le estaba examinando los nudillos. Estaba herido.

—En una reyerta. De la que, por lo visto, tú formabas parte. —La señora Aldridge la guio para esquivar un charco sin aminorar el paso ni aflojar el agarre. La sirvienta las seguía con el farol, sabiamente en silencio—. He sido acompañante de otras tres jóvenes antes que tú, señorita Sterling. Ninguna de ellas me obligó a recogerla de una esquina a las diez y media de la noche oliendo a estibador.

—No huelo a estibador.

—Hueles a lúpulo y a arrepentimiento.

Rose se mordió el interior de la mejilla. La risa no ayudaría. La risa lo empeoraría todo. Se mordió con más fuerza.

Las calles de Manchester estaban desiertas a estas horas; la luz del gas se reflejaba en los adoquines mojados, se oía el traqueteo lejano de un carro rezagado y el zumbido omnipresente de las fábricas en su turno de noche. El cuerpo de Rose todavía vibraba

con la adrenalina: la pelea, la silla, la jarra, el crujido de la cerámica contra el hombro de un hombre. Y bajo todo ello, más silencioso pero más insistente: la mano de él girando en la suya. Sus dedos cerrándose sobre sus nudillos. La distancia entre sus bocas reduciéndose a la nada antes de que la voz de la señora Aldridge la hiciera añicos.

—Le he escrito a tu padre.

Rose dejó de caminar. El tirón de la señora Aldridge la obligó a avanzar de nuevo.

—¿Has hecho *qué*?

—Esta tarde. Cuando a las tres no habías vuelto de la fábrica. Cuando no habías enviado aviso alguno. Cuando los Whitfield empezaron a hacer preguntas que yo no podía responder. —El ritmo de la señora Aldridge no disminuyó—. Le he dicho que estás bien, que tu trabajo continúa y que te has marchado cada mañana antes de que yo despertara y regresado a horas intempestivas sin dar explicaciones.

—¿Eso es todo?

—Ese ya era motivo suficiente de preocupación a las tres de la tarde. A las diez y media, verte en Oldham Street sujetando la mano de un hombre en la oscuridad... —La voz de la señora Aldridge se tensó—. Escribiré una segunda carta.

Viernes. Su padre leería la primera carta el sábado por la mañana. Su madre la leería por encima de su hombro, porque su madre lo leía todo por encima del hombro de todo el mundo. El lunes, habría una respuesta. O peor, ninguna respuesta. Solo el carruaje deteniéndose ante la puerta de los Whitfield y Nathaniel Sterling bajando con esa compostura tranquila que significaba que ya había tomado una decisión y que solo esperaba a que los demás se pusieran al día.

Tenía una semana. Quizás menos.

—Señora Aldridge, por favor, no escriba esa segunda carta.

—Dame una razón para no hacerlo.

Rose abrió la boca. La cerró. No tenía ninguna razón que la señora Aldridge fuera a aceptar. «Le estaba examinando los nudillos» no sobreviviría a un interrogatorio. «Era trabajo de campo»

ya había sido rechazado. Y la verdad —que había estado en Oldham Street con la mano cicatrizada de Samuel Holt entre las suyas y que había deseado, más que nada en su meticulosa y organizada vida, acortar la distancia entre ellos— no era una razón. Era el problema.

—Tendré más cuidado.

—Irás acompañada. En cada visita a esa fábrica, en cada reunión con el señor Holt, yo estaré presente. O escribiré la segunda carta esta misma noche.

Llegaron a la puerta de los Whitfield. La señora Aldridge soltó el brazo de Rose, sacó una llave y abrió la puerta con precisión controlada. La casa estaba a oscuras. Los ronquidos del reverendo Whitfield llegaban desde el salón.

—Vete a la cama, Rose.

—Señora Aldridge...

—A la cama.

Rose subió las escaleras. No porque se lo hubieran ordenado, sino porque el pasillo se le hacía demasiado pequeño para la magnitud de lo que acababa de caerle encima.

Su habitación estaba fría. El fuego se había consumido hasta quedar en brasas. No volvió a encenderlo. Se sentó ante el escritorio en combinación, se quedó mirando la pared y sintió la forma de lo que se avecinaba.

Su padre. En Manchester. Conociendo a Samuel Holt.

Nathaniel Sterling, lord Clarendon, miembro de la Cámara de los Lores, patrón de la Academia de Santa Margarita, el hombre que antaño fue tan reservado que hizo falta un orfanato lleno de niños y una mujer americana sin paciencia para sus muros para lograr que se abriera... ese hombre iba a entrar en un despacho demasiado pequeño en Ancoats y a estrechar la mano de un dueño de fábrica con un ojo morado, una cicatriz de lanzadera y ninguna intención de disculparse por ninguna de las dos cosas.

Debería estar asustada. Debería estar redactando su propia carta, algo comedido, algo que llegara a Londres antes que la de la señora Aldridge, algo que enmarcara la situación en términos que su

padre pudiera aceptar. *Interés profesional. Trabajo del comité. El estudio económico.*

Acercó un papel. Mojó la pluma.

No le escribió a su padre.

Escribió: *No una ley que reduzca mi salario. Una ley que obligue a cada fábrica a hacer lo que hace la suya.*

Las palabras de Mary Marsh. Llevaban dándole vueltas desde la taberna, presionando contra el interior del cráneo de Rose con la insistencia particular de una idea que se negaba a ser archivada para más tarde. Mary Marsh no quería jornadas más cortas. Quería el aula de Polly en cada fábrica de Manchester. Quería comidas y máscaras y parejas de ayudantes, no como la excepción, sino como el requisito.

Rose sacó las cifras de producción de Samuel de su cuaderno; las había copiado de sus libros de contabilidad, columnas de números que ya era capaz de leer con los ojos cerrados. El aula costaba cuarenta libras al año. El salario de la señorita Ogden, tiza, cartillas, comida para catorce niños dos veces al día. Si cada fábrica de Manchester —y había docenas— gastara cuarenta libras en un aula, el coste total en toda la industria sería de...

Calculó. Movió los labios. Los números trabajaban tras sus ojos como siempre lo hacían: rápidos y limpios.

No cuarenta libras por fábrica. Menos, si el Gobierno subvencionaba a los maestros. Menos aún si las fábricas compartían recursos; las cartillas podían comprarse al por mayor, los contratos de comida negociarse colectivamente. Una red de aulas de fábrica, financiadas en parte por los propietarios y en parte por el Parlamento, proporcionando educación y comida a cada niño que trabajase en una hilandería. Las horas aún podrían reducirse —diez era mejor que doce, Mary Marsh se equivocaba en eso—, pero la reducción vendría acompañada de disposiciones que reemplazarían los ingresos perdidos con algo más valioso. No salarios. Futuros.

Ahora escribía deprisa. No era su informe para el comité, era algo más tosco, más urgente. Una propuesta. El esqueleto de un argumento que combinaba los principios de reforma de Rose con la realidad económica de Samuel y la sabiduría práctica de Mary Marsh.

Jornadas más cortas y aulas. Turnos reducidos y suministro de comidas. El Proyecto de Ley y la transición. No una cosa o la otra. Ambas.

La vela se consumía. Las brasas murieron. A Rose se le acalambró la mano, cambió a la otra y siguió escribiendo.

En algún momento se dio cuenta de lo que estaba construyendo. No era su informe. No era su recomendación. Era el testimonio de él. Estaba escribiendo el argumento que Samuel Holt presentaría ante el Parlamento: los motivos por los que su fábrica debería ser el modelo y no la excepción. Estaba traduciendo las palabras de Mary Marsh al lenguaje parlamentario y los números de Samuel a un marco sobre el cual el comité pudiera actuar.

Estaba escribiendo su discurso porque creía que él podía cambiar la ley.

Dejó la pluma. Miró lo que había escrito: seis páginas, manchadas de tinta, con su caligrafía deteriorándose a medida que avanzaba la noche. Seis páginas que desposaban el idealismo que había traído a Manchester con la realidad que había encontrado allí. Seis páginas que eran mejores que cualquier cosa que hubiera escrito para el comité porque eran verdad.

Aún sentía calor en la mano donde los dedos de él se habían cerrado.

Se tocó sus propios nudillos. Siguió el rastro del lugar donde la cicatriz de él se había presionado contra su piel. Cerró los ojos.

Debería estar pensando en la carta de la señora Aldridge. En su padre. En la tormenta que se avecinaba.

Estaba pensando en un hombre con un ojo morado que había dicho «sí, lo hice» cuando ella le dijo que había golpeado a alguien porque la habían tocado. Que no lo había negado. Que no lo había adornado para que fuera más aceptable. Que la había mirado en una calle iluminada por el gas, con el ojo hinchándosele y su mano en la de ella, y le había dicho la verdad con la misma naturalidad con la que le decía todo.

Sí. Lo hice.

Abrió los ojos. Miró las seis páginas sobre su escritorio. Miró la chimenea fría. Miró la oscuridad de Manchester presionando contra

la ventana.

Se estaba enamorando de Samuel Holt. El conocimiento se asentó en su pecho del mismo modo que sus números se asentaban en su libro de cuentas: con calma, con precisión, con la claridad implacable de una aritmética que no miente.

No podía permitirse esto. El comité. El Proyecto de Ley. El carruaje de su padre. En todo lo que había construido, en todo por lo que había trabajado, en todo lo que se suponía que debía ser... en nada de eso había lugar para el dueño de una fábrica de Ancoats con un té terrible, un aula y una cicatriz.

Cogió la pluma. Siguió escribiendo.

Fuera, Manchester estaba a oscuras y en silencio, la segunda carta de la señora Aldridge esperaba ser escrita y el carruaje de su padre ya estaba en camino en su imaginación, y nada de eso —ni un solo ápice— era suficiente para que ella se detuviera.

CAPÍTULO 8



Lo oyó antes de verlo.

Un sonido de arrastre por los adoquines del patio: irregular, decidido, el ritmo específico de algo arrastrado por alguien que ha decidido que se va a mover y no tiene interés en negociar el asunto. Samuel dejó su té de la fábrica y miró por la ventana del despacho.

Rose Sterling estaba arrastrando una silla de madera por su patio a las seis menos diez de la mañana.

Con ambas manos en el respaldo, el abrigo abrochado hasta la garganta y el pelo ya recogido. Sorteaba los adoquines irregulares sin aminorar la marcha, sin levantar la vista, sin molestar a nadie con el hecho de que lo estaba haciendo. Tras ella, a una distancia que comunicaba sufrimiento en cada paso cuidadoso, la señora Aldridge avanzaba por el patio con una expresión que habría podido congelar el agua del canal.

Samuel vio a Rose pasar la silla por la puerta de la fábrica. Vio cómo desaparecía. Vio a la señora Aldridge detenerse en el umbral, mirar la fábrica y entrar de todos modos; sin buenas opciones, pero con una postura impecable.

Estaba sonriendo cuando Brennan asomó la cabeza por la puerta del despacho.

—Su inspectora ya está aquí.

—Lo he oído.

—Trae una silla.

—Me he fijado.

Brennan se rascó la nuca. —Viene con ella una mujer. Mayor. Parece que va a hacer que me arresten.

—Es la señora Aldridge. Sé muy educado con ella, Brennan. Está teniendo una mañana difícil.

—¿Qué le digo?

—Nada. Ella te dirá lo que piensa sin necesidad de ayuda por tu parte.

Brennan sopesó esto y se retiró.

El sonido de las patas de la silla llegando al pasillo precedió a Rose por treinta segundos. Consiguió meterla por la puerta del despacho al segundo intento, la colocó en el ángulo que le daba igual acceso tanto a su cuaderno como a los libros de contabilidad de él —claramente había planeado la geometría antes de cruzar el patio— y se sentó. Hecho.

Samuel observó su despacho. Su escritorio. Su ventana. El metro de distancia entre la silla de ella y la suya.

—Señorita Sterling.

—Señor Holt. —Ella abrió su cuaderno—. El tercer escalón de la escalera principal está suelto. Alguien se torcerá un tobillo.

—Buenos días.

—Lleva suelto desde el martes.

—Haré que Brennan se ocupe de ello. —Miró a la señora Aldridge, que se había apostado en una esquina y se había quedado completamente inmóvil. Dispuesta a durar más que el edificio si fuera necesario—. Señora. Samuel Holt. Soy el dueño de la fábrica.

La señora Aldridge le miró el ojo. La hinchazón se había tensado durante la noche en algo oscuro y ardiente que él había evitado examinar esta mañana. La expresión de ella lo catalogó, lo archivó y dictó sentencia sin molestarlo con los detalles.

—Señora Aldridge.

—¿Puedo ofrecerle un té?

—¿Es el mismo té que ha estado bebiendo la señorita Sterling?

Él echó un vistazo a Rose. Rose estaba escribiendo.

—Lo es.

—Entonces no. —La señora Aldridge entrelazó las manos sobre el regazo—. Gracias.

La boca de Rose se movió. Apretó los labios y siguió escribiendo.

Samuel se sentó, acercó las cifras de suministros de Henderson y dejó que el silencio se asentara. Abajo, la fábrica comenzó su secuencia matutina: el motor engranando, las correas de transmisión encontrando su tensión, trescientos husos comenzando su jornada. El edificio se estremeció una vez y se estabilizó, como hacía siempre, tal como lo había sentido estremecerse seis años atrás, la mañana en que se detuvo por primera vez en este edificio y comprendió que era suyo.

—Hace mucho ruido —dijo la señora Aldridge.

—Sí.

—¿A qué hora para?

—A las seis de la tarde.

Un silencio mientras ella asimilaba doce horas de maquinaria. —¿Y la señorita Sterling ha estado viniendo aquí a esta hora todos los días?

—Desde el lunes.

La señora Aldridge miró a Rose. —¿Y tú has permitido esto?

—La señorita Sterling tiene autoridad parlamentaria para inspeccionar cualquier fábrica textil del distrito Norte. —Mantuvo la voz serena—. No suelo discutir con las leyes del Parlamento.

—Mmjm. —El sonido comunicaba extensos pensamientos sobre las leyes parlamentarias y sus artífices, ninguno de los cuales iba a desperdiciar directamente con él. Miró el escaso metro que separaba el escritorio de él y la silla de Rose, midiendo la distancia—. Es una habitación muy pequeña.

—Era un almacén. Puse un escritorio.

—Ya veo. —Se irguió—. Me quedaré.

—Señora Aldridge. —Rose seguía sin levantar la vista—. He estado inspeccionando fábricas durante tres años sin incidentes.

—Anoche, a las diez y media, estabas en una esquina de la calle sujetando la mano de este hombre.

El rasgueo de la pluma de Rose se detuvo.

Samuel desarrolló un repentino y absorbente interés por la carta de Henderson. Leyó la primera línea. La leyó de nuevo. Las cifras seguían igual que ayer, lo cual era un problema en el que tendría que pensar en algún momento en que no estuviera sentado en una habitación con Rose Sterling y la acompañante más formidable de la historia del trabajo de inspección parlamentaria.

—Estaba examinándole los nudillos —dijo Rose—. Estaba herido.

—En una pelea de taberna.

—Una pequeña...

—Le tiraste cerveza a un hombre.

—Se lo merecía.

Samuel tosió. La señora Aldridge lo miró. Él volvió a mirar la carta de Henderson con gran sinceridad.

—Señor Holt. —La voz de Rose había adquirido esa agradable precisión que, bien aplicada, levanta la pintura—. Tengo algo para ti. —Buscó en un segundo cuaderno —no el de inspección, otro diferente, con páginas densas de una caligrafía pequeña y urgente que él no había visto antes— y sacó un mazo de papeles doblados. Los dejó sobre el escritorio, entre ambos, sin dar explicaciones y volvió a escribir.

Él miró los papeles. Miró el perfil de ella: la mandíbula tensa, los dedos manchados de tinta, la forma deliberada en que no le miraba mientras él los cogía.

Desdobló la primera página.

Era su argumento.

No aproximadamente su argumento; su argumento con precisión, con sus cifras y sus ejemplos reconstruidos en un orden que golpeaba con más fuerza que cualquier cosa que él hubiera montado en su propia cabeza. Ella había cogido las cifras de los libros de contabilidad de los últimos cuatro días y las cosas que él había dicho en la mesa de la taberna y las había convertido en algo que realmente causaría daño en una sala de comité. Mary Marsh estaba allí. Los Burton estaban allí. El margen de ochocientas libras y las cuarenta libras para la escuela y el aumento del cuatro por ciento del algodón... todo ello ordenado, secuenciado, dirigido. Y entrelazado en todo el texto, el resquicio legal de los relevos: el territorio de ella,

no el de él, el tipo de detalle parlamentario que a él nunca se le habría ocurrido usar como arma.

Pasó a la tercera página. Leyó el párrafo sobre las disposiciones de transición y sintió que algo se movía tras sus costillas que no tenía nada que ver con el argumento.

Había escrito una conclusión usando el resquicio de los relevos como prueba de que el Proyecto de Ley ya estaba fallando antes de haber sido aprobado. A él no se le había ocurrido eso. Era mejor que cualquier cosa que él hubiera pensado, y llevaba seis años dándole vueltas al tema.

Dejó la sexta página sobre la mesa.

—Yo no he accedido a esto.

—Lo sé. —Rose pasó una página—. La audiencia es en seis días.

—Señorita Sterling...

—Anoche envié una carta proponiendo su nombre al Comité Selecto sobre las Condiciones en las Fábricas. Como testigo.

Anoche. Se había quedado hasta las dos de la mañana escribiendo seis páginas de testimonio y una carta al Parlamento. Después de la taberna. Después de la pelea. Después de haberle sujetado la mano en una esquina y de que la señora Aldridge hubiera llegado con un farol.

—Sin preguntarme.

—Te dije que tenía intención de hacerlo.

—No recuerdo eso.

—Eso es porque estaba sangrando en ese momento. —Pasó otra página—. Dijo que no era el tipo de hombre que habla ante el Parlamento. Eso no es un no. Eso es una inquietud. He abordado esa inquietud.

—Escribiendo mi discurso.

—Escribiéndote un discurso que funciona. Hay una diferencia.

Samuel miró al techo. El techo no le ofreció nada. Miró a la señora Aldridge, que estudiaba la pared de enfrente con tremendo interés en lo que parecía ser un trozo de yeso desnudo.

—La inquietud —dijo él— no era que me faltara material.

—¿Entonces cuál era?

—Que a hombres como yo no se les escucha en salas como esa.

Rose dejó la pluma. Se giró para mirarlo —de frente, con ambos ojos, sin nada de esa media atención que prestaba a casi todo— y él lo sintió como sentía la vibración del suelo de la fábrica a través de sus botas. Directo, constante, imposible de ignorar.

—John Fielden —dijo ella—. Todmorden. Dueño de una fábrica de algodón. Forjó su fortuna con la misma maquinaria que usa usted. Testificó ante el Parlamento y fue uno de los defensores más eficaces del Proyecto de Ley.

Él sabía que ella sacaría a relucir a Fielden. Llevaba esperándolo desde lo de la taberna. —Fielden tenía treinta años de experiencia y un escaño en los Comunes.

—Tú tienes algo mejor.

—¿El qué?

Ella cogió las seis páginas y se las tendió por encima del escritorio. No se las ofrecía; se las presentaba. —Cifras que cuadran. Una escuela que existe. Trescientos trabajadores que están alimentados y lo saben. —Hizo una pausa—. Y a mí. Lo cual, en esa sala de comité, vale considerablemente más que un escaño parlamentario.

La tinta en sus dedos. La firmeza con la que sostenía los papeles, seis páginas de su propia vida devueltas a él con la letra de ella a las seis de la mañana, después de que ella hubiera pasado la noche escribiéndolas.

Él cogió los papeles.

—Ha organizado mi argumentación —dijo.

—Alguien tenía que hacerlo. La tuya era un caos.

—No era un caos.

—Tenía tus cifras más sólidas enterradas en anécdotas, lo cual es lo mismo que no tenerlas en absoluto. Les he dado estructura. Y el vacío legal sobre los relevos en la conclusión es cosa mía; de nada por eso también. —Ella cogió su pluma.

Al otro lado de la sala, la señora Aldridge emitió un sonido que, en otra mujer, habría sido una carcajada. Se extinguió rápidamente bajo la mirada de él.

—La sección sobre los costes de transición —dijo Rose, escribiendo ya de nuevo— necesita tus cifras reales de ventilación.

Lo que cuesta instalar conductos adecuados: tus números, no las estimaciones infladas de Cartwright. ¿Puedes tenerlos para mañana?

Las seis páginas seguían en la mano de él. Las dejó sobre la mesa. Cogió su pluma. —Los tendré esta noche.

—Mañana es suficiente.

—Esta noche. —Él acercó el libro de suministros hacia sí—. Si vas a presentar mis cifras ante el Parlamento, prefiero que sean exactas.

La mano de ella se tensó sobre la pluma; un rápido movimiento de los dedos que desapareció antes de que volviera a mirar su cuaderno.

—Esta noche, pues. —Su voz fue totalmente profesional—. Gracias.

La mañana se asentó en el ritmo que él ya no se sorprendía de seguir: esa cualidad particular del silencio que existe entre dos personas que no están de acuerdo en casi nada y que han encontrado la forma de trabajar en la misma habitación a pesar de todo. Rose repasaba sus costes de explotación con preguntas que ya no trataban de inspección, sino de arquitectura: si su modelo podría sobrevivir a una réplica, cuál era el coste marginal, dónde pondrían reparos otros dueños de fábricas. Ella estaba construyendo el argumento de la coalición en torno al testimonio de él; no le había preguntado si eso era aceptable y él no se había opuesto.

Después de una hora, él dijo: —Necesitará a otros dueños de fábricas.

Rose levantó la vista.

—Conozco a dos o tres que han tomado decisiones similares. No al mismo nivel, pero lo suficiente como para demostrar al comité que este no es el experimento de conciencia de un solo hombre. No testificarán —nadie quiere ser el dueño de fábrica que dio un paso al frente e invitó al escrutinio—, pero podrían darle cifras.

Las manos de ella se quedaron quietas. Él había aprendido aquello sobre ella: cuando algo importaba, la organización se detenía y ella simplemente miraba. Era lo más desconcertante de ella, lo cual ya era decir mucho porque era desconcertante en todos los sentidos.

—¿Me los presentarías?

—Iré contigo —dijo él antes de haber terminado de decidir que iba a decirlo.

Ella lo miró por un momento más largo de lo que era estrictamente profesional. Luego pasó a una página limpia. —Mañana. Necesitaré nombres.

—Señora Aldridge —dijo él sin darse la vuelta—, imagino que nos acompañará.

—A cada fábrica —confirmó la señora Aldridge—. Con el debido aviso del horario.

—A las seis —dijo Rose amablemente.

—Las seis —dijo la señora Aldridge— no es una hora. Es un castigo por pecados no especificados.

Samuel mantuvo los ojos en el libro de contabilidad. Le dolía un poco la mandíbula por el esfuerzo.

La campana del descanso de los niños sonó a las diez. Rose se levantó; sin mirar la hora, sin terminar su frase, simplemente se puso en pie, con el cuaderno ya en la mano, dirigiéndose hacia la escuela antes de que terminara el sonido. La mrs. Aldridge se compuso y la siguió. Había aceptado sus circunstancias y tenía la intención de ser testigo pleno de ellas.

Samuel se quedó en su escritorio.

Miró las seis páginas. No los números esta vez, sino la conclusión. El párrafo que ella había escrito a las dos de la mañana y que él ya había leído cuatro veces.

La conciencia no es un modelo de negocio. Pero la explotación del señor Holt demuestra que la humanidad y el beneficio no son, como han argumentado los opositores a la reforma, incompatibles. Lo que se requiere no es la excepción del carácter de un hombre, sino la arquitectura de un sistema que haga que sus elecciones sean posibles para cada dueño de fábrica del Distrito Norte.

Ella había escrito *no la excepción del carácter de un hombre*. Había visto la diferencia entre ser presentado como prueba de que el sistema funcionaba y ser utilizado como evidencia de que el sistema podía cambiarse, y había construido todo el argumento sobre esa distinción.

Él dobló las páginas. Las puso en el cajón con la carta de Henderson.

Desde el pasillo llegaban los sonidos del descanso: voces de niños, el raspar de una pizarra, la señora Aldridge preguntando algo a alguien con un tono que había perdido gran parte de su frialdad. Y luego, más baja, la voz de Rose en la puerta de la escuela. No podía oír las palabras. Solo el contorno de su voz, la forma en que cambiaba de registro cuando hablaba con los niños, menos precisa y más... no tenía una palabra para ello. Menso la inspectora parlamentaria. Más la mujer que se había arrodillado en el suelo de Cartwright y no se había soltado.

Él estaba en la puerta antes de haber decidido moverse.

Ella estaba agachada a la altura de Nell en el pasillo, con su falda de seda sobre el suelo de la fábrica, su rostro al nivel de los ojos de una niña de cinco años que había dejado de ser capaz de mirar a los adultos directamente. La señora Aldridge estaba dentro de la escuela hablando con la señorita Ogden sobre manuales de lectura, interesada a su pesar, claramente sin haberlo esperado.

Nell sostenía una pizarra. En ella, con la caligrafía vacilante de una niña que había empezado a aprender las letras hacía dos días: NELL. Escrito tres veces. Cada una ligeramente más segura que la anterior.

Rose no decía nada. Solo miraba la pizarra con la expresión que ponía cuando las cifras de su libro de contabilidad finalmente cuadraban; la expresión que él estaba bastante seguro de que ella no sabía que su rostro ponía.

Él se apoyó en el marco de la puerta.

Ella lo oyó. No se dio la vuelta. —Lo ha hecho esta mañana. Polly dice que ha estado practicando por la noche, después de que terminan las lecciones.

—¿Sobre qué?

—Polly le presta tiza. Se la lleva a casa en el bolsillo.

Él miró la pizarra. Nell aún no había levantado la vista. No la levantaba ante nadie, por lo general; comía sus gachas y se sentaba junto a Polly y ocasionalmente dejaba que Polly le hablara, que era todo lo que había conseguido desde que llegó. Pero sostenía la

pizarra hacia Rose, solo un poco, de la forma en que sostendrías algo hacia alguien en quien has decidido, tentativamente, confiar.

—Nell. —La voz de Rose fue muy baja—. ¿Me dejas?

Los dedos de la niña soltaron la pizarra.

Rose la sostuvo. La miró durante un largo momento. Luego se la devolvió, con el mismo ángulo cuidadoso con el que Nell se la había ofrecido. —Está perfecta.

Nell la cogió. La miró. Casi... casi... levantó la vista.

La mrs. Aldridge apareció detrás de él en el pasillo. Captó la escena —Rose agachada, Nell con la pizarra, el metro de silencio cargado entre Samuel y todo aquello— y su boca se suavizó, solo un poco, antes de volver a entrar en la escuela.

Él se quedó donde estaba. Rose se enderezó, con su falda arrastrando el polvo de la fábrica, se dio la vuelta y lo encontró quince centímetros más cerca de lo que esperaba. Estaban en el pasillo. La puerta de la escuela estaba abierta. La mrs. Aldridge estaba a poco más de un metro.

Quedaban quizá treinta segundos antes de que ella volviera a salir.

Rose levantó la vista hacia él. Él la miró a ella. Las seis páginas estaban en el cajón de su escritorio y ella se iría a Londres en seis días y la distancia entre sus mundos era la misma de siempre, y nada de eso era lo que estaba ocurriendo en aquel pasillo en ese instante.

—Tenía polvo de la fábrica en la falda —dijo él—. En el suelo de Cartwright. Cuando la cogió en brazos. No... —Se detuvo. Empezó de nuevo, más bajo—. Ni una sola vez se miró la falda.

Los labios de Rose se entreabrieron. Ningún sonido. Sus manos, que lo organizaban todo, seguían quietas a sus costados.

No habría podido decir, después, cuál de los dos se movió primero. Pensó que fue él: medio paso adelante, o la inclinación de alguien que ha decidido algo sin terminar de pensarlo. Ella alzó la barbilla. La mano de él...

—Señorita Sterling. —La señora Aldridge apareció en el umbral sosteniendo un manual de lectura—. La señorita Ogden cree que

esta edición es anterior a los estándares de ortografía revisados. ¿Tienes alguna opinión al respecto?

Rose se dio la vuelta. Cogió el manual. —Le echaré un vistazo.

—Gracias. —La señora Aldridge miró a Samuel. Había visto exactamente lo que había visto. Su expresión decía que él tenía precisamente una oportunidad para merecerlo. Luego volvió a entrar.

Samuel retrocedió. Se metió las manos en los bolsillos. Rose miraba el manual con feroz concentración.

—La sección sobre el vacío legal de los relevos —dijo ella al manual—. Necesitaré esas cifras de ventilación antes de revisarla.

—He dicho que las tendría esta noche.

—Bien. —Regresó al despacho sin mirarlo.

Él la siguió. Se sentó en su escritorio. Ninguno de los dos habló. Rose abrió su cuaderno y empezó a escribir, y después de un momento él cogió su pluma e hizo lo mismo, y el escritorio entre ellos era exactamente lo que había sido aquella mañana y, al mismo tiempo, nada que se le pareciera.

La tarde fue transcurriendo como transcurrían las tardes en la fábrica: entre ruido y números y el silencio particular entre ellos que ya había dejado de necesitar explicación. A las cinco, Rose recogió con su habitual rapidez y eficacia: papeles alineados, cuadernos apilados, nada sobre el escritorio de él que no hubiera llegado en sus manos esa mañana. La mrs. Aldridge se levantó de su rincón. Había sobrevivido al día. Sobreviviría al siguiente.

—Mañana —dijo Rose—. Y querré esos nombres antes de empezar.

—Los tendrá.

Ella lo miró a través del escritorio. Esa expresión que él no podía catalogar: la que era profesional y personal y, de algún modo, la misma cosa.

—Se te va a dar muy bien esto.

—¿El testimonio?

—Hacerse oír. —Cogió su abrigo. Se lo puso. Se detuvo con un botón abrochado y tres desabrochados, con las manos quietas en la solapa. Había dicho algo que no pretendía decir, y estaba decidiendo

qué hacer al respecto. Luego se abrochó el resto de los botones y se dirigió a la puerta.

—El escalón —dijo ella, de espaldas a él—. Escalera principal. El tercero.

—Brennan se encargará de ello esta noche.

—Bien.

Se marchó. La mrs. Aldridge la siguió, deteniéndose en la puerta lo justo para mirarlo. Aún no se había decidido. Seguía reuniendo información.

Luego el patio. Luego el silencio.

Samuel se quedó sentado un rato bajo la luz ambarina del atardecer. La audiencia era en seis días. Ella iría a Londres a presentar el testimonio. Se llevaría sus cuadernos y su silla y su forma de no mirarlo cuando había dicho demasiado, y se iría.

No iba a contar los días que le quedaban. Era un hombre que dirigía una fábrica basándose en márgenes y horarios y en la dura aritmética de lo que era posible; no se quedaba sentado en su despacho a las cinco de la tarde contando los días como un hombre que hubiera perdido temporalmente la noción de lo que es práctico.

Los contó de todos modos.

Cinco días. Luego ella se habría ido.

CAPÍTULO 9



Su labio inferior era ligeramente más carnoso que el superior.

Se había fijado en ello antes —el martes, durante su primera discusión sobre los salarios—, pero había estado demasiado furiosa para catalogarlo debidamente. Ahora, en el despacho trasero de la fábrica de Thornton en Oldham Road, con Samuel inclinado sobre una mesa explicando los costes de transición a un hombre que no quería escucharlos, no tenía excusa alguna.

—... los márgenes no son los que afirma Cartwright. Aquí —Samuel extendió las páginas del libro de contabilidad—. Mis costes de ventilación del último trimestre. Compárelos con las estimaciones que recibió su asociación.

Thornton —un hombre corpulento de ojos cautelosos y uñas limpias, lo cual le decía a Rose más sobre su fábrica que una hora de inspección— cogió las cifras. Las estudió.

Rose abrió su cuaderno. La página estaba en blanco. No había escrito nada en los últimos tres minutos porque había estado observando el dedo índice de Samuel recorrer una columna de números en lugar de recorrerlos ella misma.

Sacó las estimaciones de Baines de su segundo cuaderno. —Sus costes reales de ventilación se sitúan aproximadamente un treinta por ciento por debajo de lo que la asociación de propietarios de fábricas ha estado presentando al Parlamento como inevitables.

Samuel la miró de reojo. —Un treinta y dos por ciento. Pero ¿quién lleva la cuenta?

Escribe eso. Lo escribió. No levantó la vista.

Thornton cambió de postura. —¿Y quiere que entregue estas cifras a un comité parlamentario?

—Quiero que se las entregue a la señorita Sterling —Samuel se incorporó de la mesa—. Lo que ella haga con ellas es un asunto entre ella y la Cámara de los Comunes.

—Lo que haré con ellas —dijo Rose— es demostrar que el argumento de los costes contra el proyecto de ley está inflado en un tercio. Sus cifras junto a las del señor Holt mostrarían al comité que esto no es una anomalía.

—¿Y cuando se corra la voz de que he abierto mis libros a una inspectora del gobierno?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Rose esperó a que Samuel la respondiera; este era su mundo, su lenguaje, su gente. No se precipitó.

—Sin nombres, Thornton. Sin testimonios. Solo números en una página que podrían haber salido de cualquier parte.

Thornton se frotó la nuca. —No son los números lo que me preocupa, Holt. Es quién hace las preguntas cuando los números aparecen en la sala de un comité.

—Entonces tendrá que confiar en mí: la persona adecuada es quien las hace —Samuel no miró a Rose. No le hizo falta. La confianza ya estaba implícita en la frase.

Thornton se echó hacia atrás. —¿Y qué diferencia hay? El proyecto de ley se va a aprobar de todos modos. Diez horas. Está hecho.

—El proyecto de ley se aprobará —Rose cerró su cuaderno—. Y no funcionará.

Thornton frunció el ceño. —¿Cómo que no puede funcionar? Si el Parlamento dice diez horas, son diez horas.

—Porque la ley limita las horas por trabajador, no las horas por máquina —llevaba meses rastreando esto: los susurros en las salas de los comités, las cartas entre dueños de fábricas que se suponía que no debía haber visto—. La maquinaria puede seguir funcionando

quince horas al día. Nada en el proyecto de ley cambia eso. Así que los propietarios utilizarán relevos. Un turno de mañana de niños trabaja seis horas. Un segundo turno entra por la tarde. Luego los niños de la mañana regresan por la noche, otras seis horas. Ningún niño ha trabajado más de diez horas seguidas. Pero habrán trabajado doce en un día, de forma interrumpida, y la fábrica nunca habrá dejado de funcionar.

—Eso es... —Thornton se detuvo. Se frotó la nuca. —¿Eso es legal?

—Los inspectores de Manchester piensan que no lo es. Los magistrados no están de acuerdo. Lo que significa que ocurrirá en cada fábrica que quiera hacerlo, y nadie podrá demostrar nada, porque se puede comprobar cuándo están encendidas las luces de una fábrica, pero no se puede rastrear a cada niño que entra y sale por una puerta.

Samuel la estaba observando. Ella podía sentirlo: la atención constante que prestaba a las cosas que importaban.

—Por eso sus cifras importan, señor Thornton —Rose recogió las estimaciones de Baines—. El testimonio debe demostrar que las fábricas pueden permitirse realmente detener las máquinas a las diez horas. No hacer pasar a los niños por turnos para fingir que lo han hecho. Si el comité ve los costes reales —los suyos, los del señor Holt—, podrán cerrar el vacío legal antes de que se trague la ley entera.

Thornton miró a Rose. Miró a la señora Aldridge, que estaba examinando una mancha de humedad en el techo con una expresión que comunicaba su opinión global sobre el Manchester industrial.

—Enviaré noticias a su fábrica mañana por la tarde.

Se estrecharon la mano brevemente, con el apretón de dos hombres que entendían lo que se estaba arriesgando y no pensaban discutirlo más.

La calle, afuera, estaba brillante y cortante por el viento de abril. La señora Aldridge caminaba entre ellos, con una posición tan deliberada como una pieza de ajedrez.

—Lo hará —dijo Rose.

—No lo hará.

—Estudió su libro de contabilidad durante tres minutos. Estaba echando cuentas.

—Estaba buscando una razón para decir que sí. Eso no significa que la encuentre —Samuel se subió el cuello de la chaqueta—. Estos hombres tienen familias. Un paso en falso y Thornton pierde contratos, pierde su prestigio. Le está pidiendo que se juegue su sustento en una audiencia parlamentaria que podría no cambiar nada.

—Le estoy pidiendo que haga lo correcto.

—Y yo te digo que lo correcto cuesta dinero por aquí arriba —la miró de forma directa, no con frialdad—. No es una crítica. Es aritmética.

Ella quiso discutir. Quiso decirle que la aritmética no sustituía al valor, que el objetivo del testimonio era lograr que el coste de no hacer nada fuera mayor que el de actuar. Pero él no se equivocaba, y ella estaba cansada de fingir que la perspectiva de él no agudizaba la suya.

—Entonces haremos que la aritmética funcione —dijo ella—. Para eso es el testimonio.

—Y lo que ella no pueda resolver con aritmética —dijo la señora Aldridge desde en medio—, lo resolverá con persistencia. Lo he visto. Es agotador.

A Samuel se le crispó la boca. Rose se mordió el interior de la mejilla.

Llegaron a Bengal Street. Samuel sostuvo la puerta de la fábrica para la señora Aldridge y luego para Rose. Tenía la mano en el marco sobre la cabeza de ella mientras Rose pasaba por debajo. Era muy consciente de él: de su altura, de su cercanía, del olor a lana y humo y a algo más profundo que era, inoportunamente, él.

—Brennan tendrá los informes de la tarde —él ya miraba hacia las escaleras—. Estaré arriba si necesitan algo después de las cinco. Tengo habitaciones sobre el despacho.

—Vive usted en su fábrica —el tono de la señora Aldridge sugería un defecto de carácter que no había considerado previamente—.

—Encima de ella. Hay una puerta y una ventana.

—Qué extravagancia.

La tarde transcurrió entre libros de contabilidad y revisiones de testimonios, los dos trabajando en la misma mesa mientras la señora Aldridge leía una novela que había sacado de su maleta de viaje. A las cuatro y media, Rose necesitó la respuesta a una pregunta que le había estado rondando toda la semana.

—El aula te cuesta cuarenta libras al año.

Samuel levantó la vista.

—¿Cuál era el margen antes de construirla?

—Ochocientas cuarenta. Ya lo sabes, señorita Sterling.

—Conozco las cifras. Quiero saber por qué las elegiste —mantuvo la pluma quieta—. Tenías ochocientas cuarenta y gastaste cuarenta en tizas, cartillas y el sueldo de un maestro. ¿Por qué?

Él hizo girar la pluma entre los dedos. La cicatriz de la lanzadera captó la luz. —Porque cumplí diez años antes de saber leer mi propio nombre. No porque fuera torpe. Porque nadie tenía tiempo, y yo no tenía las palabras para pedirlo. Aprendí por mi cuenta con una Biblia a la que le faltaba desde el Génesis hasta el Deuteronomio —torció la comisura de los labios. —La primera palabra que aprendí fue *Levítico*. No fue el comienzo más inspirador.

La novela de la señora Aldridge se había quedado quieta en sus manos.

—Así que... cuarenta libras. Porque la diferencia entre ochocientas y ochocientas cuarenta es el tipo de margen por el que puedo perder el sueño o gastarlo en tiza —cogió la pluma—. Elegí la tiza.

Rose lo anotó. No para el testimonio. Para ella misma.

A las diez y media de esa noche, Rose estaba sentada al escritorio de su habitación en casa de los Whitfield con el testimonio extendido ante ella, una vela consumiéndose y un vacío en la sección de las disposiciones de transición que no podía llenar.

El análisis de costes funcionaba. El vacío legal de los relevos era sólido. Pero el argumento de la transición —la sección que determinaría si el proyecto de ley ayudaba realmente a los trabajadores que pretendía proteger— necesitaba los costes de combustible de Samuel para el periodo de conversión. Sin ellos, el

argumento a favor de una transición asequible era optimismo, no una prueba.

Podría preguntarle mañana. Mañana perdería la mañana con el segundo dueño de la fábrica y la tarde con las revisiones. Para el miércoles, el argumento estaría a medio construir y faltarían tres días para la audiencia.

Él estaba arriba, en la fábrica. A diez minutos a pie.

Rose se puso el abrigo. No despertó a la señora Aldridge. Se dijo a sí misma que era por amabilidad; la mujer se merecía dormir después de un día en una fábrica de algodón. Se dijo a sí misma muchísimas cosas mientras se abotonaba el abrigo y bajaba sigilosamente por la escalera trasera hacia la oscuridad de Manchester.

Las calles no estaban vacías. Manchester a las diez y media no era Londres: no había faroleros, ni carruajes, ni plazas iluminadas con gas. Había palacios de ginebra que vertían ruido sobre el pavimento. Hombres caminando en grupos. Esa clase particular de atención que sigue a una mujer vestida con telas de calidad que camina rápido y sola.

Caminó más deprisa. Bengal Street estaba adelante: la chimenea alta, las ventanas oscuras, la luz solitaria ardiendo en el piso superior que significaba que él estaba despierto.

Cruzó el patio. Los adoquines eran los mismos por los que había arrastrado una silla ayer por la mañana, pero bajo la oscuridad se sentían distintos. La puerta de la fábrica estaba cerrada. La entrada lateral —la que usaba Brennan— estaba a la vuelta, por el callejón entre la fábrica y el almacén.

Dobló la esquina.

Dos hombres apoyados contra la pared del almacén.

Se detuvo. Ellos se incorporaron. Los tres metros que los separaban desaparecieron antes de que ella hubiera terminado de darse la vuelta.

—Fuera hasta tarde —el más alto se separó de la pared—. Complexión de trabajador de fábrica, ropa de los que cobran por estar allí. —Estás muy lejos de casa de los Whitfield, encanto.

Sabían dónde se alojaba. A Rose se le hundió el estómago.

—Soy inspectora del Comité Selecto...

—Sí, ya sabemos lo que eres —él se acercó más—. Tabaco y ginebra barata. —La pregunta es qué haces en la puerta trasera de Holt a estas horas. ¿Inspeccionando, tal vez?

Ella dio un paso atrás. El segundo hombre estaba detrás de ella. No lo había oído moverse. Su mano se cerró en torno al brazo de ella.

—Quite las manos...

—Quieta —él la obligó a girar hacia delante, con brusquedad. El alto le agarró el otro brazo. —Cartwright dijo que vigiláramos la fábrica. No mencionó el entretenimiento.

—¡Suéltenme! —lanzó el codo hacia atrás, golpeó, oyó un gruñido y sintió que el agarre se aflojaba. Quedó libre medio segundo antes de que la otra mano la agarrara del abrigo, tirando de ella hacia un lado. Su hombro golpeó contra la pared, el mundo se inclinó y la mano de él estaba en su cintura y ella no podía...

—Quitad las manos de encima.

La voz venía del final del callejón. Baja, firme y con el peso de un hombre que se había criado en estas calles y recordaba lo que eso significaba.

Samuel entró en el halo de luz.

CAPÍTULO 10



Había oído sus pasos en el patio.

Esa era la parte que no podía perdonarse: que estaba en su escritorio con el libro de costes de combustible y una taza de té frío, y que había oído unas botas de tacón sobre sus adoquines y había sabido que eran las de ella antes incluso de llegar a la ventana. Estaba a mitad de las escaleras cuando empezaron las voces en el callejón y el saber se convirtió en algo completamente distinto.

Eran dos. La tenían acorralada entre ellos. Una mano en su brazo, otra en su cintura. Ella estaba contra la pared y se resistía, y ellos se reían.

Golpeó al más alto antes de que el hombre terminara de darse la vuelta.

La mandíbula. El crujido le recorrió los nudillos, la muñeca, el hombro. El hombre se tambaleó y Samuel lo agarró por el abrigo, lo estampó contra la pared opuesta y lo mantuvo allí; con la cara a un palmo de distancia, el puño armado hacia atrás y la otra mano retorciendo el cuello del individuo.

—Vuelve a tocarla —apenas reconoció su propia voz—. Vuelve a tocarla y te echo al canal.

El segundo había soltado a Rose. Retrocedía hacia el patio con las manos medio levantadas.

—Tranquilo, Holt... Cartwright dijo que vigiláramos la fábrica, eso es todo...

Samuel soltó al alto. Se giró. Dio un paso. El hombre retrocedió dos.

—Largaos. —Su respiración era entrecortada. Le temblaban las manos—. Si vuelvo a ver a alguno de los dos cerca de esta fábrica... o cerca de *ella* otra vez... se acabaron las palabras.

Se marcharon. El alto escupió sangre y se fue. Samuel se quedó en el callejón con los puños aún apretados, el pulso martilleándole en los oídos y la rabia intacta, toda ella, sin ningún lugar adonde ir.

Se dio la vuelta.

Ella tenía el abrigo torcido por donde la habían agarrado. Se le había soltado una horquilla y un rizo oscuro le caía sobre la mandíbula. Tenía las manos apoyadas en los ladrillos, presionando, necesitando algo sólido.

Lo miró. Estaba pálida. Firme. Furiosa. Y la furia no iba dirigida a los hombres que acababan de irse.

—No lo hagas —dijo ella.

Él la cogió del brazo —no como lo habían hecho ellos— y la condujo por la puerta lateral, subiendo las escaleras y entrando en sus aposentos sin decir una palabra.

Encendió la lámpara. Cerró la puerta. Se dio la vuelta.

Ella estaba de pie en su habitación. La cama se encontraba a un par de metros. Lo miraba como lo había mirado en el pasillo: desafiándolo a decir lo que ella veía gestándose en su rostro.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Necesitaba tus cifras de costes de combustible.

—A las diez y media de la noche.

—La sección de transición tiene un hueco. Sin los costes de combustible...

—Para. —Fue más brusco de lo que pretendía. Apoyó las manos en el respaldo de la silla porque necesitaba aferrarse a algo—. Deja de hablar del testimonio.

—El testimonio es el motivo por el que he venido.

—El testimonio es lo que te dices a ti misma. —Se le pusieron blancos los nudillos sobre el respaldo de la silla—. Podrías haber

esperado a la mañana.

—La vista es dentro de cinco días...

—Podrías haber enviado una nota con el chico de los Whitfield.

Ella abrió la boca. La cerró. Esa mirada ausente, la que él nunca había visto en su rostro. Rose Sterling, que planeaba la geometría de una silla antes de cruzar un patio, lo miraba como si él hubiera sacado un número con el que ella no había contado.

Él observó cómo esa emoción le recorría la cara. Los labios entreabiertos, los ojos muy abiertos; luego, la mandíbula tensándose, la barbilla alzándose. Reorganizándose. Reconstruyendo los muros.

—En cualquier caso...

—¿Sabes lo que has hecho? —Apretaba la silla con tanta fuerza que sentía la veta de la madera—. Esos hombres son de Cartwright. Estaban vigilando mi fábrica y te han visto a ti —la hija de Lord Clarendon— entrando en mi casa. Sola. A las diez y media de la noche.

Ella se estremeció. Había dicho *la hija de Lord Clarendon* y ella se había estremecido.

—Para mañana por la mañana, Cartwright lo sabrá. Para finales de semana, llegará a Londres. A tu comité. A tu familia. A tu padre. —Mantenía la voz plana porque ella necesitaba oír aquello sin ninguna suavidad tras la que esconderse—. Dirán que has venido a mi cama. Dirán que la inspectora que escribió el testimonio compartía las sábanas del dueño de la fábrica. Cada cifra que hayas reunido, cada argumento... nada importará. Porque la historia tratará sobre ti y sobre mí.

—No hay ninguna historia sobre ti y sobre mí.

—¿Entonces por qué estás de pie en mi dormitorio?

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos. Rose tenía las manos a los costados. «No despertó a la señora Aldridge», pensó él. Sabía exactamente lo que hacía cuando salió de aquella casa sola.

—No estaba pensando —dijo ella en un susurro.

—No. No lo hacías.

—Yo no... yo planeo. Tengo en cuenta cada variable. No camino por Manchester de noche porque no puedo... —Se detuvo. Se

presionó la frente con los dedos—. Yo no hago estas cosas.

—Porque no puedes, ¿qué?

Ella bajó la mano. Tenía los ojos brillantes y su voz había perdido toda la firmeza que él la había oído usar en las salas del comité.

—Porque no puedo dejar de pensar en ti. —Tomó aire—. Lo he intentado. He enumerado cada razón por la que es imposible y ninguna de ellas... —Su voz se quebró. Apretó los labios. Miró al suelo.

Él soltó la silla.

—Rose.

—No. —Ella levantó una mano; un gesto de defensa, o de rendición, él no sabía distinguirlo—. Sé lo que vas a decir. La distancia entre nuestros mundos. La aritmética del asunto. Lo sé...

—Mírame.

Ella levantó la vista. Tenía los ojos húmedos y estaba furiosa por ello; estaba allí de pie, en su habitación, con el abrigo rasgado por el hombro donde la habían agarrado, y a él le dolía el pecho de una forma que no tenía nada que ver con la respiración.

Cruzó la estancia. Despacio. Sabiendo exactamente lo que estaba haciendo.

—Tienes razón —dijo él—. La aritmética no encaja. —Levantó la mano. Le colocó el rizo suelto detrás de la oreja, recorriéndole la mejilla con las yemas de los dedos. Ella cerró los ojos y se apoyó en su palma —apenas, lo justo— y el sonido que emitió fue tan tenue que él lo sintió más de lo que lo oyó—. He hecho el cálculo. Varias veces.

—¿Y? —preguntó ella contra su mano. En un susurro.

—Y no se me da bien hacer lo que dicen los números. No cuando se trata de ti.

Ella contuvo el aliento. Levantó su mano —no para detenerlo, ni para acercarlo— y sus dedos encontraron el cuello abierto de su camisa y descansaron allí, contra su pecho, donde su corazón hacía algo de lo que no podía culpar a las escaleras.

La besó.

No fue un beso suave. Tenía la mano magullada en la cara de ella y la otra en su pelo, y la besó como si estuviera hambriento;

como si llevara hambriento desde que ella entró en su fábrica con su cuaderno y su seguridad y arruinó cada rincón de paz que él había construido.

Los dedos en su pecho asieron el lino y tiraron, y algo se resquebrajó dentro de él para no volver a cerrarse jamás.

La empujó contra el escritorio. Sin delicadeza. La cadera de ella golpeó el borde y ella jadeó; él estuvo a punto de detenerse —casi —, pero ella lo atrajo más hacia sí, con ambos puños en su camisa ahora, y el jadeo se convirtió en un sonido profundo en su garganta que lo atravesó como un cable al rojo vivo. Él la agarró por la cintura y ella se arqueó contra él; podía sentirla entera a través del fino algodón: el calor, su forma, la manera en que su cuerpo encajaba con el suyo como si hubiera estado esperando para hacerlo.

Sus labios dejaron los de ella. Buscaron la línea de su mandíbula. La piel debajo de la oreja. Ella echó la cabeza hacia atrás y él besó el hueco de su garganta, donde el pulso le martilleaba, y ella pronunció su nombre —*Samuel*—, oprimida, rota, con los dedos clavados en su pelo, y el sonido casi lo hizo caer de rodillas.

Volvió a sus labios. Más despacio ahora. Saboreándola. Ella se abrió para él y él la besó profunda y lentamente, y su espalda se arqueó contra el escritorio; él extendió la mano sobre la parte baja de su espalda y no pensó en nada. Por primera vez en su vida, los números se silenciaron y solo existía esto: el sabor de ella, su calor, el quiebro en su respiración cuando el pulgar de él encontró el refuerzo del corsé a través del algodón y lo recorrió.

Se apartó. Apenas unos centímetros. Con el pecho agitado. Ella temblaba contra él y él también, y sus nudillos sangraban sobre la mandíbula de ella y a ninguno de los dos les importaba; él quería besarla de nuevo con tantas ganas que le dolían los dientes.

—Los costes de combustible. —La voz de ella estaba rota—. De verdad que los necesito.

Una carcajada se le escapó; baja, franca, de las que casi nunca dejaba salir. Apoyó su frente contra la de ella. —Eres la mujer más imposible que he conocido jamás.

—Eso no es un no.

—Cajón de arriba. Lado izquierdo.

Ella lo besó otra vez —más suave esta vez, más despacio, con el pulgar buscando el lugar donde el pulso le martilleaba en la garganta— y la suavidad fue peor que el ardor, porque significaba algo que ninguno de los dos estaba preparado para decir.

Fue ella la que se apartó primero. No mucho. Con la mano todavía en su cuello. Manteniendo la mirada en la de él. Y sonrió —no con esa sonrisa afilada, ni con la profesional— y él lo sintió como una cuchillada entre las costillas porque ya estaba echando cuentas.

Tenía el pelo suelto. Estaba en una habitación encima de una hilandería de algodón con los labios hinchados y sangre de él en la mejilla, y lo miraba como si nada de aquello importara.

Y todo importaba.

Él dio un paso atrás. La mano de ella se deslizó fuera de su cuello.

—¿Samuel?

—Te acompañaré a casa. —Se giró hacia el escritorio. Abrió el cajón de arriba. Sacó el libro de costes de combustible. Se lo tendió sin mirarla.

—¿Qué acaba de pasar?

—Has venido por los costes de combustible. —Su voz era firme. La hizo sonar firme—. Aquí los tienes.

—Eso no...—Ella cogió el libro. Se quedó mirándolo—. No estarás hablando en serio.

—Los hombres de Cartwright te vieron entrar en este callejón. Me vieron meterte dentro. Eso ya va camino de Londres. —Se obligó a mirarla. Se obligó a ver lo que Londres vería: el abrigo rasgado, el pelo revuelto, la habitación del dueño de la fábrica con su cama estrecha y sus paredes manchadas de humo—. Tu padre es Lord Clarendon. Tu madre es una Edgewood. Te sientas en comités parlamentarios y cenas con ministros, y tienes una vida que... —Se detuvo. Tragó saliva—. Tienes una vida, Rose.

—¿Y qué? ¿Tú no?

—Tengo una fábrica que funciona con un margen de ochocientas libras y unos aposentos encima de una chimenea. —Las palabras salieron duras y tajantes; sentía cada una de ellas y le sabían a ceniza—. ¿Qué es exactamente lo que te estoy ofreciendo? ¿Qué

dirá tu padre cuando lleves a casa a un hombre de Ancoats sin nombre y con una fábrica que podría no sobrevivir al año?

—Mi padre se casó con una americana sin título y sin contactos...

—Tu padre es marqués. Puede permitirse casarse con quien quiera. Yo no puedo permitirme *esto*. —Hizo un gesto que los incluía a ambos: la habitación, el escritorio, el espacio donde habían estado pegados hacía treinta segundos—. No puedo permitirme tenerte.

La palabra caló. *Permitirse.* Vio cómo la golpeaba; vio cómo ella se estremecía del mismo modo que cuando él había dicho *la hija de Lord Clarendon*, y se mantuvo firme, porque si se acercaba a ella ahora no se detendría jamás y ella se lo permitiría, y mañana el mundo de ella estaría en ruinas y sería culpa suya.

—Tú no decides lo que yo puedo permitirme. —Su voz temblaba —. No puedes besarme así y luego decirme que la aritmética no encaja...

—Los números nunca han cuadrado. Dije que no se me daba bien hacerles caso. Ese ha sido el problema.

Ella lo miró fijamente. Él observó cómo el dolor le recorría el rostro; sus ojos brillantes se humedecieron más, su boca se tensó, su barbilla se alzó. Su espalda se enderezó. Rose Sterling recomponiéndose ante sus ojos, y él era el responsable de aquello. La había besado, había provocado una brecha y ahora le estaba cerrando la puerta en las narices.

—Bien. —Apretó el libro contra su pecho—. El testimonio todavía necesita tus costes de combustible. Tendré las revisiones mañana.

—Rose...

—No. —La palabra fue puro hielo—. Ha dejado clara su postura, señor Holt. Nos vemos a las seis.

Caminó hacia la puerta. Él la siguió escaleras abajo, por la entrada lateral, hasta el patio. El aire de la noche los golpeó a ambos y el silencio entre ellos fue inmediato y absoluto.

La acompañó a casa. Por las calles oscuras, pasando por las tiendas cerradas. No hablaron. No se tocaron. El silencio no se parecía en nada al silencio que habían construido sobre escritorios y libros de contabilidad. Este silencio tenía garras.

Ante la verja de los Whitfield, ella se giró. Lo miró. Tenía los ojos secos. La barbilla alta. El rizo que él le había colocado tras la oreja se había soltado de nuevo.

—Te equivocas —dijo—. En todo. Pero no estás preparado para oírlo, y no voy a quedarme aquí en medio de la calle suplicándote que creas que vales algo. Tendrás que descubrirlo por ti mismo.

Entró en la casa. La puerta se cerró.

Samuel se quedó en la calle y no se movió durante mucho tiempo.

Luego regresó. Por Ancoats. Pasando la fábrica. Pasando Bengal Street. A través de una oscuridad que olía a carbón, a algodón y a ese vacío tan particular del hombre al que finalmente le han dado lo que deseaba y lo ha devuelto porque no creía merecer conservarlo.

Entró en su casa. Subió las escaleras. Su habitación aún olía a ella. El escritorio aún conservaba la forma de donde ella se había apoyado. Su camisa seguía arrugada por donde ella la había aferrado.

Se sentó. Puso las manos planas sobre el escritorio. Se miró la sangre de los nudillos: la mano derecha de golpear a un hombre, la izquierda limpia, y ninguna de las dos eran las manos que Rose Sterling merecía en su rostro.

La aritmética los había alcanzado. Siempre lo hacía.

Había tenido razón con los números. Estaba bastante seguro de que se había equivocado en todo lo demás.

Cuatro días.

CAPÍTULO 11



El testimonio era perfecto.

Rose lo había leído cuatro veces desde que lo terminó a las tres de la mañana y, en cada ocasión, no había encontrado absolutamente nada que cambiar. El análisis de costes era infalible. La conclusión sobre el vacío legal de los relevos era demoledora. La sección de las disposiciones de transición, ahora sustentada por los costes de combustible de Samuel Holt, presentaba un argumento que ningún miembro razonable del comité podría desestimar. Era el mejor trabajo que había hecho en su vida.

Odiaba cada una de sus páginas.

El escritorio de la casa Whitfield sostenía la pulcra pila de papeles cuando ella la dejó sobre él. Doce páginas. Las cifras de él. Su aula. Sus trabajadores. La voz de él, organizada, afilada y dirigida por la mano de Rose, lista para causar estragos en una sala de comités que él jamás pisaría. Él le había dicho que la aritmética no funcionaba, y ella se había pasado la noche demostrando en el papel que se equivocaba, y que tenía razón en todo lo demás.

Se vistió con esmero. No con el vestido de la fábrica, sino con el bueno. El de seda gris con cuello alto que su madre le había enviado desde Londres.

La señora Aldridge estaba en el pasillo a las ocho menos cuarto, ya con los guantes puestos. Miró a Rose. Miró el reloj.

—Llegamos tarde.

—No llegamos tarde. Vamos a las ocho.

Hubo una pausa. La señora Aldridge había pasado una semana levantándose a las cinco y media para acompañar a Rose a una fábrica de algodón. El cambio se reflejó en su expresión como un pequeño fenómeno sísmico.

—¿Ha ocurrido algo?

—He terminado el trabajo —Rose recogió la pila de folios—. Voy a entregarlo. No hay necesidad de llegar a las seis cuando ya no queda nada que inspeccionar.

La señora Aldridge la estudió. Rose mantuvo el rostro imperturbable.

—Muy bien —la señora Aldridge se puso el segundo guante—. A las ocho.

Caminaron. La mañana estaba nublada y hacía un frío cortante; las calles ya estaban animadas con carros y el tráfico temprano. Rose llevaba las páginas apretadas contra el pecho. Le dolía el hombro donde se había golpeado contra la pared del callejón. Siguió caminando.

Bengal Street. La chimenea de la fábrica. El patio. Los adoquines por los que había arrastrado una silla... ¿hacía cuántos días? Parecía que hubiera pasado un año. Parecía que hubiera sido ayer.

Cruzó la puerta principal, subió las escaleras y entró en el despacho a las ocho en punto, con la señora Aldridge detrás de ella.

Samuel estaba en su escritorio.

Él levantó la vista. Ella depositó las doce páginas en su escritorio, entre el té y el libro de contabilidad, y retrocedió un paso.

—El testimonio está terminado —no se sentó—. Los costes de combustible están incorporados. Se ha revisado la conclusión sobre el vacío legal de los relevos. La sección de disposiciones de transición está completa. Debería leerlo antes de la vista.

Los ojos de él bajaron hacia las páginas. Luego se elevaron hacia la silla de ella, todavía colocada en el ángulo que Rose había elegido para acceder a sus libros de contabilidad, a un metro de su escritorio. Ella mantuvo las manos a los costados y no hizo ademán de acercarse.

—Señorita Sterling...

—El comité le esperará en Londres para el jueves. Puedo organizar su viaje si lo prefiere, o puede encargarse usted mismo. Yo iré en el tren del martes.

—Rose.

—Señorita Sterling es suficiente —abrió su cuaderno. No para escribir, sino para tener algo entre las manos—. ¿Hay algo en el testimonio que desee cuestionar antes de que entregue la versión definitiva?

El silencio fue muy elocuente. La señora Aldridge, acomodándose en su rincón, se quedó inmóvil. Miró de Rose a Samuel y viceversa. La novela se quedó dentro del bolso.

Samuel cogió las páginas. Leyó la primera. La segunda. Ella observó cómo sus ojos recorrían los párrafos que ella había reconstruido durante la noche: las palabras de él, sus cifras, su argumento vuelto más nítido y peligroso por cada gramo de furia que ella había volcado en él.

—La sección sobre la retención de trabajadores —pasó a la página cuatro—. Has añadido una comparativa con las tasas de abandono de Thornton.

—Las cifras de Thornton han llegado esta mañana —mentira. Había hecho una estimación a partir del libro de contabilidad que vio el día anterior, y había sido lo bastante precisa como para que no importara—. La comparativa refuerza su postura.

—Mi postura —él dejó la página—. ¿Así es como lo llamamos?

—Su postura ante el Comité Selecto. Sí —ella le sostuvo la mirada—. ¿Hay algún problema con la comparativa?

Él tensó la mandíbula. Volvió a mirar el testimonio.

Bien.

—Página siete —dijo él—. El cronograma de ventilación. Has puesto la conversión en catorce semanas. Está más cerca de las dieciocho.

—Catorce con la financiación adecuada. Ese es el quid de la cuestión: demostrar que el obstáculo es la falta de fondos, no de voluntad.

—Dieciocho es la cifra honesta.

—Catorce es la cifra alcanzable con el apoyo del Parlamento. Dieciocho es la cifra sin él. He usado catorce porque el comité responde a la ambición, no a la cautela.

—El comité responde a la exactitud.

—El comité responde a lo que yo les ponga delante —se oyó a sí misma —la dureza, la precisión convertida en filo— y no se retractó —. Catorce semanas. A menos que tenga documentación para las dieciocho que yo no haya visto.

Él le sostuvo la mirada.

—Te conseguiré la documentación.

—Hágalo.

La señora Aldridge se aclaró la garganta. Ambos se volvieron. Ella estaba sentada con las manos entrelazadas, con una expresión que sugería que tenía opiniones sobre las condiciones atmosféricas de aquel despacho que prefería, con un autocontrol tremendo, no compartir.

—¿Debería abrir una ventana? —dijo ella—. El aire aquí parece bastante cargado.

Rose miró su cuaderno. Samuel miró su libro de contabilidad.

Rose trabajó de pie ante el escritorio. Página a página, correcciones y aclaraciones, ambos pasándose el documento de un lado a otro sin tocarse.

—Los salarios de la sala de cardado —Samuel señaló una cifra en la página seis—. Has redondeado a la baja.

—He hecho una media trimestral. Es más claro para el comité.

—Es inexacto. Los salarios de cardado subieron dos peniques en marzo.

—Dos peniques no cambian el argumento.

—Dos peniques alimentan a un niño durante un día —la miró—. Pon la cifra real.

Ella tuvo ganas de tirarle el té a la cara. Puso la cifra real.

La señora Aldridge pasó una página de su novela sin leerla.

La campana del descanso sonó a las diez. Pies pequeños en el pasillo. La voz de Polly, y la señorita Ogden gritando algo sobre las pizarras.

Rose pasó una página. Escribió un número.

Samuel se percató. Ella pudo sentir cómo se daba cuenta —la pausa de su pluma, el cambio en su respiración— y no levantó la vista porque, si lo hacía, vería la puerta del aula y pensaría en Nell sosteniendo una pizarra y en Samuel apoyado en el marco de la puerta y en su voz diciendo: *Tenía polvo de la fábrica en la falda*, y no podía permitirse eso ahora mismo. No podía permitirse nada de eso.

—Señorita Sterling —la señora Aldridge se había levantado—. Creo que me pasaré por el aula. La señorita Ogden mencionó que tenía una duda sobre los abecedarios.

Rose asintió sin levantar la vista.

La señora Aldridge salió. La puerta estaba abierta. Ella estaba a dos metros.

Samuel dejó la pluma.

—La conclusión sobre el vacío legal de los relevos —su voz era baja—. No se me habría ocurrido plantearla de ese modo.

Ella siguió escribiendo.

—Rose —una pausa después del nombre; deliberada, cargada de peso. Rose podía oírlo esperar; esa cualidad particular del silencio que significaba que estaba escogiendo sus palabras de la misma forma que escogía sus números. Con cuidado—. Todo el documento. Cada página. Es...

—La página nueve tiene una discrepancia en las cifras salariales. Sus números de marzo no coinciden con el libro de contabilidad del martes. ¿Cuál es la correcta?

Escribió. Su pluma se movía por la página y su mano estaba firme, pero su pecho no.

—No estoy hablando de la página nueve.

—Yo sí —Rose levantó la vista. Le sostuvo la mirada de la misma forma que sostendría un documento ante un comité: seria, profesional, sin revelar nada—. ¿Cuál es la correcta, señor Holt? ¿Los números de marzo o el libro de contabilidad?

Él le sostuvo la mirada. Luego tensó la mandíbula y desvió la vista. Cogió el libro de contabilidad. Buscó la página.

—Los números de marzo. El libro de contabilidad tenía un error de transcripción.

—Gracias.

Corrigió la cifra. Escribió la nota en el margen. Su pluma rascaba el papel, la fábrica martilleaba y desde el aula llegaba la voz de la señora Aldridge; le estaba preguntando algo a Nell con un tono considerablemente más cálido que el que usaba con los adultos.

Él cogió su pluma y trabajaron en un silencio que presionaba contra las paredes, y Rose mantuvo la espalda recta y los ojos en la página, y no pensó en su boca ni en sus manos ni en la forma en que él acababa de pronunciar su nombre, como si fuera la única palabra que le quedara.

La puerta del aula se abrió. La señora Aldridge se acomodó en su rincón, cogió su novela y miró a Rose por encima de ella. Luego a Samuel. Luego otra vez a Rose.

—Nell ha vuelto a escribir su nombre —dijo—. Sin que nadie se lo pidiera. La señorita Ogden está muy satisfecha.

Rose se obligó a levantar la vista.

—Eso es maravilloso.

—Mmm —la mirada de la señora Aldridge se movió entre ambos —. ¿A alguno le importaría decirme qué ha pasado desde ayer, o debo seguir fingiendo que el aire de esta habitación no se puede cortar con un cuchillo?

—No ha pasado nada —Rose volvió a mirar la página.

—Nada —dijo Samuel.

—Qué tranquilizador —la señora Aldridge abrió su novela—. Tomaré nota.

Rose escribía. La fábrica martilleaba. La señora Aldridge pasaba las páginas.

La puerta golpeó contra la pared con tal fuerza que hizo vibrar la ventana, y la pluma de Rose saltó sobre la página. Era Brennan: jadeando, con una mano en el marco, los ojos fijos en Samuel y en nadie más. La expresión de su rostro le cortó la respiración a Rose antes de que él abriera la boca.

—La fábrica de Cartwright —apenas podía articular las palabras —. Está ardiendo.

Samuel ya estaba en pie antes de que Brennan terminara la frase. Su silla golpeó la pared detrás de él. Pasó de largo junto a

Rose, dejó atrás el escritorio y cruzó la puerta.

Se había ido.

Rose agarró su abrigo. Las páginas del testimonio salieron volando por el escritorio y las dejó donde habían caído.

—Señorita Sterling... —oyó la voz de la señora Aldridge a sus espaldas.

Rose ya estaba en las escaleras.

CAPÍTULO 12



Echó a correr.

Bengal Street, la esquina de la fundición, el atajo tras la fábrica de tintes... sus piernas conocían la ruta antes incluso de que su mente hubiera terminado de procesar las palabras de Brennan. Adoquines bajo sus botas. El aliento desgarrándole el pecho. Otras personas corrían en la misma dirección porque en Ancoats, cuando una hilandería ardía, no esperabas a que nadie te avisara: lo olías y te ponías en marcha.

Sintió el olor antes de girar hacia Jersey Street. Algodón. El algodón al arder tenía un dulzor que se instalaba en el fondo de la garganta y no se iba, y él conocía aquel olor desde que tenía ocho años. Todos los trabajadores de las fábricas lo conocían. Era el olor que te despertaba por la noche con un sudor frío, el que tu cuerpo recordaba incluso cuando tu mente ya se ocupaba de libros de contabilidad, contratos y ventanas de oficina.

La voz de Rose a sus espaldas —su nombre, en algún lugar de Bengal Street— ya se desvanecía. No aminoró el paso.

Dobló la esquina hacia Pollard Street y la hilandería de Cartwright estaba ardiendo.

Toda la fachada frontal estaba en llamas. El fuego trepaba por el ladrillo desde las ventanas inferiores y devoraba la línea del tejado; el humo era algo sólido: negro, ondulante, elevándose en una

columna que borraba el cielo de la mañana. Un cristal estalló en algún lugar de la tercera planta y la multitud de abajo retrocedió como un solo hombre; el sonido que procedía del interior no era un ruido que ninguna estructura debiera emitir. Un gemido. Profundo. Las vigas.

Samuel dejó de correr. Se quedó quieto en la calle. Miró aquel lugar donde había trabajado cuando tenía nueve años, el lugar donde un capataz le había dado con una correa mientras él estaba agachado bajo una máquina de hilar anudando hilos con dedos demasiado pequeños para la tarea, el lugar del que se había marchado a los quince jurando que no volvería a entrar jamás.

Estaba ardiendo hasta los cimientos.

Y por un negro y vergonzoso medio segundo —antes de que los gritos se hicieran audibles, antes de que el humo se despejara lo suficiente para mostrar a la multitud en el patio—, algo en su pecho se relajó. La fábrica que le había hecho daño. La fábrica que seguía haciendo daño a niños en sus cuartos traseros y en sus salas de hilado. Ardiendo.

Entonces una mujer gritó un nombre en medio del humo, el sentimiento se le agrió en las entrañas y volvió a ponerse en movimiento.

El patio era un caos. Obreros que salían tambaleándose por la puerta principal, tosiendo, doblados por la mitad, algunos cargando con otros. Una mujer se abría paso entre la multitud —Tommy, Tommy, ¿dónde está Tommy?—, con la voz desgarrándosele al pronunciar el nombre.

Un hombre estaba sentado sobre los adoquines con las manos en carne viva por las quemaduras. Se las miraba como si pertenecieran a otra persona.

El calor golpeó el rostro de Samuel desde diez metros de distancia, un muro de aire que presionaba.

Los capataces de Cartwright estaban junto a la puerta. Tres de ellos. Con sus abrigos puestos. Las botas limpias. Habían salido pronto y habían salido preparados; Samuel los miró y la rabia estuvo a punto de hacer que le fallaran las piernas.

Lo sabían. Lo habían sabido antes de que el fuego llegara a la sala de hilado, antes de que los obreros de los pisos superiores lo olieran, lo supieron con tiempo de sobra para salir inmaculados mientras todos los demás se asfixiaban.

La ventilación. El cuaderno de Rose: los respiraderos eliminados, los conductos de aire bloqueados, el polvo de algodón que flotaba en el aire de cada habitación que ella había inspeccionado. Cartwright había quitado esos respiraderos para ahorrar en gastos de calefacción y había convertido su fábrica en un polvorín; lo sabía, la había hecho funcionar de todos modos y ahora estaba ardiendo con gente dentro.

Maldito seas, Cartwright. Maldito seas mil veces.

Una mujer agarró a Samuel del brazo. No la conocía —o sí, conocía a todo el mundo en Ancoats, su cara le resultaba familiar del mercado, de la capilla o de la calle—; era la madre de alguien, la mujer de alguien.

—Mi niña está ahí dentro —sus dedos se clavaron en la manga de él—. Está en la sala de hilado, tiene doce años, se llama Annie, por favor... *por favor*...

—¿En qué planta?

—En la segunda. Al fondo. Es una piecer, trabaja en las máquinas de atrás...

Él le quitó las manos del brazo. Con suavidad. —La encontraré.

No sabía si eso era cierto. Lo dijo de todos modos.

Más gente. Un hombre de la fábrica de tintes que corría con cubos. Dos chicos de la fundición. Mujeres de las casas adosadas de Jersey Street que ya formaban una cadena, pasándose agua de mano en mano; el canal estaba a dos calles de distancia, los cubos eran pequeños y el fuego devoraba el edificio más rápido de lo que cualquier cadena humana pudiera remediar.

No había camión de bomberos. Ni brigada. La bomba parroquial estaba a tres calles de allí e incluso si alguien hubiera ido corriendo a por ella en cuanto apareció el humo, no llegaría hasta pasados veinte minutos, y para entonces no quedaría nada sobre lo que bombear agua.

Así era como Manchester combatía el fuego. Con manos, cubos y la furiosa insuficiencia de personas que no tenían nada más.

Brennan llegó a su altura. Respiraba con dificultad, el sudor le abría surcos en la mugre de la cara.

—El canal —Samuel lo agarró del brazo—. Pon a cada hombre que puedas en una cadena desde el canal de Rochdale. Dos filas: una para el frente y otra para la pared este. El muro este sigue en pie. Si conseguimos mantenerlo mojado...

—Samuel —la mano de Brennan se posó en su pecho, empujándolo hacia atrás—. Usted no va a entrar ahí.

—La sala de hilado está al fondo. Segunda planta. Los niños...

—Las escaleras se han venido abajo. Dawson ha salido por la puerta principal y ha dicho que la escalera principal se está quemando por completo.

—Hay una escalera trasera. Un pasaje de servicio desde la sala de cardado. Sube por el lado este.

Brennan se le quedó mirando. —¿Cómo sabe eso?

—Porque solía esconderme allí cuando venían los capataces. —Samuel apartó la mano de Brennan de su pecho—. La cadena de agua. Ahora. Dos filas. Mantened mojado el muro este y alejad del edificio a cualquiera que salga; la fachada se va a venir abajo.

—Samuel...

—Brennan —sostuvo la mirada de su capataz—. El agua. Ahora.

Brennan le agarró el brazo. Con fuerza. La voz se le quebró al decir: —Salga de ahí. ¿Me oye? Usted salga de ahí.

Samuel se soltó. No respondió.

A Brennan le tembló la mandíbula. Se dio la vuelta. Empezó a gritar. Los hombres se movilizaron.

Samuel se volvió hacia el edificio.

La fachada frontal había desaparecido; estaba totalmente en llamas, con las lenguas de fuego asomando por cada ventana de la planta baja y el primer piso, y la línea del tejado empezaba a ceder. Pero el muro este seguía en pie. Oscuro. Aún no ardía. La puerta de servicio —la que usaban los trabajadores de la sala de cardado, la que ningún inspector comprobaba jamás— estaba a un lado.

En la puerta principal, un hombre gritaba el nombre de un niño hacia el humo. Una y otra vez, con la voz ya ronca. Dos hombres lo sujetaban. Él luchaba contra ellos. Ellos resistieron.

Samuel miró la puerta. El muro este. El humo que salía de las ventanas superiores.

La sala de hilado estaba en la segunda planta. Los niños estarían al fondo, cerca de las máquinas, porque allí era donde trabajaban los piecers: agachados bajo la maquinaria, anudando hilos, los cuerpos más pequeños en los espacios más reducidos. Si el fuego había empezado por delante y avanzado hacia atrás, habrían retrocedido. Hacia lo más profundo. Lejos de las escaleras. Hacia la pared trasera, donde no había salida porque Cartwright había tapiado la puerta de incendios hacía tres años para dejar sitio a más máquinas.

Rose había escrito eso en su cuaderno. La puerta tapiada. Página seis.

Él conocía esta hilandería desde los nueve años. Sabía qué tablas del suelo crujían, qué capataces eran lentos y qué sombras eran lo bastante profundas para desaparecer en ellas. El pasaje de servicio subía por el lado este: estrecho, sin aire, construido para mover balas de algodón, no personas. Pero desembocaba en el pasillo de la segunda planta, detrás de la sala de cardado, y desde allí había seis metros hasta la sala de hilado.

Seis metros. A través del humo, el calor y una fábrica que se moría a su alrededor.

Se tapó la boca con el abrigo. Cruzó el patio. El calor se intensificaba a cada paso; el aire mismo se sentía espeso, extraño, difícil de meter en los pulmones. La puerta de servicio estaba caliente al tacto. Se envolvió la mano en el abrigo y la abrió de un tirón.

Humo. Negro, sólido e inmediato. Le golpeó los ojos y la garganta, y no pudo ver el pasaje frente a él. El sonido del fuego era diferente desde dentro: no el rugido que había oído desde el patio, sino algo que restallaba, escupía y vivía, abriéndose paso a través de la madera, el algodón y el yeso sobre su cabeza.

Entró.

El pasaje era estrecho. Sus hombros rozaban ambas paredes. El suelo quemaba bajo sus botas —podía sentirlo a través del cuero— y, en algún lugar sobre él, una viga gimió y se desplazó, y una lluvia de polvo de yeso le cayó sobre la cabeza.

No veía nada. Se movía por instinto. Mano izquierda en la pared, contando los pasos: catorce hasta el primer rellano, siete más hasta el giro, luego el pasillo se abría, la sala de cardado quedaba a la derecha y la de hilado enfrente; los niños estarían allí si es que estaban en algún sitio, y si el suelo no había cedido, y si el humo no los había...

Dejó de contar. Siguió avanzando.

El aire se acababa. Cada respiración traía menos oxígeno y más calor; le lloraban los ojos, se le cerraban los pulmones y el abrigo sobre su boca estaba caliente, húmedo y ya casi no servía de nada. Una viga de madera crujió encima de él —el sonido de un árbol partiéndose— y algo se desplomó en el suelo del pasaje tres metros por detrás de él. No se volvió. El camino de vuelta era el camino de vuelta, y ya se ocuparía de él cuando tuviera algo que cargar.

El pasillo. Pudo sentir cómo el espacio se abría: las paredes se alejaban, el techo era más alto y el calor peor porque el fuego tenía más aire del que alimentarse aquí. La puerta de la sala de cardado estaba a su derecha. Abierta. Llamas en su interior: los depósitos de algodón habían prendido y la habitación era un horno, y su luz lo teñía todo de naranja, negro y sombras.

Seis metros hasta la sala de hilado.

Agachó la cabeza y echó a correr.

CAPÍTULO 13



Lo perdió de vista en la esquina de la fundición.

Se le engancharon las faldas en algo —el borde de un carro, un poste, no se detuvo a mirar— y, para cuando consiguió soltarse de un tirón, Samuel había desaparecido y la calle se estaba llenando de gente que avanzaba en la misma dirección. Corrió con ellos. Tacones de botas sobre los adoquines. El humo ya era visible por encima del tejado, una columna negra que se inclinaba hacia el este por el viento, y el olor la golpeó dos calles antes de girar hacia Pollard Street.

Dobló la esquina y dejó de respirar.

La fábrica era un muro de fuego. Las llamas brotaban de cada ventana de la planta baja y trepaban por la mampostería en sábanas de fuego; el humo era tan espeso y negro sobre el tejado que parecía sólido, un segundo edificio hecho de oscuridad posado sobre el primero. El sonido no era todavía un rugido, sino un trueno profundo y constante sobre el que destacaba el restallar de la madera y el estallido de los cristales, y, por debajo de todo aquello, un gemido de las vigas que podía sentir en sus propios dientes.

Rose se adentró en el patio. El calor la golpeó primero: una fuerza física que presionaba su rostro y sus brazos desde diez metros de distancia. Luego, la gente. Una cadena de cubos desde el canal, con huecos en la fila y el agua se derramaba por el suelo de

mano en mano. Nadie dirigía. Nadie organizaba. Gente de pie, mirando, paralizada por la impotencia particular de observar algo demasiado grande como para combatirlo.

Le arrebató un cubo a un hombre que lo sostenía a un lado, con la boca abierta y los ojos fijos en las llamas. —La cadena tiene huecos. Llénalos o busca a más gente en la calle.

Él parpadeó al mirarla.

—Ahora mismo.—Le empujó el cubo contra el pecho. Él lo cogió. Se movió.

Una mujer en el suelo con una niña en el regazo; el brazo de la pequeña estaba quemado, con la piel llena de ampollas desde la muñeca hasta el codo. Rose cogió un cubo a medio llenar de la cadena más cercana, se arrodilló y vertió el agua sobre el brazo. La niña gritó. —Lo sé. Manténselo húmedo; échale agua, con cuidado, tanta como puedas conseguir.

La mujer se la quedó mirando. Rose ya se estaba poniendo de pie.

Un chico salió tambaleándose por la puerta principal cargando a un niño más pequeño a la espalda. Ambos tosían, y el más pequeño tenía el rostro surcado de negro. Rose le quitó al niño —pesaba poco, demasiado poco; sentía las costillas bajo sus manos— y se lo entregó a una mujer cercana. —Manténgalo incorporado. Necesita expulsar el humo con la tos.

Se movió por el patio. Dirigió la cadena de cubos. Ayudó a un hombre con un tajo en la frente a sentarse y a presionarse la herida con la manga. Su vestido de seda estaba negro de hollín y llevaba el pelo suelto, pero nada de eso importaba porque había personas que necesitaban a alguien que les dijera qué hacer, y Rose Sterling jamás en su vida había fallado a la hora de ser esa persona.

Y bajo cada acción —cada cubo, cada vendaje, cada niño con tos al que levantaba—, un sonido crecía en su pecho, un sonido que no se permitiría dejar salir.

No había visto a Samuel. Tampoco había visto a la señora Aldridge, perdida en algún lugar entre la fábrica y Pollard Street, pero Rose no podía pensar en eso ahora.

Había recorrido el patio con la mirada tres veces mientras trabajaba. Su estatura. Sus hombros. Su abrigo. Cada hombre en la cadena de cubos, cada hombre que salía del edificio, cada hombre que gritaba en el caos.

Él no estaba allí.

Brennan estaba en el extremo de la cadena que daba al canal, colocando a los hombres en sus puestos a gritos, con la cara negra de hollín y bañada en sudor.

—Brennan —le agarró del brazo—. ¿Dónde está Samuel?

Él se dio la vuelta. Rose reconoció la expresión de su rostro antes de que hablara. La había visto en las caras de las familias frente al edificio. La mirada de alguien que posee una información que no quiere dar.

—¿Dónde está?

Brennan abrió la boca. La cerró.

—*¿Dónde?*

—Ha entrado —la voz de Brennan era pura carraspera—. Por el pasaje de servicio del lado este. Los niños... la sala de hilado... dijo que conocía el camino.

Las palabras llegaron pero no lograron formar un sentido coherente. Había entrado. Dentro del edificio que estaba ardiendo. Dentro del edificio donde la fachada principal estaba totalmente en llamas, el tejado se hundía y las vigas emitían esos sonidos que hacen los edificios antes de dejar de serlo.

—¿Cuándo?

Brennan no respondió. Sus ojos se dirigieron al muro este y regresaron a ella, y eso fue suficiente.

Rose ya se estaba moviendo antes de que él terminara de no responder: hacia el muro este, hacia la puerta de servicio, hacia el rectángulo negro entre el humo por donde Samuel había entrado. Había hombres arrojando agua contra los ladrillos, pero el fuego avanzaba hacia el este por las plantas superiores y las ventanas del segundo piso empezaban a brillar.

—Señorita Sterling... —La mano de Brennan se cerró sobre su brazo.

Rose se lo sacudió. Corrió. El calor se intensificaba con cada paso: tres metros más cerca y el aire le quemaba la garganta; seis metros más cerca y los ojos le lagrimeaban, mientras la piel del rostro le parecía tirante y extraña. Un hombre la agarró por la cintura y la arrastró hacia atrás.

—No puede... señorita, ¡no *puede*!

Forcejeó con él. Codos, manos, retorciéndose con todas sus fuerzas contra su agarre. Otro hombre ayudó a sujetarla. Ella dio una sacudida lateral y el sonido que brotó de su garganta no fue una palabra.

La retuvieron.

Rose dejó de luchar. No porque lo hubiera aceptado, sino porque las piernas le temblaban demasiado como para seguir empujando.

La soltaron. Se quedó donde la habían dejado, a diez metros del muro este, con los ojos fijos en la puerta de servicio. Oscura. Vacía. Cerrada.

El crujido vino de arriba: profundo, desgarrador, el sonido de algo colosal que cede. Luego, el rugido. El cielo se volvió naranja y una oleada de calor la golpeó, mientras llovían chispas y escombros ardientes; la multitud gritó y retrocedió en masa, pero Rose no se movió. Una brasa cayó en su manga. Otra en su pelo. Ella seguía mirando la puerta.

Salieron hombres por la entrada principal. Tosían, se tambaleaban, cargaban a gente. Cada vez, el corazón de Rose daba un vuelco, y cada vez buscaba el rostro en el umbral, y cada vez resultaba no ser él.

Contando. Su mente lo hacía sin permiso: segundos, respiraciones, los intervalos entre los estrépitos de las cosas que caían dentro. Demasiados. Demasiado tiempo. Demasiado tiempo en un edificio en llamas sin aire, con el suelo hundiéndose y el tejado ya...

La cuenta se detuvo.

El pasillo de la fábrica. Su voz. *Tenías polvo de la fábrica en la falda.* Pensó en las manos de él sobre su rostro la noche anterior y en la forma en que la había besado, como si estuviera hambriento, y en cómo se había apartado para decirle que las cuentas no salían.

Pensó en aquel *No puedo permitírmela* y en la atroz injusticia de todo ello: que él pensara que no era suficiente, que hubiera entrado en ese edificio creyendo que no era suficiente y que, si moría allí dentro, moriría creyendo eso; y ella se lo había permitido, se había marchado y se había pasado la mañana castigándolo con números de página y cifras de ventilación mientras él estaba sentado a un metro de ella creyendo que no valía...

Sus rodillas golpearon los adoquines. El hollín, el agua y la ceniza calaron su vestido mientras presionaba las palmas de las manos contra la piedra, y el sonido de su pecho finalmente salió.

Lo había perdido. Lo había perdido.

El fuego rugía. La multitud se movía a su alrededor. Alguien la llamaba por su nombre —Brennan, tal vez—, pero ella no podía responder. Tenía las manos en el suelo y el calor en la cara; Samuel estaba dentro de aquel edificio, no iba a salir, y ella tendría que vivir el resto de su vida sabiendo que había pasado su última mañana corrigiendo números de página.

Un estruendo en el muro este. Metal contra ladrillo: una puerta que se abría de par en par.

Rose levantó la cabeza.

El humo salía a borbotones en una columna tan espesa que se tragaba la luz. Y dentro de ella, una forma. Un hombre, tambaleándose, encorvado, con un brazo rodeando a un niño y el otro sujetando a otro más pequeño contra su pecho. Dio tres pasos en el patio y el humo se arremolinó tras él mientras el calor lo seguía hacia fuera como un ser vivo.

Samuel.

Había perdido el abrigo. Su camisa estaba quemada en los hombros. Tenía la cara negra, el pelo chamuscado y los brazos aferrados a esos niños, rígido, temblando, negándose a soltarlos.

Manos que buscaban a los niños. Gritos: los padres, la multitud, ella no sabría decirlo. Le quitaron a los niños de los brazos y Samuel se quedó allí de pie sin nada a lo que aferrarse; sus ojos encontraron los de ella al otro lado del patio, sus labios se movieron y entonces sus piernas cedieron y cayó al suelo.

Ella ya estaba corriendo antes de que él aterrizara.

A través de la multitud, pasando las cadenas de cubos, ignorando a Brennan, que gritaba algo que no oyó. Se dejó caer al suelo a su lado —las rodillas, las manos, los adoquines mordiendo a través de su vestido— y él estaba de costado, con una respiración superficial, sibilante y alarmante. Tenía el rostro negro de hollín. Su camisa estaba quemada en los hombros.

—Samuel —le giró la cara hacia ella—. Abre los ojos.

Él abrió los ojos. Inyectados en sangre. Lagrimeando. La miró e intentó hablar, pero la tos que surgió en su lugar fue profunda y cavernosa, y todo su cuerpo se convulsionó con ella. Rose atrajo la cabeza de él hacia su regazo.

—Estoy aquí —su voz estaba rota—. Estoy aquí. No te atrevas a morirte, Samuel Holt.

Él levantó una mano. Dedos quemados, un agarre débil que buscó la mano de ella.

Las cuentas no salían. Él se lo había dicho. No podía permitírsela, no podía ofrecerle nada más que una fábrica con un margen de ochocientas libras y unas habitaciones sobre una chimenea; y allí estaba ella, arrodillada entre la ceniza con la cabeza de él en su regazo y su sangre en el vestido, y no pensaba soltarlo jamás.

CAPÍTULO 14



—Levantadle. Con cuidado... el lado izquierdo, cuidado con el brazo izquierdo.

El carromato olía a repollo y madera mojada, y a ella no le importaba. Brennan y dos hombres de la cadena de cubos subieron a Samuel a la plataforma mientras Rose discutía con el carretero, que parecía pensar que su horario de entregas era más importante que la vida de un hombre. Ella le informó de lo contrario. Él se lo pensó mejor.

Subió junto a Samuel. Su cabeza en el regazo de ella. La mano de Rose sobre su pecho: el ascenso, el descenso, el estertor entre ambos que le hacía rechinar los dientes. Tenía la cara negra y los labios agrietados, y la camisa se le había quemado hasta la piel; Rose no iba a pensar en eso ahora mismo. Se dedicaría a contar las respiraciones. Contar era algo que podía organizar.

—Sus aposentos están encima de la fábrica —Brennan ya estaba echando mano a las riendas—. Le llevaré...

—Sus aposentos están al lado de un edificio que todavía está en llamas. El aire está lleno de humo. No vas a meter a un hombre que apenas puede respirar de nuevo en eso —miró a Brennan—. Casa Whitfield. Calle Jersey. Coge las riendas.

Brennan abrió la boca. La cerró. Condujo.

Las calles no eran las de siempre: la gente se amontonaba en las esquinas mirando la columna de humo, los carros estaban apartados, una mujer corría con un cubo hacia la calle Pollard. Todo Manchester lo sabía. Nadie en Manchester sabía que el hombre en este carromato se había metido allí como un idiota porque recordaba las escaleras traseras de cuando tenía nueve años. El carro dio una sacudida sobre un adoquín, el cuerpo de Samuel se desplazó y el sonido que emitió —inconsciente, involuntario, un gemido bajo de lo más profundo de su pecho dañado— abrió una grieta en algo que Rose mantenía unido con ambas manos.

Mantuvo la entereza. Se le daba bien mantener la entereza. Llevaba haciéndolo toda la vida.

La puerta principal ya estaba abierta cuando Brennan se detuvo: la señora Whitfield estaba en el pasillo, con la señora Aldridge detrás. El rostro de la señora Whitfield decía que había estado junto a esa puerta preguntándose si Rose seguiría viva. El rostro de la señora Aldridge decía que ya había decidido que Rose estaba muerta y que se sostenía por pura fuerza de voluntad.

—Señorita Sterling... —la señora Aldridge bajó los escalones primero. Se le quebró la voz al pronunciar el nombre, se llevó la mano a la boca y se recuperó—. La seguí hasta la calle Bengal. No pude... la multitud...

—Estoy bien —Rose le agarró el brazo. Brevemente. Con firmeza —. Estoy bien.

—¿Quién es este hombre? —la señora Whitfield estaba detrás de Aldridge, con la mirada puesta en el carro—. ¿Qué ha pasado?

—Samuel Holt. El dueño de la fábrica que he estado inspeccionando. Se metió en el incendio de Cartwright y sacó a dos niños; tiene los pulmones llenos de humo y necesito una habitación de invitados y un médico. Ahora.

La señora Whitfield miró a Rose. Miró a Samuel: inconsciente, quemado, apenas respirando. Se le enderezaron los hombros.

—La habitación azul. Señora Garrow: sábanas limpias, agua caliente. Mary, corre a por el doctor Leigh. Quemaduras e inhalación de humo. Ve.

El servicio se puso en marcha. Rose aguardaba en el pasillo de una casa limpia y silenciosa, con ceniza en la cara y un hombre en un carromato, mientras el zumbido en sus oídos provocado por el incendio apenas empezaba a desvanecerse. Todo olía raro: demasiado limpio, demasiado quieto, sin humo, sin calor. La ausencia del fuego era casi peor que el fuego mismo, porque en su lugar solo estaba el sonido de la respiración de Samuel.

Un lacayo dio un paso al frente. Él y Brennan llevaron a Samuel por el pasillo —pasando por delante del salón donde Rose había desayunado tostadas esa mañana en otra vida distinta— y entraron en la habitación azul, en la parte trasera de la casa. Papel pintado pálido. Una ventana al jardín. Una cama con una colcha de flores que estaba a punto de echarse a perder.

Rose lo colocó de costado. Los pulmones necesitaban aire y el aire necesitaba la gravedad, y un hombre que no podía respirar nunca debía yacer en horizontal; el médico de sus padres se lo había dicho una vez, años atrás, a propósito de un mozo de cuadra que había recibido la coz de un caballo, y ella lo había archivado como archivaba todo. Gracias a Dios por ello, porque nada más de lo que sabía le servía de utilidad en ese momento.

Brennan permanecía al pie de la cama. Con la gorra en las manos. Mirando el rostro de Samuel.

—Salió —dijo Brennan en voz baja, como para convencerse de que era verdad—. Salió de allí.

—Salió —Rose extendió la colcha sobre las piernas de Samuel y se obligó a dejar de arroparle, porque arropar era andarse con miramientos, y los miramientos eran lo que iba a hacer en lugar de gritar si no tenía cuidado—. Brennan. Vuelve a la fábrica. Asegúrate de que todos los trabajadores estén localizados: Polly, Nell, la señorita Ogden. Si alguien de la fábrica de Holt estaba en el incendio de Cartwright, averigua si están heridos.

—Señorita Sterling...

—Yo me ocuparé de él. Vete.

Él se marchó. La puerta principal se cerró. El carromato se alejó con estrépito. Y la casa recuperó su calma habitual —los pasos de la señora Garrow en el pasillo, el tintineo de una palangana al ser

transportada, la eficiencia silenciosa de un hogar que respondía a una crisis inesperada—, y Rose se quedó en la habitación azul con un hombre cuya respiración sonaba como si cada inhalación fuera una batalla que pudiera perder, y se dio cuenta de que, por primera vez en su vida profesional, no tenía ni la menor idea de qué hacer a continuación.

Así que hizo lo que siempre hacía. Se organizó.

Sábanas limpias: ella y la señora Garrow cambiaron la cama a su alrededor, levantando, remetiendo, y el lino blanco se manchó de ceniza y sangre en cuanto lo volvieron a tumbar. La señora Whitfield trajo una palangana con agua tibia y paños. Rose los cogió, se arrodilló junto a la cama y empezó a lavar el rastro del fuego del hombre al que amaba.

No se había dicho esa palabra a sí misma antes. Le llegó mientras le limpiaba el hollín de la mandíbula y no lo puso en duda porque estaba demasiado cansada y demasiado asustada, y porque era evidente que aquello era cierto.

Primero la cara. El paño se volvía negro con cada pasada lenta. Su mandíbula, donde habían estado los dedos de ella la noche anterior. Sus sienes. Los ojos cerrados: las pestañas costrosas de ceniza y, debajo de ellas, los ojos que habían buscado los suyos a través de un patio en llamas. La línea de su garganta, donde el pulso latía constante y vivo, y allí presionó el paño más tiempo del necesario, sintiéndolo.

Luego las manos. La izquierda: hollín y mugre, los dedos que sujetaban plumas, pasaban páginas de libros de contabilidad y colocaban un rizo tras la oreja de Rose. Limpió cada uno de ellos. La derecha: la cicatriz de la lanzadera, los nudillos partidos que habían acariciado su rostro doce horas antes, y ahora las quemaduras. Piel en carne viva desde la muñeca hasta el antebrazo, donde se le habían prendido las mangas. Limpió alrededor de las heridas y los dedos de él se agitaron entre los suyos; ella dijo «lo sé», aunque él no pudiera oírla, igual que se lo había dicho a la niña quemada en el patio, porque era lo único que tenía.

El doctor Leigh llegó antes de que pasara una hora. Un hombre bajito de manos firmes que auscultó el pecho de Samuel con un

estetoscopio, le revisó los ojos y examinó las quemaduras con una minuciosidad que le indicó a Rose que ya había visto aquello antes. Su rostro no revelaba nada.

—Las quemaduras sanarán. Son dolorosas. Propensas a la infección. Pero se sobrevive a ellas si se mantienen limpias —se enderezó—. Los pulmones son lo que me preocupa. Ha habido una inhalación de humo importante; las vías respiratorias están inflamadas. Si la inflamación aumenta durante la noche, su respiración podría obstruirse.

Rose tenía las manos en el regazo. No temblaban. El resto de su cuerpo sí. —¿Qué debo hacer?

—Manténgalo incorporado. Nunca en horizontal. Mantenga la habitación ventilada, con esa ventana abierta. Los paños fríos sobre el pecho pueden aliviar la inflamación —la miró directamente—. Si su respiración cambia, si las pausas se alargan, si el esfuerzo aumenta, mándeme a buscar. A cualquier hora.

—¿Vivirá?

El doctor Leigh cerró su maletín. —Es joven, es fuerte y salió de ese edificio por su propio pie. Eso me dice que los pulmones están dañados, no destruidos —hizo una pausa. El tipo de pausa sincera—. La noche nos dirá cómo será la mañana. Eso es lo máximo que puedo decirle, señorita Sterling.

—Gracias, doctor Leigh.

Él asintió. Cogió su maletín. Ella escuchó sus pasos en el pasillo, el murmullo de su voz mientras la señora Whitfield lo acompañaba a la puerta, el sonido de la puerta principal al cerrarse. Luego, el silencio.

Rose se sentó en la silla —la que Annie había colocado junto a la cama, la silla que Rose no había pedido porque alguien en esa casa la había mirado y había comprendido que no pensaba moverse de allí— y, por primera vez desde que se había abrochado la seda gris esa mañana y había caminado hacia la fábrica con un testimonio perfecto guardado contra el pecho, dejó de moverse.

La señora Whitfield apareció en el umbral una hora después de que el médico se marchara. Se había cambiado de vestido, ya que el anterior se le había manchado de ceniza en el pasillo. Tenía los

labios apretados. Las manos entrelazadas. Había tenido tiempo de reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo en su habitación de invitados, y esa reflexión se notaba.

—Señorita Sterling. Debería comer algo.

—No tengo hambre.

—No obstante... —la señora Whitfield entró en la habitación. Miró a Samuel. Miró a Rose: el vestido arruinado, el hollín todavía en su cabello, la silla pegada a la cama—. Annie ha dejado jamón frío y pan en el comedor. Y he hecho que preparen agua caliente para usted. Querrá cambiarse.

—Comeré aquí. No voy a dejarle solo.

La señora Whitfield hizo una pausa. —Señorita Sterling. Siento el mayor de los respetos por su trabajo y ha sido un honor alojarla durante su inspección. Pero este hombre... no es de la familia. No es un pariente. Si su padre llegara a oír que ha instalado a un hombre en mi habitación de invitados y que está sentada junto a su cama sin acompañante...

—Mi padre se enterará —Rose la miró—. Por mí. Y lidiaré con mi padre cuando llegue el momento, señora Whitfield. Ahora mismo, este hombre está vivo porque entró en un edificio en llamas para sacar a unos niños, y se va a quedar en esta habitación y yo me voy a quedar en esta silla, y si eso supone un problema para su casa, buscaré otro lugar para ambos. Pero no voy a dejarle solo.

La habitación se quedó en absoluto silencio. La respiración de Samuel producía un estertor. El reloj de la repisa de la chimenea marcaba los segundos.

La señora Whitfield se irguió. —Haré que Annie traiga una bandeja —miró a Samuel un momento—. Hay toallas limpias en el arcón. La señora Garrow traerá más agua caliente a las cuatro.

Los pasos de la señora Whitfield se alejaron por el pasillo. La señora Aldridge, que había permanecido junto a la ventana desde que trajeron a Samuel —observando, sin interferir, dándole a Rose el espacio para tomar el mando—, se sentó en la segunda silla.

—La noche dirá. —La señora Aldridge repitió las palabras del médico en voz baja. No era una pregunta. Era una forma de sopesarlas.

Rose asintió. Apretó los labios.

La señora Aldridge se volvió hacia la ventana. Más allá, el jardín se extendía verde, silencioso e increíblemente ordinario.

—Escribiré a tu padre.

—Yo escribiré a mi padre.

—Te quedarás sentada en esa silla hasta que este hombre abra los ojos. Te conozco, señorita Sterling. —La voz de la señora Aldridge era seca, pero los bordes se habían suavizado—. Escribiré a lord Clarendon. Le diré que su hija está a salvo e ilesa, que ha habido un incendio en una fábrica y que está cuidando de un hombre herido que arriesgó su vida por unos niños. No especularé sobre nada más allá de eso. Lo que tu padre concluya es asunto de ambos.

Rose la miró. Aquella formidable acompañante que la había seguido a fábricas, tabernas y aulas, que se había quejado de cada uno de esos lugares y que nunca había dejado de estar a su lado.

—Gracias.

—No me des las gracias. —La señora Aldridge sacó su novela del bolso. Hizo una pausa—. Comprendes que una mujer soltera sentada a la cabecera de la cama de un hombre es, independientemente de las circunstancias...

—Sé lo que es.

—Entonces sabrás también que tengo la intención de sentarme en esta habitación tanto tiempo como tú. —Abrió el libro—. Si alguien pregunta, estoy haciendo de carabina. Lo que esté haciendo en realidad no es asunto suyo.

Rose se volvió de nuevo hacia Samuel.

La tarde transcurrió entre los sonidos de la casa de los Whitfield: los pasos de la señora Garrow en el pasillo, Annie trayendo la bandeja que Rose apenas tocó, la puerta principal abriéndose y cerrándose mientras la señora Whitfield seguía con su jornada. Sonidos normales. Una casa que seguía funcionando mientras un hombre luchaba por respirar.

La señora Garrow llegó a las cuatro con agua fresca, paños limpios y un sencillo vestido de algodón colgado del brazo. Dejó la palangana en la mesilla de noche y sostuvo el vestido sin decir palabra.

—Estoy bien.

—No está bien. Está cubierta de hollín y a punto de cambiar un vendaje de quemaduras con las mangas sucias. —La señora Garrow dejó el vestido a los pies de la cama—. Cinco minutos, señorita Sterling. Me quedaré en el pasillo.

Rose se cambió. El algodón era sencillo, le quedaba grande y olía a jabón de lavanda; se lo puso, se lo abotonó y sintió la extrañeza de la tela limpia contra la piel que aún recordaba el calor del fuego. Se sentó de nuevo y desenrolló el vendaje del brazo izquierdo de Samuel.

El lino estaba empapado; las quemaduras supuraban y la piel de alrededor estaba irritada y caliente. Las limpió como el doctor Leigh le había enseñado, con delicadeza, con el paño casi seco, y no le temblaron las manos. Le dolía la mandíbula de tanto esforzarse para conseguirlo. Los dedos de Samuel se agitaron cuando llegó a la peor parte de la quemadura, cerca de la muñeca, y ella pronunció su nombre —en voz baja, como se le hablaría a alguien atrapado en una pesadilla— y la mano de él se quedó quieta.

Cayó la noche. La señora Aldridge leía. Rose observaba a Samuel respirar. Encendieron la lámpara. El jardín tras la ventana se oscureció. En algún momento, Annie trajo té que Rose bebió sin saborear y que la señora Aldridge tomó con la expresión de alguien que tenía opiniones sobre el té, pero que se las reservaba para una ocasión mejor.

A las nueve, a la señora Aldridge se le cerraban los ojos entre página y página. Rose la miró.

—Vete a la cama.

—Estoy haciendo de carabina.

—Te estás quedando dormida en el capítulo tres. Vete. Descansa. Estaré perfectamente a salvo; el señor Holt está inconsciente y es poco probable que asalte mi virtud antes de la mañana.

La señora Aldridge cerró el libro. La comisura de su boca se movió, no llegó a ser una sonrisa, pero fue lo más parecido que Rose le había visto en todo el día.

—Si su estado cambia...

—Te despertaré.

—Si tu estado cambia... si tú, por ejemplo, te desplomas de agotamiento...

—Entonces el señor Holt y yo estaremos inconscientes y el decoro se mantendrá por completo.

La señora Aldridge se levantó. Miró a Rose. Miró a Samuel. Fuera cual fuese el veredicto al que estaba llegando, se lo guardó para sí.

—Estaré en la habitación de al lado.

La puerta se cerró con un clic. El pasillo se quedó en silencio. Sin pasos, sin la señora Garrow, sin Annie; solo el crujido de la casa al enfriarse, la respiración de Samuel y la lámpara que Rose encendió cuando la ventana pasó del ámbar al gris. Acercó su silla.

Habló con él.

No tenía planeado hacerlo. El silencio era peor que cualquier cosa que pudiera decir y las palabras empezaron a brotar antes de que decidiera permitírselo.

—Eres un idiota. —Su voz apenas se oía más allá de la luz de la lámpara—. Lo sabes. Entrar en un edificio en llamas porque conocías las escaleras traseras de cuando tenías nueve años. Eso no es valentía. Eso es... ni siquiera tengo una palabra para lo que es eso.

El pecho de él subía. Bajaba.

—La audiencia es en tres días. También lo sabes. Tres días y estás tumbado en una habitación de invitados de la casa Whitfield, no puedes respirar y yo estoy aquí sentada con un vestido prestado y el testimonio está esparcido por tu escritorio porque lo dejé allí. Simplemente lo dejé. —Se le cerró la garganta—. Doce páginas. Y nada de eso importa si no estás en esa sala para presentarlo porque la clave... toda la *clave*, Samuel, era tu voz. No los números. Tú.

Se apretó los nudillos contra la boca. Los mantuvo allí hasta que el temblor cesó.

—Dijiste que no podías costearme. —Ahora hablaba más bajito—. Me besaste como si fuera lo único en la habitación y luego te

quedaste ahí y me dijiste que la aritmética no funcionaba. Y te dejé. Me marché y me pasé la mañana arrojándote números de páginas porque no sabía cómo decir...

Se detuvo. El rostro de él bajo la luz de la lámpara estaba inmóvil. Las arrugas alrededor de sus ojos, el hollín que se le había pasado por alto en el pliegue de la oreja, la barba que asomaba en su mandíbula.

—No sé cómo decirlo. Yo organizo las cosas, Samuel. Hago listas, construyo argumentos y ordeno el mundo en columnas que cuadran. Y tú no cuadras. Nunca lo has hecho. Eres el dueño de una fábrica de Ancoats que construyó un aula en un armario y enseñó a una niña a escribir su nombre en dos días, y crees que eso no es suficiente. Crees que *tú* no eres suficiente. —Las lágrimas le rodaban por la cara y su voz se mantuvo firme porque ella la obligaría a mantenerse—. Y estoy tan enfadada contigo. Por decir eso. Por creértelo. Por entrar en ese edificio esta noche como si tu vida valiera menos que...

Su respiración cambió.

No fue gradualmente. Una respiración fue superficial y anómala y la siguiente no llegó. El vacío se prolongó —un segundo, dos, tres— y la mano de Rose estaba sobre su pecho y no sintió ninguna elevación bajo la palma. Nada. Quietud donde debería haber aire.

—Samuel. —Se puso en pie. Le giró de costado. Con las manos en su hombro, en su espalda—. *Samuel.*

Nada. Cuatro segundos. Cinco. Su visión se estrechó hasta el punto donde sus costillas se encontraban con sus dedos y presionó, sin saber si presionar era lo correcto, sin saber nada excepto que él tenía que respirar, tenía que hacerlo...

La tos estalló desde algún lugar profundo de su pecho: violenta, convulsiva, todo su cuerpo se sacudió con ella. Ella le sostuvo mientras tosía. Algo oscuro manchó la almohada blanca y la tos continuó y continuó y luego cesó, y el aire entró de golpe; un sonido rasgado, desgarrador, el peor sonido por el que jamás se había sentido agradecida.

Su cuerpo se relajó. Volvió a respirar. De forma bronca. Con esfuerzo. Vivo.

Se inclinó sobre él, con la frente apoyada en su hombro, las manos aferradas al lino, y el sonido que había estado conteniendo desde que se quedó en el patio de Cartwright y lo vio desaparecer en el humo —el sonido que se había tragado en el incendio y en el carro y junto a la cama y en cada cosa calmada y competente que había hecho desde entonces— brotó de ella. No fueron gritos. Ni palabras. Un sollozo tan profundo que nacía de sus costillas; hundió la cara en el hombro de él y dejó que la invadiera.

Cinco segundos. Había contado cinco segundos de nada bajo su palma y en esos cinco segundos había comprendido con perfecta claridad lo que sería su vida si él no estuviera en ella, y no era una vida que tuviera intención de vivir.

Lloró hasta que no pudo más. Luego se secó la cara con el vestido prestado y cambió el protector de la almohada; la mancha oscura desapareció, lino limpio, con sus manos alisando la tela con la misma minuciosidad con la que lo alisaba todo cuando necesitaba que el mundo volviera a ser manejable. Arregló la mecha de la lámpara. Se sentó de nuevo. La noche avanzó y ella lo escuchó respirar, y cada aliento era una promesa que podría no cumplirse.

Acercó la silla tanto como pudo. Apoyó la cabeza en el colchón, junto al hombro de él. Su mano sobre el pecho de Samuel: subir, bajar, subir. No iba a cerrar los ojos. Se quedaría despierta contando cada respiración hasta la mañana porque ese era su trabajo y ella no fallaba en...

Se despertó con un sobresalto.

Había luz en la habitación: gris, temprana, la lámpara se había consumido. El cuello le dolía horrores por la postura en la que había dormido. Su mano seguía sobre el pecho de él, pero no podía sentir el movimiento, no sentía nada debido al hormigueo en los dedos, y el terror la golpeó como un muro de agua. Se incorporó. Presionó la palma de la mano contra él.

Subir. Bajar. Subir.

Más lento que la noche anterior. Más profundo. Los intervalos entre respiraciones eran más cortos y el sonido era bronco pero constante, y su color bajo la luz de la mañana era mejor: menos gris, más humano.

Se llevó las manos a la cara. Respiró. Dejó que el terror se drenara a través de sus dedos.

El doctor Leigh regresó a las siete. Rose se quedó junto a la ventana mientras él trabajaba: el estetoscopio en el pecho de Samuel, el cuidadoso desenrollado de los vendajes, la pausa en la que auscultó durante más tiempo del que ella habría deseado. Observó sus manos. Observó su boca. Buscó el indicio que dijera *peor* o *mejor*, pero la expresión de él no revelaba nada.

—Hay cierta mejoría. La hinchazón no ha empeorado, lo cual es alentador. Pero los pulmones siguen afectados. —Se enderezó—. La tos empeorará antes de mejorar; es el cuerpo limpiando el daño. Necesita descanso. Como mínimo varios días antes de que lo considere fuera de peligro.

—Varios días.

—Posiblemente una semana. Su cuerpo ha sufrido un impacto severo, señorita Sterling. La recuperación no es una línea recta.

Una semana. La audiencia era en tres días. Rose asimiló aquello y no dijo lo que estaba pensando, porque lo que pensaba era que la Ley de las Diez Horas y el Comité Selecto y cada página de testimonio que había escrito podían arder como había ardido la fábrica de Cartwright, y que ella lo daría todo a cambio de que la respiración de Samuel Holt se fortaleciera.

—Debería dormir —dijo el doctor Leigh en la puerta.

—Pronto.

La casa empezó a bullir a su alrededor. Voces en el pasillo. Pasos en el piso de arriba. Una mañana que comenzaba como si la noche no hubiera existido.

Le ardían los ojos. El vestido de algodón estaba arrugado y con los puños húmedos. El cuello le dolía por haber dormido en un ángulo para el que ninguna columna humana estaba diseñada. Se había quedado dormida a pesar de su firme intención de no hacerlo, y él había seguido respirando sin su permiso, y la luz de la mañana entraba por la ventana y él estaba vivo.

Le tomó la mano.

Cuando despertara, iba a llamarlo idiota otra vez. Esta vez a la cara.

CAPÍTULO 15



El techo no era el que debía ser.

Eso fue lo primero. Yeso blanco con una grieta fina como un cabello que lo recorría de este a oeste, y no era el techo sobre su cama en la fábrica. Su techo tenía una mancha de humedad con la forma de Derbyshire. Este techo estaba limpio y seco, y pertenecía a alguien que no vivía encima de una hilandería de algodón.

Intentó respirar. El dolor llegó con el aire: un ardor crudo y lacerante desde la garganta hasta el fondo de los pulmones, como si alguien le hubiera pasado un cepillo de alambre por el interior del pecho. Los brazos le latían. Sentía la cabeza como si estuviera rellena de lana.

Una mano sujetaba la suya.

Giró la cabeza. El movimiento le costó más de lo que debería. Rose Sterling estaba en una silla junto a la cama, dormida, con la cabeza inclinada de lado contra el respaldo. Llevaba un sencillo vestido de algodón que él no había visto nunca. Tenía el pelo suelto. Había unas sombras bajo sus ojos tan oscuras que parecían moratones.

Los dedos de ella estaban entrelazados con los de él. No de forma laxa, sino apretando. El agarre de alguien que llevaba mucho tiempo aferrado.

Miró sus manos. Miró la habitación: papel pintado pálido, una ventana que daba a un jardín, un palanganero sobre la mesa, vendas en los brazos que no recordaba que nadie le hubiera puesto. Miró a Rose.

El incendio.

Todo regresó por piezas. Brennan en el umbral. La carrera por Ancoats. El humo. La fábrica de Cartwright en llamas y el patio lleno de gente, y la madre que le había agarrado del brazo —*Annie, tiene doce años, la sala de hilado*— y el pasadizo de servicio, el estrecho pasillo, el calor, las escaleras...

Los niños.

Intentó incorporarse. Su cuerpo se negó; los brazos cedieron, los pulmones se le colapsaron y la tos le desgarró por dentro como una mano que se metiera en su pecho y apretara. Se encogió por el esfuerzo y la mano de Rose ya estaba en su espalda antes de que terminara de atragantarse.

—No te muevas —dijo ella. Su voz estaba cerca. Era áspera—. Samuel. No te muevas.

—Los niños... —entre toses, cada palabra arrancada de su garganta—. La sala de hilado... ¿Lo lograron?

—Tú mismo sacaste a dos en brazos —dijo ella, presionando con firmeza entre sus omóplatos—. Sus padres los tienen. Están vivos gracias a ti.

—Había más. Había... —Intentó impulsarse de nuevo. La habitación se inclinó—. Los bastidores traseros, había al menos cuatro ayudantes más...

—Brennan lleva la cuenta. Otros hombres entraron después de ti. Samuel, *deja de moverte.*

Se detuvo. No porque ella se lo hubiera ordenado, sino porque sus pulmones habían tomado la decisión por él. Se recostó contra las almohadas, el techo giró suavemente y la tos remitió hasta convertirse en un sonido bajo, chirriante y constante.

El rostro de Rose apareció sobre él. Tenía los ojos rojos. La mandíbula tensa. Su mano pasó de la espalda al lateral de la cara de él y se posó allí, con la palma cálida contra su mejilla.

—Eres idiota —dijo ella.

A él le tembló la boca. La risa intentó brotar y en su lugar llegó la tos; Rose le sujetó el hombro mientras duraba, con firmeza, con seguridad, como si ya lo hubiera hecho antes.

—Si no te pones bien —dijo ella—, voy a asfixiarte yo misma. Y lo haré con una almohada del cuarto de invitados de la señora Whitfield, que es donde estás, por si te lo preguntabas.

Él intentó reír de nuevo. La tos fue peor esta vez y ella dijo: —Para... deja de divertirte, vas a matarte —y su voz se quebró entre el reproche y algo que subyacía en ella, y él pudo oír ambas cosas a la vez.

El ataque de tos pasó. Se quedó quieto. Le dolía todo.

—En casa de la señora Whitfield —dijo él. Su voz sonaba como grava arrastrada sobre hojalata.

—He requisado un carro y una habitación de invitados. La señora Whitfield tiene opiniones sobre ambas cosas.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde ayer. Has estado inconsciente desde el incendio.

Ayer. Había perdido un día. Se miró las vendas de los brazos: lino blanco, envuelto profesionalmente, cubriendo quemaduras que podía sentir latir por debajo. La piel por encima de los vendajes estaba roja y tirante.

—Me has traído aquí.

—No ibas a volver a tus aposentos. Están al lado de un edificio que todavía estaba en llamas.

—Mi fábrica...

—Está bien. Brennan se está encargando.

La miró a ella. A la silla. Agotada, con aquel vestido de algodón y el pelo suelto. ¿Había estado aquí toda la noche? Sentada en esa silla. Sujetando su mano.

—Rose.

—Ni lo pienses. —Ella se enderezó en la silla—. El médico dice que necesitas descanso. Al menos una semana. No estás fuera de peligro; tus pulmones están dañados y la tos empeorará antes de mejorar. Te vas a quedar en esta cama, vas a hacer lo que te diga el doctor Leigh y no vas a discutir conmigo por ello.

—Una semana.

—Al menos.

—El incendio. —Le ardía la garganta. Cada palabra le costaba un esfuerzo—. ¿Cómo de grave?

—Aún no lo sé todo. Brennan ha estado yendo y viniendo. El edificio... ha desaparecido, Samuel. Por completo.

—Los trabajadores. Los de las plantas superiores...

—Algunos salieron. No sé cuántos.

—Los niños. La sala de hilado... había más de los dos que yo... —Llegó la tos y aguantó el tirón mientras la mano de ella seguía en su hombro, y esperó—. Había al menos seis ayudantes en esos bastidores traseros.

—No lo sé. —Su voz era cautelosa. La voz que usaba cuando no tenía la respuesta y odiaba no tenerla—. Brennan sabrá algo más cuando venga.

—La madre. La mujer que me agarró del brazo... la madre de Annie...

—No lo sé.

El no saber era peor de lo que hubiera sido cualquier respuesta. Tras sus párpados, el pasillo regresó: el humo, el calor, el sonido del edificio gimiendo, el momento en que había encontrado a los dos niños acurrucados contra la pared del fondo y había sabido que no podía cargar con más.

—Samuel. —Ella puso la mano en un lado de su cara—. Salvaste a dos niños. Entraste en un edificio en llamas y los sacaste.

—Había más.

—Y no podías cargarlos a todos. Eso no es... no es culpa tuya.

El rictus de cansancio en su rostro. El vestido de algodón. Un rasguño en el antebrazo en el que no se había fijado antes.

—¿Estabas allí? —Su voz se quebró—. En el incendio. ¿Estabas...?

—Estoy bien.

—Rose. ¿Estabas allí?

—Estaba en el patio. Ayudando. No estoy herida.

—El rasguño de tu brazo.

Ella bajó la vista. Pareció sorprendida al verlo. —No sé cuándo ha pasado eso. No es nada.

No era nada. Había estado en el incendio. Había corrido tras él por las calles y había estado en aquel patio con el humo, el calor y la multitud, y él no lo había sabido, no había sido capaz de...

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Brennan conducía. Yo te mantuve entero en la parte trasera del carro de un transportista a través de medio Manchester. —Hizo una pausa—. Por cierto, le debes al hombre el pedido de coles.

Miró al techo. La grieta que iba de este a oeste. Rose Sterling le había sacado de una zona de incendios en un carro robado y le había metido en la habitación de invitados de otra persona. La mujer a la que le había dicho que la aritmética no cuadraba.

—Rose...

—No. —Ahora más bajo—. Todavía no. Descansa primero. Hablaremos de todo cuando puedas terminar una frase sin toser.

Llamaron a la puerta. Era la señora Garrow con una bandeja: caldo, agua y un frasquito marrón.

—El doctor Leigh ha dejado láudano para el dolor. —La señora Garrow dejó la bandeja en la mesita de noche. Sus ojos recorrieron las vendas de Samuel con la pericia de quien conoce las quemaduras —. Veinte gotas en agua. Le ayudará a dormir.

Rose midió las gotas. Le acercó el vaso a la boca. El láudano era amargo bajo el agua y se extendió por su cuerpo como una marea lenta y cálida: el dolor de los brazos se atenuó, el escozor del pecho se suavizó y los bordes de la habitación se volvieron amables.

—Eso es asqueroso —dijo él.

—Es medicina.

—Sabe como si algo hubiera muerto dentro del frasco.

—Bébelo de todos modos.

El calor se extendió. Los párpados le pesaban. El rostro de Rose se emborronaba por los bordes; no es que se fuera, simplemente se suavizaba, y las líneas marcadas de su mandíbula y sus pómulos se convertían en algo parecido a una acuarela. Ella seguía sosteniendo el vaso. Seguía en la silla. Seguía aquí.

—Te has quedado —dijo él—. Toda la noche. Te has quedado.

—Sí.

—Te dije que la aritmética no cuadraba.

—Te equivocabas.

—Lo sé. —Tenía los ojos entornados. Luchó contra el sueño—. Lo sabía cuando lo dije. Solo que... —Las palabras se le escapaban. La habitación era cálida, el dolor estaba lejos, ella le sujetaba la mano e iba a decir algo que no debía—. No pensé que nadie... nunca me han...

—Chist. —Ella le puso la mano en la frente. Fresca. Firme—. Duerme.

—Vas a estar aquí.

—Voy a estar aquí.

—Promételo.

—Te lo prometo.

Se durmió.

Despertó y la luz había cambiado; era por la tarde, quizá, y el sol que entraba por la ventana del jardín proyectaba sombras alargadas. Rose hablaba con alguien. Brennan. Samuel captó fragmentos: la fábrica funcionaba, los trabajadores estaban localizados, Polly preguntaba cuándo volvería el señor Holt.

—¿Nell? —Su voz estaba destrozada. Ambos se giraron.

—A salvo. —Brennan se acercó a los pies de la cama. Tenía los ojos brillantes—. Está en la escuela. La señorita Ogden los tiene a todos juntos. —Hizo una pausa—. También traje a algunos de los niños de Cartwright. Los que no tenían a donde ir: sin trabajo para sus padres, sin comida. Conseguí lo que pude del tendero de Jersey Street y algunos vecinos trajeron pan. Supuse que querrías que comieran.

Samuel se recostó en las almohadas. Brennan no había preguntado. No había esperado permiso. Había visto a niños que no tenían nada y había hecho lo que Samuel habría hecho.

—Buen hombre —dijo Samuel. Se le cerraba la garganta y no tenía nada que ver con el humo.

—El incendio. —Miró a Brennan—. ¿Cuántos?

El rostro de Brennan cambió. El brillo se apagó. —Tres muertos. Otros cuatro están mal. Casi todos de las plantas superiores... la escalera se vino abajo antes de que pudieran bajar.

Tres muertos. Samuel se quedó mirando la grieta del techo. Tres personas que habían ido a trabajar ayer por la mañana a un edificio con las puertas cortafuegos tapiadas, sin ventilación y con un dueño de fábrica que valoraba más los costes de calefacción que sus vidas.

—¿Niños?

—Una. —La voz de Brennan era muy baja—. Una niña. Nueve años. Era una trapera en el tercer piso.

La habitación se quedó en silencio. Rose se había quedado inmóvil en su silla. Brennan permanecía al pie de la cama con la gorra en las manos, tal como se había quedado el día anterior, y Samuel pensó en Annie —*tiene doce años, la sala de hilado*— y en la niña que había sacado en brazos y en la que no.

—Su nombre.

—Elsie Harmon.

Él lo pronunció una vez mentalmente. Lo archivó. No lo olvidaría.

Los pasos de Brennan se alejaron por el pasillo. Rose no había hablado desde que se mencionó el nombre de Elsie Harmon.

—La audiencia. —Él tenía la voz en carne viva—. Es en tres días.

La mandíbula de Rose se tensó. —Lo sé.

—No puedo... —Intentó incorporarse. El dolor era extraordinario. Los brazos le fallaron—. Puedo llegar a Londres. Si Brennan...

—No puedes ni sentarte, Samuel. No vas a subirte a un tren.

—Tres muertos. Una niña de nueve años. La ventilación de Cartwright, las puertas tapiadas de Cartwright... —Llegó la tos, le desgarró y Rose le sujetó el hombro hasta que pasó—. Ese testimonio es lo único que hace que sus muertes signifiquen algo. Si el comité no lo escucha...

—Lo escucharán.

—¿Cómo?

Ella guardó silencio.

—Entonces ve tú —dijo él—. Preséntalo tú misma.

—No voy a dejarte.

—Rose...

—No voy a subirme a un tren a Londres mientras tú estés tumbado en esta cama. Eso no se discute. —Se inclinó hacia delante —. Encontraremos otro modo. Alguien más puede presentarlo.

Brennan puede llevar los documentos. Escribiré al comité y solicitaré un aplazamiento.

—Los comités no aplazan nada porque el dueño de una fábrica tenga tos.

—El dueño de una fábrica que entró en un edificio en llamas para salvar a unos niños y que tiene pruebas de una negligencia criminal que ha causado tres muertes y la de una niña... —Su voz se quebró. Apretó los labios—. Aplazarán.

Él la miró. El láudano tiraba de nuevo de él, las palabras se le iban y quiso decir algo sobre lo que significaba que ella siguiera en esa silla, pero su boca no cooperó.

—Tú lo resolverás —dijo él. Porque lo haría. Siempre lo hacía.

—Lo resolveré. —El ceño fruncido no se relajó. Pero su mano buscó de nuevo la de él.

Luchó contra el láudano —había cosas que saber, cosas que hacer—, pero el calor era insistente, la habitación se oscurecía por los bordes y no podía retenerlo todo.

Luz y oscuridad. Dentro y fuera. En algún momento, por la ventana la tarde dio paso a la noche, se encendió la vela y Rose escribía algo; una carta, por lo que parecía. Su rostro a la luz de la vela era fiero, concentrado y hermoso.

—Eres hermosa —dijo él.

La pluma se detuvo.

—También eres terriblemente mandona.

—Vuelve a dormir, Samuel.

—Ambas cosas son ciertas.

—Es el láudano el que habla.

—El láudano es sincero. —Tenía los ojos entornados de nuevo—. Debería tomarlo más a menudo. Me hace decir las cosas que siento.

Ella se quedó callada. Oyó cómo se reanudaba el rascado de la pluma. Luego, muy suavemente: —Eres imposible.

—Eso dijiste del testimonio.

—Dije que era el mejor trabajo que había hecho nunca.

—Mm. —La habitación se oscurecía por los bordes—. Lo mismo es.

Oscuridad otra vez. Luego voces. No eran las voces bajas que habían pasado por su sueño; estas eran distintas. La voz de un hombre en el pasillo, profunda y pausada, el tipo de voz que no necesitaba volumen. Y la de la señora Aldridge, aguda y rápida.

Abrió los ojos. Rose estaba de pie.

—¿Rose? —Su voz estaba pastosa por el sueño—. ¿Qué pasa?

La puerta del dormitorio se abrió. La señora Aldridge apareció en el umbral. Miró a Rose. Miró a Samuel en la cama. Parecía una mujer que traía una noticia para la que se había estado preparando y para la que, aun así, no estaba lista.

—Señorita Sterling. Su padre está aquí. —Una pausa—. Lord Clarendon ha llegado de Londres. No viene solo.

La mano de Rose buscó la de Samuel sobre la colcha. Él no supo decir si era para sostenerle a él o para sostenerse ella.

Samuel miró hacia la puerta. Estaba tumbado en una cama prestada, en una casa prestada, drogado, vendado e incapaz de mantenerse en pie. Y el padre de Rose Sterling estaba en algún lugar del pasillo.

El corazón de Samuel hacía algo que el láudano no podía calmar. Tenía la boca seca. Los brazos le latían. El padre de Rose Sterling estaba en algún lugar del pasillo y Samuel ni siquiera podía incorporarse para recibirle.

Pasos en el pasillo. Pesados. Deliberados. La puerta se abrió más y un hombre llenó el umbral: alto, con las sienes plateadas, con la espalda tan recta que hacía que la habitación de invitados pareciera más pequeña. Su mirada se posó primero en Rose. Luego en la cama. Luego en Samuel.

Lord Clarendon no dijo nada.

Rose apretó más fuerte. Samuel sentía el pulso de ella en sus dedos. El silencio se prolongó. El reloj de la chimenea hacía tictac. Los pulmones de Samuel eligieron ese momento para producir una tos que sonó como un fuelle roto, lo cual no era la primera impresión que él tenía en mente.

—No mencionaste que vendría tu padre —le dijo a Rose.

—Estabas inconsciente.

Miró al marqués. El marqués le miró a él.

—En mi defensa, milord —dijo Samuel—, estaba inconsciente.

Nathaniel Sterling enarcó las cejas. —¿Inconsciente?

—Su hija me tomó como rehén. —Los ojos se le cerraban. El dolor regresaba por debajo del calor, la habitación se emborronaba y el marqués seguía allí de pie; Samuel estaba perdiendo el hilo pero siguió hablando porque parar le hacía sentir peor—. Ella tenía otras ideas. Su hija tiene... siempre tiene otras ideas...

Cerró los ojos. Los abrió. La habitación nadaba.

Nathaniel Sterling le miró durante un largo momento. Entonces algo cambió en su rostro; no fue una sonrisa, no del todo, sino la comisura de la boca y las líneas alrededor de los ojos.

—Tiene otras ideas para casi todo —dijo Nathaniel—. Te acostumbrarás.

Rose emitió un sonido. Él no supo si era una risa, un sollozo o algo intermedio. Giró la cabeza hacia ella. Se veía borrosa por los bordes —la luz de la vela, las lágrimas, el láudano disolviéndolo todo —, pero su mano estaba en la de él y sus ojos estaban fijos en los suyos, y ella sonreía.

Estaba sonriendo.

—Mi hermosa... —dijo él—. Hermosa Rose.

La mano de ella se apretó contra la suya. Y después... nada.

CAPÍTULO 16



—Tienes que comer algo.

—Tengo que estar en esa habitación.

—Sean está con él. Sean es cirujano. Se formó en Edimburgo y ha tratado a hombres con heridas peores que las del señor Holt, y no necesita tu supervisión.

—No estoy supervisando. Estoy...

—Estás revoloteando —Maggie le puso una taza de té en las manos a Rose. Jamás se había sentido intimidada por su hermana mayor y no iba a empezar ahora—. Bebe esto. Siéntate. Padre quiere hablar contigo; ha venido desde Londres y está siendo muy paciente con el hecho de que lleves diez minutos intentando volver a cruzar esa puerta.

Rose miró la puerta del salón. Al otro lado del pasillo, tras la puerta de la habitación azul que permanecía cerrada, Sean O'Connor examinaba los pulmones y las quemaduras de Samuel con la tranquila competencia que lo había convertido en el cirujano más joven del St. Thomas. Confiaba en Sean. Le confiaría su propia vida y la de todos sus seres queridos.

Pero aun así quería estar en esa habitación.

—Rose —la voz de su padre llegó desde el sofá. Calma. Esa calma particular que significaba que estaba siendo paciente a

propósito, lo cual era peor que si simplemente hubiera exigido su atención—. Siéntate.

El té le quemó la lengua. El salón resultaba sofocante; la señora Whitfield había encendido el fuego a pesar de estar en abril porque habían llegado invitados de Londres, y el fuego era lo que se preparaba para los invitados. La señora Aldridge estaba en el sillón de la esquina con su novela, con aspecto de que iba a disfrutar viendo a otro lidiar con Rose Sterling para variar.

Su padre estaba sentado frente a ella. Observando. Mostraba esa paciencia particular que llevaba usando con ella desde que tenía tres años y reorganizó el cuarto de los niños sin permiso.

—Tienes un aspecto terrible —dijo él.

—Gracias, padre.

—¿Cuándo dormiste por última vez?

—He dormido.

—¿Cuánto tiempo?

—Lo suficiente.

Maggie, acurrucada en el asiento de la ventana con un cuaderno de dibujo ya abierto sobre las rodillas, levantó la vista. —Parece que la han arrastrado por una chimenea de espaldas y luego se ha sentado en una silla durante dieciséis horas. Lo cual, por lo que nos cuenta la señora Aldridge, es aproximadamente lo que ha pasado.

—La señora Aldridge —dijo Rose— ha sido muy minuciosa en su correspondencia.

—La señora Aldridge —dijo la señora Aldridge desde su rincón— escribió exactamente lo necesario y ni una palabra más.

—Escribió tres páginas —dijo Maggie.

—Páginas concisas.

A través de la pared, nada. Ni tos, ni voces. O bien Samuel estaba descansando o Sean estaba haciendo algo silencioso y competente, y ella estaba aquí fuera sosteniendo una taza de té cuando debería estar allí dentro sosteniendo la mano de Samuel; cada minuto en este salón le parecía un minuto robado a la habitación que de verdad importaba.

—Padre. Sé que tienes preguntas. Sé que has viajado desde Londres. Pero antes de que hablemos de cualquier otra cosa,

necesito que entiendas lo que pasó en la fábrica de Cartwright.

—Rose...

—Tres personas han muerto. Una de ellas era una niña de nueve años llamada Elsie Harmon —su voz era firme. La obligó a ser firme —. Era una trapera en el tercer piso de un edificio donde el dueño de la fábrica había quitado la ventilación para ahorrar en gastos de calefacción y había tapiado la salida de incendios trasera para hacer sitio a más máquinas de hilar. Documenté cada una de esas infracciones en mi informe de inspección. Todas. Y tres personas han muerto porque Cartwright valoraba más sus gastos de calefacción que sus vidas.

El salón quedó en silencio. El lápiz de Maggie había dejado de moverse. La novela de la señora Aldridge estaba cerrada.

—La audiencia es en tres días —continuó Rose—. Samuel —el señor Holt— debía testificar. Él escribió el testimonio. Sus cifras, su experiencia, su voz. No puede ir. Apenas puede incorporarse. El comité necesita oír qué causó ese incendio y la única prueba está en mi cuaderno y en el testimonio disperso en un escritorio de Holt Cotton Works.

—Yo iré.

Rose se detuvo. —¿Qué?

Nathaniel se inclinó hacia delante. —Tengo escaño en la Cámara de los Lores. He apoyado la reforma de las fábricas durante veinte años. Puedo solicitar una audiencia con el Comité Selecto, presentar el testimonio y entregar tus pruebas de inspección —hizo una pausa —. Un marqués presentando pruebas de negligencia criminal que mató a una niña... la escucharán, Rose.

Rose abrió la boca. La cerró. Había pasado la mañana tumbada junto al cuerpo inconsciente de Samuel intentando averiguar quién podría ir a Londres, y la respuesta acababa de entrar en el salón y sentarse.

—¿Harías eso?

—¿Creías que había venido a Manchester para regañarte?

—No sabía por qué habías venido.

Su rostro se suavizó. La boca, las líneas alrededor de sus ojos. La expresión que había tenido cuando ella tenía doce años y organizó

un bazar benéfico sin decírselo y recaudó cuarenta libras para el orfanato y él se enteró por el vicario de la parroquia.

—La señora Aldridge envió un telegrama ayer —miró a la señora Aldridge, que le sostuvo la mirada sin pestañear—. Ya habíamos recibido la carta: tres páginas concisas sobre esquinas y decoro. Luego el telegrama. Incendio en la fábrica. Su hija a salvo. El señor Holt herido. Vengan —hizo una pausa—. He tomado el primer tren de esta mañana —miró hacia la puerta de la habitación azul—. Esperaba quemaduras y humo. No esperaba encontrarme a mi hija sosteniendo la mano de un hombre inconsciente mientras él la llamaba su bella Rose.

Rose se puso colorada. —Estaba bajo los efectos del láudano.

—Rose —Maggie no levantó la vista de su cuaderno—. Has mirado esa puerta once veces desde que te sentaste. Las he estado contando.

—No lo he hecho...

—Once.

La señora Aldridge pasó una página.

—El testimonio —dijo Rose—. Tenemos que hablar del testimonio.

—Lo haremos —la voz de Nathaniel era suave—. Hablaremos del testimonio, del Comité Selecto, de las pruebas de inspección y de cómo quieres exactamente que presente todo ello. Pero primero me gustaría que me hablaras de Samuel Holt.

—Es dueño de una fábrica. Dirige Holt Cotton Works en Bengal Street. Trescientos trabajadores, pieceros emparejados, descansos obligatorios, una escuela que le cuesta cuarenta libras al año. Sus márgenes son ajustados y su fábrica es la mejor de Manchester, y entró en un edificio en llamas porque conocía la distribución de cuando trabajaba allí de niño —lo dijo de forma rápida, monótona y profesional, y se oía a sí misma haciéndolo y no podía parar—. Es el testigo más sólido que tiene el comité. Su testimonio es la columna vertebral del caso para la Ley de las Diez Horas. Sin su voz en esa sala...

—Rose.

—... el argumento de la laguna legal de los relevos se desmorona y las disposiciones de transición...

—Rose —dijo en voz más baja—. No te pregunto por su testimonio.

El salón estaba muy silencioso. El fuego crujía. El lápiz de Maggie estaba inmóvil. La señora Aldridge miraba al techo con tremendo interés.

—Te ha llamado su bella Rose —la voz de Nathaniel era dulce—. Delante de mí. Estando drogado. Lo que sugiere que, cuando no lo está, ejerce una contención considerable.

Rose miró su té. La superficie temblaba ligeramente. Eran sus manos.

—Es un buen hombre, padre.

—Eso lo deduje de la parte en la que entró corriendo en un edificio en llamas para salvar a unos niños.

—Él cree que no es suficiente. Porque no tiene un título. Porque se crió en una fábrica. Porque él... —se le cerró la garganta. Apretó los labios.

—¿Porque él qué?

—Porque me dijo que la aritmética no funcionaba. Entre nosotros. Y se equivocaba y sabe que se equivocaba y yo voy a... cuando esté bien voy a... —se detuvo. Respiró hondo—. Lo amo. Sé que no es lo que quieres oír. Sé que no es lo que nadie esperaba. Sé que habrá habladurías y consecuencias y sé lo que significa para la familia, y no me importa. No me importa nada de eso.

Nathaniel se quedó callado un largo momento. Rose se preparó para la respuesta: la decepción medida, el recordatorio amable del deber y la posición, el marqués recuperando a su hija de un mundo en el que nunca tuvo la intención de que entrara.

—Tu madre —dijo Nathaniel— no tenía título. Ni conexiones inglesas. Ni posición en la sociedad. Era una heredera estadounidense que entró en un salón de baile de Londres y puso mi vida entera patas arriba —la comisura de su boca se curvó—. Me casé con ella de todos modos. Y ha sido la mejor decisión que he tomado jamás, cada día, durante veintisiete años.

La visión de Rose se nubló.

—Si Samuel Holt hace que te veas como te veías en esa habitación...

—Padre...

—... entonces no voy a interponerme entre vosotros. Voy a ir a Londres y presentar su testimonio y me aseguraré de que el comité escuche cada palabra. Y cuando esté lo suficientemente bien como para sentarse y mirarme a los ojos, él y yo tendremos una conversación.

—Por favor, no lo aterrorices.

—No prometo nada.

—Ya está aterrorizado de ti. Me llamó su bella Rose mientras tú estabas en el umbral y estoy bastante segura de que el horror de eso lo mantendrá postrado en cama más tiempo que el humo.

Nathaniel casi sonrió. Casi. —Me ha gustado.

—Lo has conocido durante cuarenta segundos mientras estaba bajo los efectos del láudano.

—Me he formado opiniones con menos —la miró—. Tiene agallas. Dirigirse a un marqués estando drogado y en horizontal... eso requiere un tipo de hombre particular.

—O un tipo de droga particular.

—Ambos, sospecho.

La puerta del salón se abrió y Sean O'Connor entró, bajándose las mangas. Alto, moreno, de pulso firme. Se parecía a su padre Daniel —la misma mandíbula, la misma intensidad tranquila— y se movía por la habitación con una economía que indicaba que cada gesto había sido sopesado y hallado necesario.

—Los pulmones están mejor de lo que esperaba —Sean ocupó la silla más cercana al fuego—. La tos es productiva, lo cual es bueno; está eliminando el daño. Las quemaduras son de segundo grado, sobre todo en los antebrazos. El riesgo de infección es la principal preocupación ahora. Se las he limpiado y vuelto a vendar, y he dejado instrucciones a la ama de llaves —miró a Rose—. Está durmiendo. Estará incómodo durante días. No se va a morir.

Esa última frase la golpeó con más fuerza que cualquiera de los términos médicos de Sean. Se apretó los nudillos contra la boca.

Maggie estiró el brazo desde el asiento de la ventana y puso la mano en la rodilla de Rose.

—Gracias, Sean.

—No me las des a mí. Dáselas a quienquiera que lo sacara del edificio y lo pusiera en una cama en menos de una hora. La rapidez marcó la diferencia —hizo una pausa—. Rose. Se pondrá bien.

Ella asintió. No podía hablar.

—Ahora —Sean se reclinó. Algo había cambiado en su rostro: el cirujano daba paso a otra cosa—. Al venir de la estación. Las calles cerca del incendio. Las familias.

—Irlandeses —dijo Rose—. Refugiados de la hambruna. Llevan llegando a Manchester meses. Las fábricas los contratan porque trabajan por menos.

—¿Cuántos?

—Cientos. Miles, tal vez. Las parroquias locales no pueden absorberlos.

Sean guardó silencio. Se le tensó la mandíbula.

—Los niños en el incendio —dijo—. Algunos de ellos eran irlandeses.

—Algunos de ellos. Sí.

Él asintió. Miró al fuego. No dijo nada más al respecto. Pero Rose veía cómo su mente trabajaba tras sus ojos: aquello que se le había clavado en las calles de Ancoats y no lo soltaba.

—Bueno —Maggie rompió el silencio con ese talento particular que las hermanas menores tienen para reconducir el ambiente de una habitación—. A mí, por mi parte, me gustaría ver esa fábrica. Y la escuela. Y Manchester en general, que hasta ahora solo he experimentado a través de la ventana de un carruaje y parece fascinante.

—No es fascinante, Margaret. Es industrial.

—Todo es fascinante si se mira adecuadamente —Maggie alzó su cuaderno. Había dibujado la vista desde la ventana del salón: el jardín de los Whitfield en primer plano y, tras el muro, el perfil de Ancoats, las chimeneas de las fábricas oscuras contra el cielo del atardecer, y la mancha de donde había estado la de Cartwright. Aún subía humo. Incluso a lápiz, resultaba impactante.

—Has estado dibujando.

—He estado dibujando desde que llegamos. Esta ciudad es extraordinaria, Rose. La luz es completamente distinta a la de Londres; con todo ese humo en la atmósfera, todo se vuelve color ámbar. Y la arquitectura de las fábricas... ¿las has mirado bien? Son catedrales. Terribles y hermosas catedrales construidas para el algodón en lugar de para Dios.

—Muere gente en ellas, Maggie.

—También murió gente en las catedrales. Eso no hace que merezca menos la pena mirarlas —Maggie inclinó el cuaderno—. Quiero dibujar a los trabajadores. A los niños. El aula de la escuela. Quiero dibujar a Nell escribiendo su nombre en una pizarra; la señora Aldridge me lo contó y casi lloro.

—Veo que la señora Aldridge te ha contado muchas cosas.

—Tres páginas concisas —confirmó la señora Aldridge.

Nathaniel se puso en pie. —Rose. Vuelve con tu señor Holt. Necesitaré los documentos del testimonio y tu cuaderno de inspección antes de marcharme a Londres; haz que los envíen desde la fábrica mañana. Sean, querré su evaluación médica por escrito para el comité, para explicar por qué el testigo no pudo comparecer.

—La tendrá.

—Maggie, deja de dibujar las cortinas y vete a la cama. Señora Aldridge... —se dio la vuelta—. Gracias. Por la carta y por todo lo que ha hecho por mi hija.

La señora Aldridge se levantó. —Su hija, milord, es la mujer más testaruda que he tenido la desgracia de acompañar. También es la más valiente. He dejado constancia de ambas observaciones por escrito.

Nathaniel miró a Rose. Ella le devolvió la mirada. Ninguno de los dos habló.

—Buenas noches, Rose.

—Buenas noches, padre.

Rose ya había cruzado la puerta del salón antes de que su padre terminara de sentarse de nuevo. El pasillo estaba fresco tras el salón caldeado por el fuego. La puerta de la habitación azul estaba cerrada. Su mano en el pomo... una pausa de un momento. La voz

de su padre detrás de ella, la risa de Maggie, la señora Aldridge diciendo algo seco sobre el té. Su familia llenaba la casa a su alrededor.

La habitación estaba en penumbra. Sean había dejado la lámpara baja. Samuel dormía de lado, con la respiración ronca pero constante, y sus brazos vendados descansaban sobre la colcha.

La silla estaba donde la había dejado. Su mano estaba donde la había dejado.

No se sentó en la silla.

La cama era estrecha. No le importó. Se acomodó a su lado, con cuidado, atenta a sus brazos, a su respiración, a los vendajes. Su cuerpo estaba caliente a través de la colcha. Se apretó a su costado; su cabeza buscó el hueco de su hombro y su mano descansó sobre su pecho, donde podía sentir cada latido. Él se movió. Emitió un sonido: no de dolor ni de tos, sino algo más parecido al reconocimiento. Su cabeza se giró hacia la de ella.

Ella cerró los ojos. Su padre estaba arriba. Su hermana estaba al final del pasillo. La señora Aldridge estaba en la habitación de al lado. Y Rose Sterling estaba tumbada en una cama junto a un hombre con el que no se había casado, en una casa que no era la suya, y no era capaz de que le importara ni uno solo de esos hechos.

Su respiración era constante bajo su mano. Los latidos de su corazón eran lentos y fuertes. Hundió el rostro en su hombro y se soltó del día —del salón, del testimonio, del incendio, del miedo, de todo— y lo último que sintió antes de que el sueño la venciera fue el brazo de él moviéndose, su mano buscando su cadera por encima de la colcha, y posándose allí.

Como si siempre hubiera estado a su lado. Como si ese fuera su lugar.

CAPÍTULO 17



Sentía algo cálido contra el hombro.

No era la almohada. Ni la colcha. Era algo cálido que respiraba y presionaba contra él con ese peso particular de alguien que se ha quedado dormido en una postura que nadie elegiría a propósito. Pelo rozándole la mandíbula. Una mano sobre su pecho. El tenue aroma a jabón de lavanda y algo debajo que era específica e inconfundiblemente Rose.

Abrió los ojos.

Rose Sterling estaba en su cama. Tenía la cabeza apoyada en su hombro. Su mano descansaba sobre el corazón de él. El pelo se le había soltado durante la noche y se extendía por la almohada y la colcha en un enredo oscuro que requeriría veinte minutos y una doncella muy paciente para desenredar. Estaba profunda, profundamente dormida. Las sombras bajo sus ojos seguían ahí, pero su rostro se había relajado: la mandíbula sin tensión, la boca suave, el ceño liso por primera vez desde que la conocía.

Estaba en su cama. En casa de los Whitfield. Donde su padre dormía en algún lugar bajo el mismo techo.

Su padre. El marqués de Clarendon. El hombre al que Samuel se había dirigido mientras estaba drogado con láudano e incapaz de articular frases completas. El hombre al que Samuel había dicho...

Oh, Dios mío.

Mi hermosa. Hermosa Rose.

Había dicho eso. En voz alta. A su padre. Mientras le sostenía la mano. Mientras estaba horizontal, vendado e incapaz de ponerse en pie. El recuerdo llegó con la fuerza de una viga de techo al derrumbarse; cerró los ojos y deseó de todo corazón que el láudano lo hubiera borrado.

No lo había hecho.

Rose se movió. Sus dedos se curvaron contra el pecho de él. Emitió un sonido —ni despierta ni dormida—, el murmullo de alguien que emerge de entre capas de agotamiento. Su cuerpo se acercó más. Su rodilla encontró el muslo de él a través de la colcha.

Debía despertarla. Decirle que su padre estaba en algún lugar de esta casa y que ella estaba en la cama de un hombre, y que cada segundo que esto continuaba era un segundo más de una impropiedad catastrófica que haría que la esquina de la calle y el callejón parecieran el té de un vicario.

No la despertó.

Se quedó allí tumbado. Con la cabeza de ella en su hombro. Su respiración contra su cuello. Le dolían los brazos bajo las vendas. Sentía los pulmones como si los hubieran frotado con arena. Y Rose Sterling dormía a su lado como si hubiera decidido que aquel era su lugar de residencia de ahora en adelante y no tuviera interés en discutirlo.

Le dolía el pecho. No por el humo. Algo más profundo y menos tratable.

Ella abrió los ojos.

Durante un momento no se movió; se limitó a mirarlo desde apenas unos centímetros, con los ojos desenfocados y cálidos por el sueño. Luego llegó la lucidez. Y con ella, la conciencia de dónde estaba. Sobre quién estaba tumbada. Lo que su mano estaba haciendo sobre el pecho de él.

No se apartó.

—Buenos días —dijo ella. Tenía la voz ronca por el sueño y estaba muy cerca.

—Buenos días. —La voz de él era pura grava— Estás en mi cama.

—Técnicamente es la cama de la señora Whitfield.

—Estás en una cama conmigo. En una casa donde tu padre duerme arriba. Tu padre, el marqués. El hombre al que le dije —mientras estaba drogado— que eras mi hermosa...

—Recuerdo lo que le dijiste.

—Esperaba habérmelo imaginado.

—No te lo imaginaste. —La comisura de la boca de ella se elevó — Lo dijiste muy claramente. Dos veces. Con sentimiento.

Él miró al techo. La grieta que lo cruzaba de este a oeste. Era posible morir de vergüenza. Estaba explorando esa posibilidad.

—Samuel.

Él la miró. Ella estaba apoyada en un codo, con el pelo cayéndole sobre el hombro y el rostro serio ahora. La suavidad del sueño estaba dando paso a algo más deliberado. Algo que había estado aguardando.

—Le he dicho a mi padre que te quiero.

Se le detuvo la respiración. Esta vez no fue el humo.

—Anoche. En el salón. Mientras dormías. —Le sostuvo la mirada y él pudo ver lo que le costaba: una firmeza que era fruto del esfuerzo, no de la naturalidad—. Le dije que te quiero, que no me importa que no tengas título, ni lo que todos esperen, ni me importa la aritmética.

—Rose...

—No he terminado. —Su mano se presionó plana contra el pecho de él— Me dijiste que no podías permitírteme. Te quedaste en tu habitación, mediste la distancia entre nosotros y decidiste que era demasiado grande. Y luego entraste en un edificio en llamas y la distancia dejó de importar porque tú estabas dentro y yo fuera y yo no podía... —Se le quebró la voz. Se recompuso—. He terminado con la aritmética, Samuel. He terminado de medir. Si quieres decirme que lo nuestro no funciona, vas a tener que encontrar una razón mejor que el dinero y los títulos, porque llevo dos días sentada en una silla viéndote respirar y ya no me interesan las razones.

La habitación se quedó en silencio. La luz de la mañana entraba por la ventana del jardín y caía sobre la cama y sobre el rostro de Rose; ella lo miraba como lo había mirado en el pasillo frente a la escuela: total, completamente, sin distracciones.

—No tengo una razón mejor —dijo él.

—Bien.

—No tengo ninguna razón. Tenía razones. Tenían sentido cuando no estabas tumbada a mi lado.

—¿Y ahora?

—Ahora estás tumbada a mi lado y no puedo recordar ni una sola de ellas, y creo que de eso se trata precisamente.

Ella sonrió. No con la sonrisa profesional. Ni con la estratégica. Sino con la que la abría por completo y le dejaba ver todo su interior.

Él levantó la mano —despacio, con las vendas tiranteando y las quemaduras protestando— y le tocó la cara. La mejilla. La línea de la mandíbula. Ella se inclinó hacia su palma como lo había hecho aquella noche en su habitación, y el recuerdo de aquello —su rostro en su mano a la luz de la lámpara— se superpuso a esto: su rostro en su mano a la luz de la mañana. La distancia entre esos dos momentos era todo lo que había sucedido y todo lo que había cambiado.

—No puedo... —La tos lo interrumpió. Breve, aguda, un recordatorio de que sus pulmones aún no habían terminado con sus quejas. Respiró para calmarla—. No puedo besarte como es debido. Te toseré en la boca. Será terrible.

—He oído argumentos peores contra los besos.

—Hablo en serio. Mis pulmones están...

—Samuel. —Ella se inclinó. Cerca. Sus labios a un centímetro de los de él— Deja de hablar de tus pulmones.

Lo besó.

Suavemente. Tan suavemente que lo sintió más en el pecho que en la boca: una presión lenta y cuidadosa de los labios de ella contra los suyos, con su mano en el lateral de la cara de él manteniéndolo quieto. No fue el beso del escritorio. No hubo la furia ni los puños cerrados en las camisas ni el calor que los había hecho perder el sentido. Fue tierno. Deliberado. Como si él pudiera romperse. Como si ella temiera que todavía pudiera hacerlo.

Él le devolvió el beso. Con cuidado. Su mano quemada encontró la cintura de ella a través del vestido de algodón, y el calor de Rose se extendió por su palma, subió por su brazo y entró en él. Ella

emitió un sonido contra su boca —suave, casi un suspiro— y se acercó más; el peso de ella contra su costado era lo mejor y lo peor que le había pasado a su recuperación, porque su cuerpo estaba manteniendo una conversación muy específica con esa proximidad para la cual sus pulmones no estaban preparados.

—Rose. —Contra su boca. Su respiración era entrecortada y no por el humo—. Si sigues haciendo eso, voy a...

—¿Toser?

—Morir feliz.

La risa brotó contra sus labios. Vibró a través de él —por su pecho, sus costillas y sus pulmones dañados— y él la besó en mitad de esa risa, saboreándola; su mano se apretó en la cintura de ella, Rose se presionó más cerca y el beso se hizo más profundo. Durante diez segundos se olvidó de los brazos y de la respiración y del marqués bajo el mismo techo; solo existían la boca de ella, su peso, la luz de la mañana y la grieta en el techo que nunca volvería a mirar de la misma manera.

Ella se apartó. No mucho. Con la frente apoyada en la de él. Ambos respirando con dificultad.

—Tus pulmones —dijo ella.

—Están bien.

—Tus pulmones no están bien. Estás teniendo sibilancias.

—No son sibilancias. Estoy... expresando entusiasmo.

Ella apretó los labios. Él notaba que intentaba no reírse porque la última risa casi lo mata.

—Deberíamos parar —dijo ella.

—Deberíamos.

Ninguno de los dos se movió.

—Tu padre —dijo él— va a bajar esas escaleras.

—Mi padre duerme hasta las siete.

—¿Qué hora es?

—No tengo ni idea.

—Eso no me tranquiliza.

—No estoy intentando tranquilizarte. —Ella recorrió la línea de su cuello —la camisa de dormir que alguien le había puesto, no era suya, era demasiado fina— y su dedo siguió el borde hacia abajo,

hasta donde se abría en el pecho; la piel de él se tensó bajo su tacto y su respiración se dirigió a un lugar donde definitivamente no debería ir.

—Rose. —Él le cogió la mano—. Si tu padre entra mientras haces eso, me matará. Y me lo tendré merecido. Y mis últimas palabras habrán sido sobre expresar entusiasmo.

Ella retiró la mano. Se incorporó. Tenía el pelo hecho un desastre y el rostro encendido; era lo más hermoso que él había visto jamás, y él tendría que sentarse frente a su padre en algún momento del día sabiendo exactamente a qué sabía su boca a las siete de la mañana.

—Debería irme. —Bajó las piernas de la cama— Antes de que alguien...

—Rose.

Ella se giró. Él le cogió la mano. La quemada; las vendas se sentían ásperas contra sus dedos.

—Te quiero. —Lo dijo como decía las cosas que importaban: en voz baja, directa, sin armaduras—. Debería haberlo dicho antes. Debería haberlo dicho en mi habitación en lugar de aquel discurso sobre la aritmética. Debería haberlo dicho la mañana en que pusiste el testimonio sobre mi escritorio y me quedé allí sentado como un idiota viéndote no sentarte en tu silla. —La tos amenazó con volver. Continuó hablando a pesar de ello—. Te quiero. La aritmética no cuadra y no me importa.

Ella tenía los ojos brillantes. Le apretó la mano.

—Ya era hora. —Le besó la frente—. Voy a buscar té. Tú vas a descansar. Y si mi padre pregunta dónde he pasado la noche, pienso decirle la verdad porque he terminado de fingir.

La puerta se cerró. La habitación aún estaba cálida donde ella había estado tumbada. La almohada olía a jabón de lavanda. Él tocó el lugar donde Rose había apoyado la cabeza y su pecho volvió a hacer aquello —lo que no tenía nada que ver con el humo—; se quedó allí tumbado, mirando la grieta del techo y pensando en el hecho de que Rose Sterling lo amaba, lo había dicho, lo había besado en esa cama y en ese momento estaba en alguna parte de la casa contándole a su padre la verdad. Era el hombre más afortunado

de Manchester o el más condenado, y posiblemente ambas cosas a la vez.

La puerta volvió a abrirse. No era Rose, sino Sean O'Connor, con el estetoscopio en la mano y aspecto de hombre que tenía sitios donde estar y pensaba ser eficiente al respecto.

—No hace falta que se incorpore por mí. —Sean retiró la colcha y presionó el estetoscopio contra el pecho de Samuel. Estaba frío. Samuel se estremeció—. Inspire. Todo lo profundo que pueda.

Samuel inspiró. La tos lo asaltó al final de la inhalación, pero no llegó a estallar.

—Otra vez.

Respiró de nuevo. Sean escuchó. Movió el estetoscopio. Volvió a escuchar. Desenrolló las vendas de su brazo izquierdo, examinó las quemaduras —presionando suavemente los bordes, comprobando el color— y volvió a vendarlo con manos rápidas y precisas.

—Mejor que ayer. Los pulmones se están despejando. Las quemaduras curan bien, sin signos de infección. —Sean se puso derecho— Quiero que hoy se ponga de pie. Camine. Por el pasillo, por el jardín. Sus pulmones necesitan aire y movimiento, no un colchón.

—Rose se alegrará de oír eso.

—Rose ya ha sido informada. Me ha interceptado en el pasillo. —La comisura de la boca de Sean se contrajo mínimamente— Tenía opiniones que dar.

Rose reapareció diez minutos después con dos tazas de té y el aspecto de una mujer que acaba de ganar una discusión con un cirujano. Le entregó una, se sentó en la silla y sopló sobre la superficie.

—La señora Whitfield va a preparar una cena formal esta noche. Mi padre y Sean se van a Londres por la mañana. Te espero en esa mesa.

Una cena formal. Con su padre. En una mesa. Samuel se miró a sí mismo: la camisa de dormir prestada, los brazos vendados, barba de tres días. No estaba precisamente vestido para recibir visitas.

—No tengo nada que ponerme.

—El marido de la señora Whitfield dejó ropa. No te quedará perfecta, pero servirá. —Dejó el té— Samuel Holt, entraste en un edificio en llamas. Podrás manejarte en un comedor.

—El edificio fue más fácil. El edificio no tenía tenedores.

—Te sentaré al lado de Brennan. Ninguno de los dos sabrá qué tenedor usar y podréis resolverlo juntos. —Dejó la taza— Me voy a la fábrica. Quiero ver cómo están los niños y avisar a Brennan sobre lo de esta noche. Volveré antes de la cena.

—Dale a Nell mis...

—Le daré recuerdos de tu parte. Descansa. Camina por el pasillo. No hagas nada heroico.

El té se enfrió en sus manos. Lo bebió y pensó en sentarse a una mesa formal frente a un marqués con una camisa prestada, e intentó decidir si el terror era del tipo bueno o del malo.

La luz de la tarde estaba cambiando cuando Maggie llamó a la puerta abierta. No esperó respuesta; entró con su cuaderno de dibujo bajo el brazo y se sentó con las piernas cruzadas a los pies de la cama como si lo hubiera hecho toda la vida. Tenía la mandíbula de Rose y un colorido más claro, y una energía que llenaba las estancias de forma distinta a la eficacia de Rose: más ruidosa, más cálida, menos organizada.

—He estado dibujando tu fábrica —dijo ella.

—Mi fábrica.

—Y la escuela. Y a los niños. Y Manchester en general. La luz es... ¿sabes lo que el humo del carbón le hace al atardecer? Vuelve todo el cielo de color ámbar. Londres no hace eso. Londres simplemente se vuelve gris. —Abrió el cuaderno—. Quiero enseñarte algo.

Pasó varias páginas: el jardín de los Whitfield, el perfil de la ciudad desde la ventana del salón, un boceto rápido de la señora Aldridge dormida sobre su novela. Luego se detuvo.

—Esta es la escuela.

El dibujo era pequeño y preciso. La habitación estrecha. La mesa baja. Las pizarras en la pared. Y los niños; cuatro, cinco, seis de ellos, apretujados en el banco, con las cabezas inclinadas sobre algo que él no alcanzaba a distinguir bien.

—Brennan me dejó sentarme en el rincón. A los niños no les importó. Creo que pensaron que yo era rara. —Esbozó una sonrisa —. Nell me enseñó su pizarra. Ha escrito su nombre treinta veces por un lado y ha empezado por el otro.

—Treinta veces. —Algo se le apretó en la garganta—. Buena chica.

Maggie pasó la página. —Esta es Polly.

Una niña en la mesa, con un libro de lectura abierto delante, siguiendo una línea con el dedo. Había concentración en cada centímetro de ella: el ceño fruncido, la lengua entre los dientes.

—Leyó una frase completa mientras yo estaba allí. Rose casi llora.

—Rose no llora.

—Rose llora cuando cree que nadie la mira. Créeme. Llora. —Maggie pasó otra página—. Esta es mi favorita.

Rose. En el suelo de la escuela. Niños a su alrededor: uno a cada lado, uno en su regazo, dos más asomándose. Sostenía un libro abierto y leía de él, y su rostro estaba... Samuel miró el dibujo durante largo rato. No tenía palabras para lo que Maggie había plasmado. Alegría, tal vez. O propósito. O eso que ocurre cuando una persona encuentra el lugar donde siempre debió estar y aún no lo sabe.

—Se parece a nuestra madre —dijo Maggie en voz baja—. Mamá solía sentarse así en el suelo del orfanato. Yo era demasiado pequeña para recordarlo bien, pero padre tiene un cuadro. Rose en tu escuela se parece exactamente a ese cuadro.

Samuel tocó el borde de la página. Los trazos de lápiz del rostro de Rose. Los niños apoyados en ella.

—¿Puedo quedarme con este?

Maggie lo miró. Lo que vio la hizo sonreír.

—Es tuyo.

Lo arrancó con cuidado del cuaderno y se lo entregó. Él lo sostuvo. Ninguno dijo nada.

—Ahora —dijo ella, bajando las piernas de la cama—, Rose me dice que te preocupa la cena. No lo estés. A mi padre le caes bien. Le dijo a Sean que tenías agallas, que es el mayor cumplido que

hace. Solo no vuelvas a llamar hermosa a Rose mientras estés sentado frente a él. Una vez fue encantador. Dos sería tentar a la suerte.

—Estaba bajo los efectos de las drogas.

—Estabas siendo honesto. Hay una diferencia. —Se metió el cuaderno bajo el brazo— A las siete. No llegues tarde.

La puerta se cerró. Samuel se quedó sentado con el dibujo en las manos. Rose en el suelo con los niños a su alrededor. El polvo de tiza en sus dedos. El rostro que Maggie había dibujado: abierto, desprotegido, iluminado desde algún lugar interior.

Lo apoyó contra la lámpara de la mesilla de noche. Luego se puso en pie —con cuidado, con las piernas inseguras y los pulmones protestando por el esfuerzo— y caminó hacia la ventana.

El jardín estaba verde y tranquilo. Más allá del muro, Manchester: las chimeneas de las fábricas, el humo, la luz ámbar que Maggie amaba y Rose luchaba por cambiar. En algún lugar de allí fuera su fábrica estaba en marcha y Rose estaba sentada en el suelo de una escuela leyendo a niños que no eran suyos, y el mundo estaba cobrando una forma que él no había pedido y no sabía cómo sostener.

Esta noche se sentaría a una mesa con plata y cristal y un marqués y la mujer a la que amaba. Con una camisa prestada. Con los brazos vendados. E intentaría parecer que pertenecía a ese lugar.

No estaba seguro de que fuera así. Tampoco estaba seguro de que eso ya importara.

CAPÍTULO 18

—No puedes ponerte esa camisa.

—Es la única que tengo.

—Es la única camisa que ha dejado el señor Whitfield; te queda dos tallas grandes y pareces un niño con la ropa de su padre. —Rose caminó a su alrededor, evaluando los daños. Samuel estaba en medio de la habitación azul con los pantalones prestados del señor Whitfield y una camisa que se hinchaba en sus hombros como una vela.—Quítatela.

—Me has dicho que me la pusiera.

—He cambiado de opinión. —La señora Whitfield había dejado varias cosas en el armario: una segunda camisa, una chaqueta que olía ligeramente a cedro y un chaleco. Gris oscuro. Sencillo—. Esto encima de la camisa. Ajustará la tela. Y remángate los puños; las mangas son demasiado largas y vas a tirar el vino.

—Me estás vistiendo.

—Estoy evitando un desastre —sostuvo el chaleco—. Los brazos.

Él los levantó —con cuidado, pues las quemaduras aún estaban sensibles bajo los vendajes— y ella le deslizó el chaleco por los hombros y lo abrochó. Tres botones. Notaba sus dedos contra el pecho a través del lino: el calor de su piel, el ritmo de su respiración alterándose bajo sus manos, la forma en que se le contraía el estómago cuando sus nudillos rozaban por debajo del segundo

botón. Él no le quitaba los ojos de la cara. Ella mantuvo los suyos fijos en los botones, porque si levantaba la vista iba a besarlo, no tenían tiempo y su padre estaba abajo.

El tercer botón. Sus dedos demoraron medio segundo más de lo que requería el abrochado. A él se le entrecortó el aliento.

—Ya está. —Su voz era firme. El resto de ella, no.

La camisa prestada desapareció bajo el chaleco. Los hombros. La cintura. La forma en que lo estilizaba, lo definía. Volvía a parecer él mismo —y ella deseó desabrochar cada botón que acababa de cerrar—.

—Remángate los puños.

Él se los remangó. Se veían las vendas de sus antebrazos —lino blanco contra su piel— y los bordes de las quemaduras asomaban por encima del vendaje. Él se las miró. La miró a ella.

—No puedo ocultar esto.

—No lo ocultes —ella le enderezó el cuello—. Te hiciste eso sacando a niños de un edificio en llamas. Si a alguien en esa mesa le molestan tus vendajes, que se las vea conmigo.

El comedor estaba caldeado por las velas y lucía el mejor lino de la señora Whitfield. Plata que captaba la luz. Cristal que tintineaba cuando Rose apoyaba su copa con demasiada firmeza, algo que hizo dos veces porque Maggie la hacía reír y Rose nunca había sido delicada con la cristalería.

La mesa estaba llena. Su padre presidía la cabecera, hablando con el señor Whitfield sobre el horario del ferrocarril de London and North Western; al parecer, los trenes eran un tema seguro para los marqueses. Sean al lado de Maggie, paciente y tranquilo, respondiendo a sus preguntas sobre técnica quirúrgica mientras Maggie esbozaba algo en el reverso de una tarjeta de menú. La señora Whitfield supervisaba el servicio, radiante. La señora Aldridge en su rincón habitual, comiendo cordero asado con visible satisfacción.

Y Brennan. En el extremo opuesto. Con una chaqueta del mismo armario que ella había saqueado para Samuel; se la había enviado esa tarde. Sostenía el tenedor como lo sostenía todo: con cuidado, observando lo que Rose hacía con el suyo antes de decidirse.

Samuel estaba sentado frente a ella. Los puños remangados. Las vendas. El rostro que ella había observado durante días: en el sueño, en el dolor, a la luz de las velas, por la mañana cuando le había dicho que la amaba y lo decía de verdad.

Parecía que llevara sentado a mesas como esa toda la vida. No era así. Y ella lo amaba por ambas cosas.

—El resquicio legal de los relevos —dijo su padre, dirigiéndose a Samuel— es la parte que menos entiendo. Explíquemelo.

Samuel dejó el tenedor. —La ley limita las horas por trabajador. No por máquina. Así que Cartwright —o cualquier propietario— hace trabajar a los niños en turnos de relevo. El equipo de la mañana trabaja seis horas. El segundo equipo entra por la tarde. El equipo de la mañana regresa por la noche. Técnicamente, ningún niño trabaja más de diez horas consecutivas. Pero el niño trabaja doce horas al día y la máquina nunca se detiene.

—Y esto es legal según el proyecto de ley propuesto.

—Tal como está redactado, sí. El proyecto limita la jornada laboral pero no aborda la rotación de turnos. Sin disposiciones de transición que exijan el funcionamiento de un solo turno, la ley da a los propietarios exactamente lo que necesitan: una ley que pueden seguir al pie de la letra y violar en espíritu.

Nathaniel miró a Rose. —Escribiste esto en el testimonio.

—Página nueve. Pero escucharlo de boca de un hombre que vio cómo sucedía es distinto a leerlo en un informe.

—Por eso debería estar en Londres en lugar de...

—Deberías estar en esa silla. —Rose mantuvo un tono ligero—. Comiendo el cordero de la señora Whitfield. Que está excelente, señora Whitfield.

—Gracias, señorita Sterling.

—Estás desviando el tema —dijo Samuel.

—Estoy elogiando el cordero.

—Estás desviando el tema elogiando el cordero.

—El cordero está realmente muy bueno.

Maggie levantó la vista de su tarjeta de menú. —Hace eso. Siempre que alguien se acerca a un punto que no quiere tratar, elogia lo primero que tiene a mano. El año pasado por Navidad le

dijo al vicario que sus ornamentos eran preciosos para evitar discutir si asistiría al baile de la parroquia.

—Sí que asistí al baile de la parroquia.

—Asististe durante once minutos. Los cronometré.

—Once minutos muy productivos.

Samuel sonreía. La sonrisa que le dedicaba cuando ella se comportaba tal como era y a él le resultaba... ¿qué? Gracioso. Enfurecedor. Irresistible. No podía saberlo desde el otro lado de la mesa y no necesitaba hacerlo, porque las tres cosas convivían en la misma expresión.

—Lord Clarendon. —La voz de Brennan llegó desde el extremo de la mesa. Todos se giraron—. He trabajado para el señor Holt desde que abrió la fábrica. Siete años. Y quiero que sepa... —Se detuvo. Empezó de nuevo—. Lo que la señorita Sterling escribió en ese testimonio. Sobre la escuela y los salarios y cómo dirige el taller. Eso no son números. Eso es lo que veo cada día. Eso es lo que él construyó.

El lápiz de Maggie se detuvo. Su padre bajó el tenedor.

—Brennan... —comenzó Samuel.

—No he terminado —Brennan tenía la mandíbula tensa—. Preguntó usted por el sistema de relevos. Yo trabajé bajo ese sistema. En lo de Cartwright. Cuando tenía diez años. Turno de mañana, y luego vuelta a las cinco. Catorce horas algunos días, y Cartwright firmaba el registro diciendo que eran ocho. —Miró a Samuel—. El señor Holt me dio un trabajo que me permitía dormir por la noche. Eso no está en el testimonio. Pero debería estarlo.

Rose observó a su padre. Su rostro estaba impasible. El tenedor apoyado, el vino sin tocar. Estaba archivando aquello; ella conocía esa expresión de la Cámara de los Lores.

—Señor Brennan —dijo Nathaniel—. ¿Estaría dispuesto a poner eso por escrito? Con sus propias palabras. Puedo presentar un testimonio personal junto al informe de inspección.

Brennan miró a Samuel. Samuel le devolvió la mirada. Lo que fuera que pasó entre ellos fue algo privado y ella dejó que así fuera.

—Lo escribiré esta noche —dijo Brennan.

—Rose. —La voz de Samuel era baja—. ¿Podrías revisarlo antes de que se envíe? Para asegurar que el lenguaje para el comité sea el correcto.

Ella lo entendió. —Por supuesto.

Maggie tiró el salero al intentar alcanzar el pan. La boca de la señora Whitfield se apretó; era la segunda vez esta semana. Sean le explicaba algo sobre la recuperación pulmonar a su padre, haciendo que pareciera algo tan cotidiano como el tiempo. La señora Aldridge captó la mirada de Rose desde el otro lado de la mesa y enarcó una ceja. Opiniones. Más tarde.

Samuel discutía con su padre sobre los fondos de transición. Tenía las mangas remangadas. Sus antebrazos vendados descansaban sobre el buen lino de la señora Whitfield y la luz de las velas bañaba el perfil de su mandíbula, y su padre estaba inclinado hacia delante —realmente inclinado— como hacía cuando alguien en los Lores decía algo que merecía la pena escuchar. Maggie dibujaba en una tarjeta de menú. Brennan se reía de algo que había dicho Sean. El vino era bueno y el cordero aún mejor, y cada persona en esa mesa era alguien a quien amaba o estaba aprendiendo a amar.

Deseaba eso. Todo aquello. Tanto que dolía.

—Rose. —El codo de Maggie le dio en las costillas—. Te has quedado embobada.

—No me he quedado embobada.

—Le miras como si fuera un informe parlamentario que estás a punto de memorizar.

—Eso no es...

—Es exactamente así. Salvo que los informes parlamentarios no te devuelven la sonrisa. —Maggie se acercó—. Es maravilloso, Rose. La forma en que habla de esos niños. ¿Y has visto su cara cuando Brennan ha dicho eso? ¿Lo del trabajo que le permitía dormir?

Rose lo había visto. El rostro de Samuel mientras Brennan hablaba: el movimiento de su mandíbula, el parpadeo rápido, la forma en que miraba su plato. No era vergüenza. Era algo para lo que no tenía nombre. Algo que no estaba acostumbrado a recibir.

—Sí —dijo Rose—. Lo he visto.

—Le quieres.

—Ya te lo dije.

—Lo sé. Es que me gusta oírte decirlo. Se te pone esa cara. —Maggie sonrió—. La General, conquistada.

—Nadie ha conquistado nada.

—No necesita conquistarte. Solo necesita estar presente. —Maggie recogió el salero que había volcado—. Y lo está. Con un chaleco que tú misma le has abrochado. Que lo he visto, por cierto.

—Se suponía que estabas dibujando.

—Estaba dibujando. Puedo dibujar y observar al mismo tiempo. Es un don.

Rose le dio una patada por debajo de la mesa. Maggie se la devolvió.

La velada pasó del comedor al salón sin que nadie decidiera el traslado; sillas que se apartan, voces que fluyen. Rose extendió los documentos del testimonio sobre el escritorio de la señora Whitfield y guio a su padre a través del comité.

—Lord Ashley lo defenderá. Lleva luchando por la reforma de las fábricas desde antes de que yo naciera. Lord Brougham se opondrá; representa los intereses de los dueños de las fábricas. Si cuestionan las pruebas de ventilación, remítelos al informe de Sean. Si preguntan por qué el testigo no está presente...

—Se lo diré —Nathaniel cogió el maletín—. Un hombre que entró en un edificio en llamas para salvar niños no necesita demostrar su credibilidad arrastrándose hasta Londres con los pulmones dañados.

—Y Padre...

—Elsie Harmon. Nueve años. Recolectora de residuos —sostuvo la mirada de su hija—. Diré su nombre.

Rose sintió un nudo en la garganta y no pudo responder.

—¿Te irás en el primer tren? —le preguntó Rose.

—A las seis. Estaré en Londres por la tarde. El comité se reúne a la mañana siguiente.

—¿Y Maggie?

—Maggie —dijo Maggie desde el asiento de la ventana—, se queda. Manchester aún no ha dejado de ser interesante.

Su padre miró a su hija menor. Miró a Rose. Decidió que no era buena idea discutir con dos mujeres Sterling en la misma semana.

La sala se fue vaciando, como ocurre al final de las veladas largas. Los Whitfield. Brennan con Maggie; ella se había ofrecido a ayudarle con su testimonio antes de que Rose pudiera hacerlo, y Brennan había aceptado con una mezcla de desconcierto y gratitud. La señora Aldridge se despidió con una mirada significativa a Rose que decía claramente que tendrían que hablar largo y tendido sobre esta semana.

—Debería examinarle antes de marcharme —le dijo Sean a Samuel—. Por la mañana iré con prisas.

—¿Ahora? ¿Aquí?

—Aquí está bien. Menos escaleras para usted. —Sean miró a Rose—. Dame diez minutos.

Su padre le tocó el codo y salieron al pasillo. La puerta del salón se cerró tras ellos.

Su padre se apoyó contra la pared. Cansado. Cercano. Tenía algo que decir.

—Es un buen hombre, Rose.

—Lo sé.

—También es testarudo y orgulloso, y está convencido de que no te merece. También lo sabes.

—También lo sé.

—Me casé con tu madre porque era la persona más extraordinaria que jamás había conocido. No porque fuera conveniente. Ni porque la sociedad lo aprobara. —Se irguió—. Tienes buen juicio, Rose. Lo has tenido desde que tenías tres años y reorganizaste el cuarto de los niños. Si has elegido a este hombre, confío en la mujer que lo ha elegido. —Esbozó una media sonrisa—. Aunque se dirija a marqueses mientras está tumbado y drogado.

—Padre.

—Me voy a la cama. Mañana el tren sale temprano. —La besó en la frente—. Estoy orgulloso de ti. Por todo. Por la inspección, el testimonio, el incendio y por ese hombre. Tu madre también lo estaría.

Ella no pudo responder. El nudo en su garganta se lo impedía. Apretó los labios y lo vio subir las escaleras hasta desaparecer en el

rellano; se quedó en el pasillo, respirando hondo hasta que pudo volver a tragar.

La puerta del salón se abrió. Sean salió bajándose las mangas, con su maletín médico bajo el brazo.

—Los pulmones han mejorado notablemente. La tos persistirá semanas, posiblemente meses, pero el peligro agudo ha pasado. Las quemaduras están curando bien, sin infección. —Hizo una pausa—. No hay razón médica para mantenerlo aquí. Mañana mismo puede volver a su casa.

—Es una noticia maravillosa. Gracias, Sean.

—Se recuperará del todo. En mi experiencia, ser un cabezota ayuda. —La miró como la había mirado desde que eran niños: de forma directa, con afecto y algo de preocupación—. Duerme un poco, Rose.

—He dormido.

—Has sobrevivido. No es lo mismo. —Le apretó el brazo y subió las escaleras, dejándola sola en el pasillo, frente a la puerta del salón.

Mañana su padre y Sean estarían en un tren a Londres con el testimonio. Mañana Samuel volvería caminando a la fábrica. Y ella estaría allí con él, porque ¿dónde más iba a estar?

Samuel estaba de pie junto a la ventana cuando ella abrió la puerta. El fuego del salón se había reducido a brasas. Se había quitado el chaleco —que estaba colgado en el respaldo de una silla— y la camisa prestada estaba abierta por el cuello; Rose podía ver el hueco de su garganta y recordó haberle abrochado aquella ropa tres horas antes y cómo se le había cortado el aliento bajo sus dedos.

—Sean dice que mañana puedes irte a casa.

—Lo he oído. Me lo ha dicho a mí primero.

—Es una buena noticia.

—Lo es.

Él buscó la mano de ella —la quemada, con los vendajes ásperos contra sus dedos— y entrelazó sus dedos; el calor de su palma se extendió por la muñeca de ella, que recordó la mañana de aquel día: su boca, el sonido que él había hecho cuando ella se acercó más.

—Gracias —dijo él—. Por el chaleco. Por la cena. Por todo.

—No me des las gracias.

—Te las doy.

—No lo hice para que me las dieras. —El pulgar de él trazaba una lenta línea sobre sus nudillos, lo que hacía que pensar le resultara muy difícil—. Lo hice porque te quería en esa mesa. Quería que mi padre te viera como te veo yo.

—¿Y cómo me ves?

Ella le miró. La luz de la lámpara en su rostro cansado. La mandíbula que ella había acariciado con una toallita mientras él estaba inconsciente y con su boca mientras estaba despierto.

—Como si ese fuera tu lugar —dijo ella.

Él se llevó la mano de ella a la boca y le besó los nudillos, despacio, con los labios cálidos sobre cada uno. Aquella ternura era peor que la urgencia, porque ella podía igualar la urgencia, pero aquello —su boca recorriendo sus dedos, su aliento contra su piel— la desarmaba.

—Están todos arriba —dijo ella. Su voz no parecía la suya.

—Me he dado cuenta.

—Estamos solos.

—También me he dado cuenta de eso.

El salón estaba a oscuras salvo por las brasas y una única lámpara sobre la repisa de la chimenea; su rostro estaba a medias en sombra y ella acortó la distancia entre ambos, cansada ya de distancias. Su boca buscó la de él —esta vez no fue un beso suave, ni cauteloso, ni el tierno beso de la mañana—. Era el beso que había estado reprimiendo toda la noche, durante la cena, el vino y las miradas; se lo entregó con ambas manos agarrando el cuello abierto de su camisa, con él apoyado contra el marco de la ventana y su mano sana en el pelo de ella.

Su boca sabía al vino del señor Whitfield y su piel estaba caliente bajo las palmas de ella, allí donde la camisa se había abierto, y cuando ella se apretó contra él, él emitió un sonido contra sus labios que la recorrió como una descarga. Sus dedos se apretaron en su cabello. Su otra mano —la vendada— buscó la cintura de ella y la atrajo hacia sí; el calor entre ellos no tenía nada que ver con el fuego que se extinguía.

—Rose. —Contra su boca. Una voz ronca—. Si no paramos, voy a...

—¿Qué?

—Cosas que requieren más capacidad pulmonar de la que tengo ahora mismo.

Ella se rió. Apoyó la frente contra la de él. Ambos respiraban con dificultad, con el pecho de él subiendo y bajando contra el de ella.

—Vete a la cama, Samuel.

—Ven conmigo.

—Esta noche no. —Le besó una vez más, brevemente, con los labios en la comisura de la boca—. Con mi padre arriba, no. Pero pronto.

—Pronto —su mano recorrió la línea de la mandíbula de ella—. Es una promesa, Rose Sterling.

—Es una promesa.

El paso más difícil que ella había dado jamás fue el que puso distancia entre los dos. Él se quedó apoyado contra el marco de la ventana, con la camisa abierta, el pelo revuelto y la boca aún caliente por la de ella; Rose deseaba quedarse con tal intensidad que sentía algo desgarrarse entre sus costillas.

—Buenas noches, Samuel.

—Buenas noches, Rose.

Subió a su habitación y se acostó en una cama que le pareció demasiado grande y fría; se presionó los labios con los dedos, allí donde él la había besado, y sonrió como una idiota mirando al techo.

Samuel Holt con un chaleco que ella le había abrochado, discutiendo con su padre sobre las disposiciones de transición sin un ápice de sumisión. Brennan levantándose en una cena y obligando a un marqués a escuchar. Maggie dándole patadas por debajo de la mesa. Su padre en el pasillo diciéndole que estaba orgulloso. Y la boca de Samuel sobre la suya en el salón a oscuras, su mano en su pelo, su voz ronca contra sus labios diciendo: *«Ven conmigo»*.

Pronto.

Tumbada de lado, con la colcha subida, pensó en lo que vendría después. Samuel de vuelta en la fábrica. La escuela llena de niños que necesitaban algo más que un armario y una caja de tiza. Ella

podía hacer algo al respecto: tenía contactos, tenía el nombre de su padre, tenía ideas que ya empezaban a organizarse en columnas y listas, como siempre hacían sus pensamientos. Una escuela de verdad. Financiada adecuadamente. Con el personal adecuado. Para Nell, para Polly y para cada niño de Ancoats que mereciera una oportunidad de aprender letras y números y una vida que no empezara y terminara en el taller de una fábrica.

Manchester. Con Samuel. Esa era la vida que quería.

La cama estaba demasiado fría sin él. Mañana le acompañaría de vuelta a la fábrica, se sentaría en la silla que había arrastrado por su patio y empezaría a planificar el resto de sus vidas, porque Rose Sterling nunca se había topado con un futuro que no fuera capaz de organizar.

Se quedó dormida con una sonrisa.

CAPÍTULO 19



El trayecto desde la casa de los Whitfield hasta Bengal Street llevaba veinte minutos. Calles limpias que pasaban a ser de adoquines y luego de ladrillo oscurecido por el hollín; y, a mitad de camino, las fábricas: su olor, polvo de algodón y humo de carbón, volviéndose más denso a cada paso.

Rose caminaba a su lado. Le había dicho a la señora Aldridge que no necesitaba carabina para acompañar a un hombre a su propia fábrica, a lo que la señora Aldridge había enarcado una ceja respondiendo: —A estas alturas, señorita Sterling, creo que la carabina es un mero trámite—, y había vuelto a su novela.

Rose no paraba de hablar. El aula necesitaba una pizarra de verdad; la que Brennan había clavado en la pared se estaba agrietando. La lectura de Nell iba por delante de los silabarios que tenían. Los hijos de los Cartwright se estaban adaptando, pero dos de ellos se sobresaltaban con los ruidos fuertes y uno no quería acercarse a la puerta de la sala de hilado. Tenía ideas al respecto. Tenía ideas sobre todo.

—Una maestra cualificada —decía—. No la señorita Ogden; la señorita Ogden es maravillosa, pero es una trabajadora de la fábrica, no una instructora. Alguien formado. Podría escribir a las escuelas parroquiales de Londres y encontrar...

—Rose.

—... a alguien con experiencia en niños más pequeños, específicamente. Los silabarios son demasiado avanzados para los pequeños de los Cartwright, necesitan...

—Rose. Ve despacio.

Ella lo miró. Sonriendo. La mañana era fresca y gris; vestía el sencillo vestido de algodón que la señora Garrow le había dado y llevaba el pelo recogido con descuido. Estaba más radiante que nunca. No era la General. No era la inspectora con el cuaderno. Era solo Rose, caminando por Manchester, proyectando una escuela.

—Estoy emocionada —dijo—. Tengo derecho a estar emocionada.

—Eres aterradora.

—Eso mismo dijiste la primera mañana que arrastré una silla a tu despacho.

—Era verdad entonces. Y es verdad ahora.

Ella se agarró de su brazo. Su mano sobre la manga. Su peso: ligero, seguro, posesivo. Como si siempre hubiera caminado a su lado. Como si su lugar estuviera en esa calle de esa ciudad, junto a ese hombre.

La fábrica apareció a la vista. El patio. La entrada. Los trabajadores del turno de mañana saludaban con la cabeza al paso de Samuel; algunos sonreían, otros se tocaban la gorra. Mary Marsh esperaba en el pasillo con una expresión que indicaba que había estado preocupada y que ahora iba a fingir que no lo había estado.

—Señor Holt. Me alegra ver que ya se mantiene en pie.

—Me alegra estar en pie, Mary.

—Los libros de contabilidad están en su escritorio. Brennan los ha puesto al día, pero le advierto que su caligrafía es un desastre.

—Su caligrafía siempre ha sido un desastre.

—Cierto es. —Mary miró a Rose. Luego volvió a mirar a Samuel. Se le movieron los labios en un amago de sonrisa—. Señorita Sterling. Hay té en el despacho.

—Gracias, señora Marsh.

Su despacho olía igual: a algodón y tinta y, bajo estos aromas, el rastro más sutil del jabón de lavanda de Rose que se aferraba al cojín de la silla que ella había arrastrado por el patio. La silla seguía

al lado equivocado del escritorio. Los libros de Brennan estaban apilados en orden.

Rose puso la mano sobre el escritorio. Deslizó los dedos por la superficie. Ya no estaba inspeccionando. Estaba recordando.

—Debería ir a ver cómo va el aula. —Se volvió hacia él—. Le prometí a Nell que le traería un silabario nuevo. Y quiero ver a los niños Cartwright; Brennan ha dicho que el más pequeño volvió a hablar ayer.

—Ve.

—Volveré en una hora. —Le dio un beso: rápido, cálido, con la mano en su mandíbula—. No te esfuerces demasiado. Sean ha dicho que caminaras, no que dirigieras una fábrica.

—Voy a estar sentado a un escritorio.

—Eres Samuel Holt. En diez minutos estarás dirigiendo la fábrica y los dos lo sabemos.

Se oyeron sus pasos en el pasillo. El sonido se fue desvaneciendo. Los ruidos de la fábrica llenaron el espacio que ella había dejado: los telares, las lanzaderas, el ritmo sobre el que había construido su vida.

Se sentó a su mesa. Abrió un libro de contabilidad. Lo cerró. Volvió a abrirlo. Los números estaban bien. La letra de Brennan era, como Mary había advertido, espantosa. Todo estaba en orden. La fábrica funcionaba. El mundo que él había construido estaba exactamente donde lo había dejado.

Debería subir. Deshacer el equipaje. Dormir en su propia cama por primera vez en días. Ponerse su propia ropa, no los pantalones del señor Whitfield y una camisa prestada, sino sus propias cosas, colgadas en un armario que no olía a cedro.

Las escaleras de sus habitaciones eran tan estrechas que sus hombros casi rozaban ambas paredes. Las había subido diez mil veces. Sus pulmones se quejaron al sexto escalón; se detuvo, respiró y siguió adelante, porque Samuel Holt no se detenía en las escaleras.

Abrió la puerta y el incendio de Cartwright lo estaba esperando.

No era el olor familiar de la fábrica —polvo de algodón y carbón, los aromas con los que había convivido años—. Esto era acre y

químico, el olor de un edificio que se había quemado con gente dentro. Se había filtrado por los ladrillos mientras él estaba en casa de los Whitfield, se había asentado en el yeso y la madera y la manta de su cama. Se hallaba en un umbral que olía al incendio que mató a Elsie Harmon.

Su cama era estrecha. Ya lo sabía; había dormido en ella durante seis años. Pero algo en esas tres noches en una habitación de invitados con vistas al jardín y una colcha de flores hacía que el fino colchón y la manta de lana parecieran lo que eran: la cama de un hombre que nunca había esperado que nadie más durmiera en ella.

El escritorio era más pequeño que el de abajo. Un cabo de vela, un libro de contabilidad y la pluma que Rose había cogido la noche que vino aquí, la noche que él la besó y le dijo que la aritmética no cuadraba. Una única silla arrimada a él. Ninguna mesa. Se había dicho años atrás que compraría una mesa de verdad cuando la fábrica diera beneficios. Los beneficios se habían ido en tiza, silabarios y la puerta de un aula.

Por la ventana se veía lo que quedaba de la fábrica Cartwright. Vigas ennegrecidas contra el cielo. El esqueleto de un edificio donde Elsie Harmon había muerto en el tercer piso.

Un hervidor, una palangana, un espejo agrietado. Todo lo que poseía cabía en cuatro paredes que olían al incendio de otro.

Anoche se había sentado a una mesa con candelabros de plata y copas de cristal, con cuatro platos de cordero asado y vino que sabía a algo de otro país. Rose había estado frente a él a la luz de las velas y su padre —el marqués de Clarendon— había presidido la mesa hablando de ferrocarriles como si los ferrocarriles fueran algo de lo que se habla entre el pescado y la carne. Maggie había volcado el salero. Brennan había observado a Rose para saber qué tenedor usar. La señora Whitfield había servido en una porcelana que probablemente tenía nombre de patrón, historia y un lugar en una vitrina con llave.

Y Samuel había sentido que pertenecía allí.

Miró la manta manchada de humo. El cabo de vela. La única silla. Cada detalle de esa cena regresó, no como calor, sino como medida. La plata. El cristal. El mantel de lino. La naturalidad con la que Rose

había levantado una copa de vino que costaba más que todo lo que había en esa habitación.

Puso la mano en la pared. Yeso frío. Humedad. Apestando a un incendio que había matado a tres personas. Esto era lo que le ofrecía a la hija de un marqués.

Su mano se cerró en un puño contra el yeso.

La amaba. La amaba más de lo que había amado nada; más que a la fábrica, más que al aula, más que a la versión de sí mismo que se había adentrado en el fuego de Cartwright porque no podía quedarse de brazos cruzados mientras los niños se quemaban. Amar a Rose Sterling era lo más grande, lo mejor y lo más aterrador que había hecho jamás.

Y se iba a detener.

No iba a dejar de amarla. No podría hacer eso más de lo que podría impedir que sus pulmones aspiraran aire. Pero iba a dejarla marchar. Porque el amor sin una mesa no era más que un hombre pidiendo a una mujer que se encogiera. Y Rose Sterling no se encogía. Rose Sterling se expandía: llenaba comités, patios de fábricas y la ciudad entera de Manchester, y él no iba a ser la cama estrecha y la pared manchada de humo que la contuviera.

La decisión se asentó en él de la forma en que siempre lo hacían sus decisiones: de manera silenciosa, completa, como una puerta que se cierra donde nadie puede oírla.

Se sentó en su única silla y esperó a que ella volviera.

Oyó sus pasos en la escalera: ligeros, rápidos, subiéndolos de dos en dos por lo que parecía. Estaba tarareando algo. Rose Sterling tarareaba en una escalera de Ancoats y no tenía ni idea de lo que la esperaba arriba.

—¿Samuel? —La puerta estaba abierta. Entró sonriendo—. Nell ha escrito una frase completa hoy. Una frase entera: *el gato se sentó en la alfombra*. Sé que no es Shakespeare, pero tendrías que haberle visto la cara, estaba tan...

La sonrisa se atenuó. No desapareció, se atenuó. De la forma en que una llama vacila cuando alguien abre una puerta y deja entrar el

frío.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Siéntate.

—Solo hay una silla y estás tú en ella.

—Toma la silla.

—Samuel, ¿qué ha pasado?

—Toma la silla. —Ya estaba de pie antes de terminar la frase. Ella no se movió. Estaba de pie en medio de su habitación —la habitación estrecha, la habitación manchada de humo— mirándole a la cara. Leyéndolo. Él pudo ver el momento exacto en que ella comprendió lo que estaba ocurriendo porque el color abandonó sus mejillas y abrió y cerró la boca una y otra vez.

—Tienes que irte a Londres.

—¿Qué?

—La audiencia es mañana. Tu padre presentará el testimonio, pero te necesita a ti. El comité conoce tu nombre. Tu informe de inspección tiene peso. Y Elsie Harmon... —Se le quebró la voz al pronunciar el nombre. Se aclaró la garganta—. Elsie Harmon merece todas las voces que quepan en esa sala.

—No me voy a Londres.

—Rose...

—No voy a dejarte. Ya hemos tenido esta conversación. Te dije...

—Mira esta habitación.

Las palabras salieron más duras de lo que pretendía. La vio mirar —mirar de verdad— y luego volver a mirarlo a él. Su rostro cambió.

—Esto es lo que tengo. —Tenía la mandíbula tensa. Tenía la garganta apretada. Todo en su interior se mantenía unido por pura fuerza de voluntad, porque si se dejaba llevar iba a decir algo como *quédate* y no podía decir que se quedara—. Tu padre tiene una casa en Mayfair. Creciste con plata y lino y mesas con mantel. Y yo estoy aquí pidiéndote que...

—¿Pidiéndome qué? ¿Que viva? ¿Que sea feliz? ¿Que te ame?

—Pidiéndote que renuncies a todo por una habitación encima de una fábrica de algodón.

—No me importa la habitación.

—Debería importarte.

—No me importa. Me importas tú. Me importan los niños de abajo y el aula y el trabajo que estamos haciendo, y me importa despertarme a tu lado. Y no me importan los candelabros de plata, Samuel, en mi vida me han importado...

—Nunca has tenido que hacerlo. —Hablaba en voz baja—. Nunca has tenido que preocuparte por esas cosas porque siempre las has tenido. No te fijas en la mesa porque siempre ha habido una mesa. No te fijas en el lino porque siempre ha habido lino. —Le sobrevino la tos. Le dio la espalda. Esperó a que pasara. Saboreó la ceniza—. Te darás cuenta cuando no estén.

—No me digas de qué me daré cuenta.

—Te digo lo que sé.

—Me dices a qué tienes miedo. No es lo mismo.

Él cerró los ojos. Tenía razón. Ella tenía razón y no importaba, porque el humo de las paredes también tenía razón.

—Rose. Te amo. —Las palabras salieron raspando su garganta—. Te he amado desde que arrastraste una silla por el patio de mi fábrica a las seis de la mañana y te sentaste en ella como si hubieras construido el lugar. Y te digo —porque te amo— que no puedo pedirte que vivas en esta habitación. No puedo ver cómo renuncias a Londres y a tu familia y al Parlamento y a todo lo que has construido por un hombre que no tiene ni mesa. No te haré eso. Preferiría... — Se le rompió la voz. Se recompuso—. Preferiría perderte a verte mermar.

—Mermar. —La palabra cayó entre ellos como una piedra—. Crees que amarte me haría de menos.

—Creo que esta habitación te haría de menos.

—Esta habitación es una habitación, Samuel. Cuatro paredes, una ventana y una cama. No te amo por tus habitaciones. No te amo por tu mesa ni por la falta de ella. Te amo porque construiste un aula en un armario y enseñaste a una niña a escribir su nombre y corriste hacia un incendio porque no podías quedarte de brazos cruzados. Y estás aquí parado diciéndome que eso no cuenta porque no puedes permitirte el lino.

—No se trata del lino...

—Se trata exactamente del lino. Y de la plata. Y de los manteles. Y de cada medida que has estado usando desde la noche en que me besaste y decidiste que yo era demasiado cara. —Le temblaba la voz. Se esforzaba por mantenerla firme y él podía notar el esfuerzo, lo cual lo estaba matando—. Mediste la distancia entre nosotros y decidiste que era demasiada; te equivocaste entonces y te equivocas ahora, y estoy tan cansada de verte equivocarte de esta manera.

—Rose...

—No. —Tajante. Definitiva—. He estado al lado de tu cama durante dos días. Te he quitado el hollín de la cara y te he sostenido en tus ataques de tos y me he tumbado a tu lado en una cama en casa de otra persona con mi padre bajo el mismo techo. Le he dicho a mi padre que te amo. Se lo he dicho a tu capataz y a mi hermana y a cualquiera que quisiera escucharme. He hecho todo lo que sé hacer. —Se le quebró la voz. Una sola vez. La contuvo—. Y tú me dices que no es suficiente.

El silencio que siguió fue el peor sonido que él había escuchado jamás.

—Habría vivido en esta habitación contigo. —Ahora hablaba en voz baja. Despojada de todo excepto de la verdad—. Habría sido feliz aquí. Con el humo y la silla y la cama. Habría sido feliz, Samuel.

Él no podía hablar. Tenía la mandíbula bloqueada. Sus manos eran puños a los costados y sus ojos escocían; se aferraba a su decisión con todo lo que tenía porque si cedía —si abría la boca y decía *quédate*— ella lo haría. Ella se quedaría. Y él vería cómo se consumía.

—No puedo obligarte a creer que mereces ser amado. —Ella lo miraba y él podía verlo en su rostro: ya no era ira. Era algo peor. El momento en que una persona deja de luchar—. Lo intenté. Dios sabe que lo intenté.

Salió de la habitación.

Se marchó. Firme. Con la espalda recta. Sus pasos en las estrechas escaleras: cada uno un sonido que él iba a oír por el resto de su vida. La puerta de la fábrica que se abría. Que se cerraba.

Se había ido.

El silencio que dejó era peor que el humo.

A él le temblaba la mano. La apretó con fuerza sobre el escritorio hasta que cesó el temblor.

Bajo sus pies, los telares funcionaban. Las lanzaderas y las voces de los niños a través del suelo; la fábrica girando como siempre había girado, sin que nada de ello significara lo que significaba una hora antes.

El boceto estaba sobre el escritorio donde lo había dejado. Rose con los niños. Lo cogió y lo sostuvo, incapaz de mirarlo e incapaz de soltarlo.

Se sentó en la silla y se llevó las manos a la cabeza.

CAPÍTULO 20



—El sistema de ventilación de la fábrica de Cartwright se retiró en noviembre de 1846. La puerta de incendios trasera se tapió en diciembre para dar cabida a más telares. Ambas modificaciones quedaron documentadas en mi informe de inspección, que el comité tiene ante sí.

La voz de Rose era firme. Tenía las manos apoyadas sobre la mesa. La sala del comité estaba revestida de roble oscuro, las ventanas eran altas y estrechas, y los doce hombres sentados frente a ella escuchaban con la atención particular de quienes han sido informados de la muerte de una niña y ahora se ven obligados a hacer algo al respecto.

—La mañana del catorce de abril, se declaró un incendio en la segunda planta de la fábrica de Cartwright. La falta de ventilación creó un efecto chimenea que aceleró la propagación. La puerta trasera tapiada eliminó la única salida secundaria de las plantas superiores. Murieron tres trabajadores. Cuatro resultaron gravemente heridos. Entre los fallecidos se encontraba Elsie Harmon, de nueve años, que trabajaba como recogedora de desperdicios en la tercera planta.

Pronunció el nombre tal como su padre le había prometido que lo haría. Con claridad. Para que lo oyeran.

—Srta. Sterling. —Lord Ashley se inclinó hacia delante—. Su informe detalla amplias infracciones en las instalaciones de Cartwright. ¿Podría decirnos si estas condiciones son inusuales en las fábricas de Mánchester?

—No son inusuales, milord. Son la norma.

Un murmullo recorrió la sala. Su padre estaba en la tribuna; Rose sentía su presencia sin necesidad de mirar. Sean estaba en algún lugar detrás de él. La habían recibido en la estación esa mañana, y el rostro de su padre se había quedado gélido cuando ella bajó del tren sola.

¿Dónde está el señor Holt?

El señor Holt está en Mánchester.

Su padre no preguntó nada más. Le había mirado a la cara y lo había comprendido.

—La ley, tal como está redactada, no funcionará —oyó decir a su propia voz; una afirmación rotunda y segura, las palabras que había ensayado con Samuel en su escritorio mientras discutían sobre la redacción y dedicaban cuarenta minutos a un solo párrafo porque ninguno de los dos cedía ni una coma—. Sin disposiciones de transición, el sistema de relevos la hará inaplicable. Los niños trabajarán las mismas horas. La ley no significará nada.

Las palabras no le supieron a nada.

—Hemos revisado la página nueve —dijo la voz de Lord Brougham desde el extremo opuesto—. El comité agradece su exhaustivo trabajo, Srta. Sterling. Pero la realidad política es que este proyecto de ley tiene los votos necesarios para aprobarse tal como está redactado. Introducir enmiendas en esta etapa pondría en riesgo a toda la coalición.

—Milord, los niños a los que esta ley pretende proteger...

—El comité toma nota de su preocupación.

Rose había sostenido a una niña quemada en el patio de una fábrica. Le había lavado el hollín de la cara a un hombre. Se había sentado en una silla durante dos días observándolo respirar. Y había venido a Londres porque él le había dicho que fuera a cumplir con su deber.

Estaba cumpliendo con su deber. Pero su deber no era suficiente.

La votación se convocó a las tres y media. La Ley de las Diez Horas fue aprobada. Hubo aplausos en la tribuna. Lord Ashley estrechó la mano de su padre. Alguien dijo *histórico* y otro dijo *un hito*, y la palabra que no dejaba de dar vueltas en la cabeza de Rose era *vacío*.

Había ganado. Aquello por lo que había ido a luchar a Mánchester —la reforma para la que había redactado testimonios, por la que había discutido y por la que había organizado toda una inspección— se había convertido en ley. Y no significaba nada. El vacío legal de los relevos seguía intacto. Las disposiciones de transición habían muerto. Los niños de Cartwright volverían a trabajar bajo una nueva ley que no cambiaba nada de sus horarios ni de sus condiciones, Elsie Harmon seguía muerta y la ley que honraba su memoria no tenía fuerza alguna.

Su padre la encontró en el pasillo, a la salida de la sala del comité. Ella estaba junto a la ventana, mirando a la nada.

—Rose.

—Se ha aprobado.

—Se ha aprobado.

—Sin las disposiciones.

—Sin las disposiciones —su voz era cautelosa—. La enmienda sobre los relevos puede presentarse en la próxima sesión. Ashley está comprometido. El testimonio ya consta en acta… tu testimonio. Esto no ha terminado.

—Siento como si hubiera terminado.

Él guardó silencio. El pasillo estaba concurrido: parlamentarios, secretarios y el ajetreo habitual de una tarde en el Parlamento. Su padre se quedó a su lado y dejó que el silencio se prolongara porque era el tipo de hombre que comprendía cuándo su hija necesitaba silencio más que estrategias.

—Ven a casa —dijo él—. Tu madre te espera. Maggie ha enviado un telegrama; se quedará en Mánchester una semana más. Algo relacionado con la luz.

Mánchester. La palabra le dolió bajo las costillas. Mánchester, donde el aula estaba llena de niños y Nell escribía frases, y la fábrica

seguía en marcha, y Samuel estaba solo en algún lugar de la planta superior.

—Rose. —Su padre le puso la mano en el brazo—. Vamos a casa.

Clarendon House estaba exactamente igual que cuando se marchó. El vestíbulo con suelo de mármol y la lámpara de araña que su madre había hecho traer de Nueva York porque Amelia Sterling no aceptaba términos medios con la iluminación. La escalera con el pasamanos de caoba por el que Rose se había deslizado a los siete años, siendo atrapada por el mayordomo y librándose del castigo porque su madre se reía demasiado. El salón con los muebles buenos, los retratos y la mesa; la larga mesa del comedor con su mantel, su plata, su cristal y sus catorce sillas.

Catorce sillas. Samuel ni siquiera tenía una mesa.

Su madre la recibió en el pasillo. Amelia Sterling: alta, de pelo rubio, estadounidense de una forma que veintisiete años en Inglaterra no habían logrado alterar. Le bastó un vistazo a la cara de Rose para estrecharla entre sus brazos sin decir palabra.

Rose se dejó abrazar. Hundió el rostro en el hombro de su madre —olor a agua de rosas, lino limpio y calidez— y aquello que había contenido desde el umbral de Samuel se resquebrajó, aunque no llegó a romperse.

—Cariño —dijo la voz de su madre contra su cabello—. Tu padre me lo ha contado.

—¿Qué te ha contado?

—Lo suficiente. —Amelia se apartó un poco para mirarla. Tenía la misma mirada directa que Rose había heredado, esa que lo veía todo y no se amilanaba ante nada—. Me ha dicho que has hecho un trabajo extraordinario. Me ha dicho que la ley se ha aprobado. Y me ha dicho que el hombre al que amas es un idiota.

—No es un idiota.

—Palabras de tu padre. Yo me reservo mi opinión hasta que lo conozca.

—No lo conocerás. Él... —A Rose se le cerró la garganta. Apretó los labios—. Él no me quiere allí.

El rostro de su madre reflejó una mezcla compleja de emociones. Rabia, ternura y algo que Rose nunca le había visto dirigir a ella:

impotencia.

—Sube a tu habitación —dijo Amelia—. Descansa. Hablaremos cuando estés lista.

Su cuarto. La habitación en la que había crecido: la cama con dosel y colcha bordada, el escritorio junto a la ventana, la estantería con sus novelas de infancia y sus manuales parlamentarios unos al lado de otros. La vista sobre el jardín donde había aprendido a montar a caballo, donde Maggie había aprendido a dibujar y donde su madre plantaba rosas cada primavera.

La cama era blanda. Las sábanas estaban planchadas. Las almohadas olían a lavanda; lavanda de verdad, no el jabón barato de la palangana de la señora Garrow en casa de los Whitfield. Todo estaba limpio, hermoso y en su sitio, y ella habría dado hasta el último rincón de todo aquello por una cama estrecha que oliera a humo.

Se tumbó. La colcha bordada estaba fresca contra su mejilla.

Había testificado ante un comité parlamentario y la ley se había aprobado, pero estaba incompleta. Había amado a un hombre con todo su ser y él la había rechazado; ella también se sentía incompleta.

El sollozo surgió de un lugar que no reconoció. Profundo. Convulsivo. Hundió la cara en la almohada y se dejó llevar, porque allí no había nadie para verla, y ella solo lloraba cuando nadie miraba.

Lloró por la frase de Nell —*el gato se sentó en la alfombra*— que no estaría allí para escuchar mañana. Y lloró por la forma en que la voz de Samuel se había quebrado al decir *preferiría*, cuando dijo que preferiría perderla a ver cómo ella se convertía en menos de lo que era.

La almohada estaba empapada. Tenía el pecho vacío. El llanto no cesaba porque no le quedaban fuerzas para obligarse a parar.

Tiempo después, dejó de llorar. No porque lo hubiera decidido, sino porque su cuerpo se había agotado. Tenía el pecho hueco. La almohada estaba destrozada. La luz que entraba por la ventana había pasado de la tarde al anochecer, y ella yacía en su cama de la infancia con los ojos hinchados y sin la más mínima idea de qué

hacer a continuación. Ella siempre sabía qué hacer a continuación. Había cimentado su vida sobre esa certeza.

Su madre llamó suavemente a la puerta. Amelia se sentó en el borde de la cama, miró el rostro de su hija y no fingió que todo estuviera bien.

—Cuéntame cosas sobre él —dijo Amelia.

Y Rose lo hizo. Desde el principio. La silla que había arrastrado por el patio de la fábrica. El hombre que se había gastado cuarenta libras en tiza. El aula y los niños, y el incendio, y la vigilia, y la mañana en que se despertó a su lado, y la tarde en que le abrochó el chaleco, y el momento en que él miró su propia casa y decidió que ella merecía algo mejor.

Amelia escuchó. Cuando Rose terminó —cuando ya no quedaba nada que contar—, su madre la miró.

—¿Qué vas a hacer?

La pregunta aterrizó en el espacio vacío tras las costillas de Rose. Abrió la boca. La cerró. Lo intentó de nuevo.

—No lo sé.

Tres palabras que nunca había pronunciado en serio en toda su vida.

—No sé qué hacer. No puedo obligarlo a creer que me merece. He intentado todo lo que se me ha ocurrido y él ha mirado una habitación sin mesa y ha decidido que eso importaba más que... —su voz se debilitó—. No hay nada que pueda hacer.

Amelia guardó silencio un momento. Luego cogió la mano de Rose.

—Cariño. Quedarte aquí tumbada llorando en la almohada no va a resolver el problema —la voz de su madre era dulce y directa, y totalmente estadounidense—. Y tu padre tenía razón. El hombre al que amas es un idiota.

Rose estuvo a punto de reírse. Casi. —No es un idiota.

—Te ha echado porque no tiene una mesa de comedor. Esa es la definición de un idiota. —Amelia le apretó la mano—. La cuestión no es si te quiere. La cuestión es si se va a dar cuenta de que se equivoca antes de que ambos perdáis más tiempo siendo desgraciados.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces te darás cuenta tú por él. Eres una Sterling. Nosotras no esperamos a que los hombres recobren el sentido.

Rose miró a su madre.

—No tengo ningún plan —dijo Rose.

—No necesitas un plan esta noche. Necesitas dormir. —Amelia le besó la frente—. El plan llegará. Contigo siempre llega.

Rose se quedó tumbada en la oscuridad, mirando al techo y esperando que el plan llegara.

No llegó.

CAPÍTULO 21



Tres días sin ella y la silla seguía en el lado equivocado del escritorio.

Podría moverla. Había pensado en moverla cada mañana al bajar de sus habitaciones y sentarse al escritorio, con la silla justo allí: vacía, orientada hacia él. Podría empujarla de nuevo contra la pared, donde debía estar. Podría sacarla al pasillo. Podría quemarla.

No la movió.

Brennan entró a las siete con el informe de la mañana. Las calderas estaban funcionando. La sala de hilado estaba a plena capacidad. Dos de los niños Cartwright habían sido reclamados por unos parientes en Salford y no volverían a la escuela. El resto seguía allí.

—La señorita Ogden se va apañando —dijo Brennan—. Pero pregunta por los silabarios. Los que tenemos se caen a trozos.

—Pide más.

—¿A dónde? Rose... la señorita Sterling tenía una lista. Proveedores, precios, todo. La dejó en alguna parte, pero no soy capaz de...

—Mira en la escuela. Guardaba sus papeles en el cajón debajo del encerado.

Brennan lo miró. La mirada duró un instante de más.

—¿Qué?

—Nada —Brennan se puso la gorra—. Miraré en el cajón.

Regresó veinte minutos después con la lista de los silabarios y algo más: un montón de papeles que dejó sobre el escritorio de Samuel sin decir palabra.

—¿Qué es esto?

—Lo he encontrado en el mismo cajón. He pensado que debería verlo.

La caligrafía de Rose: precisa, inclinada, con letras pequeñas y uniformes. Un esbozo de un plan de estudios: lectura, escritura, aritmética básica, dividido en niveles por edad. Notas sobre niños individuales: *Nell: progresa con rapidez, necesita material avanzado. Polly: lee con fluidez, le cuestan los números. Thomas Harmon: no habla, responde al dibujo.*

Había estado construyendo algo. Un sistema. Un plan para cada niño de esa escuela, adaptado a las necesidades de cada uno, escrito con una letra tan precisa que parecía de imprenta.

Pasó el pulgar por el margen donde ella había anotado un precio. La tinta estaba seca. El papel no olía a nada. Hacía tres días, esas manos habían estado en su cabello en un salón a oscuras, y la boca de ella sobre la suya, y había sabido a vino y reído contra sus labios; aún sentía la forma de esa risa en algún lugar en el centro del pecho, donde ya no encajaba nada más.

Dejó los papeles de nuevo sobre el escritorio. No podía meterlos en un cajón. No podía archivarla a ella.

Intentó trabajar. Había que revisar los libros de contabilidad, firmar los pedidos de suministros, la maquinaria ordinaria de una fábrica que funcionaba independientemente de si su dueño podía concentrarse o no. Recorrió la planta, despacio, con los pulmones aún protestando, la tos menos frecuente pero presente. Los trabajadores lo saludaron. Mary Marsh trajo té. Los telares funcionaban. Las lanzaderas se movían. Todo estaba exactamente como debía estar y nada estaba bien. Ella había recorrido esa planta a su lado. Sentía su ausencia en el pasillo como se siente la falta de un diente: la lengua no deja de ir hacia el hueco, esperando algo sólido, sin encontrar nada.

A mediodía, Polly se asomó a la puerta de su oficina. Pequeña. Seria. Con su silabario apretado contra el pecho.

—Señor Holt.

—Polly.

—¿Cuándo va a volver la señorita Sterling?

La pregunta aterrizó como un puñetazo. Miró a la niña: ocho años, polvo de algodón en el pelo, sujetando el silabario que Rose le había dado como otros niños sujetan muñecas.

—No lo sé, Polly.

—Me estaba enseñando las divisiones largas. La señorita Ogden no sabe hacer divisiones largas.

—Yo te enseñaré las divisiones largas.

—Usted no se explica tan bien como la señorita Sterling.

Él casi sonrió. —No. No me explico igual.

Polly reflexionó sobre esto. Lo aceptó como un hecho. —¿Le dirá que vuelva?

—Ve a la escuela, Polly.

Ella se fue. Sintió el pecho como la mañana después del incendio: hueco, raspado. Cada hora desde que Rose había bajado aquellas escaleras había sido una lección de cuánto espacio puede dejar atrás una sola mujer.

A las dos apareció Nell. No en la puerta, sino en el pasillo, merodeando, de la misma forma que lo hacía la primera semana antes de aprender que se permitía estar en los pasillos. Alzó su pizarra. Él podía ver lo escrito desde el escritorio.

El gato se sentó en la alfombra.

Una frase completa. La primera. Se la estaba enseñando a él porque Rose no estaba allí para verla.

—Está muy bien, Nell.

Ella lo miró. Miró la silla vacía. Volvió a mirarlo a él.

—¿Dónde está la señorita Sterling?

—Está en Londres, Nell.

Nell lo sopesó. Luego se dio la vuelta y regresó a la escuela con su pizarra y su frase, y algo cedió en el pecho de Samuel que no podía nombrar ni reparar.

Se llevó las manos a la cabeza. Le ardían los ojos. Le dolía la garganta. El espacio detrás de sus costillas donde Rose había habitado durante la última semana —el espacio que había estado lleno de su voz y su risa y del peso de su cuerpo dormido contra su hombro— estaba vacío. No vacío como lo está una habitación. Vacío como queda un cuerpo cuando se le ha extirpado algo esencial, la herida no ha cerrado y uno sigue intentando alcanzar lo que ya no está.

No sabía cómo arreglarlo. Ese era el problema.

Maggie Sterling llegó a la fábrica a las cuatro con su bloc de dibujo bajo el brazo, carboncillo en los dedos y ni rastro de queja por los veinte minutos de caminata desde la casa de los Whitfield.

—Voy a dibujar el patio de la fábrica —anunció desde el umbral de la oficina—. La luz de la tarde es extraordinaria. No me hagáis caso.

—Señorita Sterling...

—Maggie. Creo que ya hemos pasado las formalidades —ya estaba inspeccionando la oficina—. ¿Está Brennan? Quiero abocetar la sala de hilado y la última vez que entré sin avisar, una mujer me tiró una bobina.

—Esa fue Mary Marsh. No le gustan las sorpresas.

—Ya me he dado cuenta. Los ojos de Maggie se posaron en la silla vacía. La miró. Luego lo miró a él. Tenía la misma mirada directa que su hermana, esa que atravesaba paredes, excusas y decisiones cuidadosamente construidas.

No mencionó el asunto. Habló sobre el patio de la fábrica, la luz y el boceto que planeaba hacer, y tras veinte minutos de conversación en los que Samuel apenas intervino, se sentó en la silla de Rose sin preguntar, abrió su bloc y empezó a dibujarlo a él.

—No hagas eso.

—Estoy dibujando. Es lo que hago. Sigue trabajando.

—No voy a quedarme aquí sentado mientras tú...

—Entonces habla conmigo. Cuéntame algo. ¿Cuánto tiempo hace que tienes esta fábrica?

Habló. Porque Maggie Sterling no aceptaba el silencio más que su hermana y porque hablar era más fácil que pensar, y pensar era

lo único que él había hecho durante tres días. Le habló de cuando compró el edificio. Del primer año, cuando la maquinaria se rompía dos veces al mes y no podía permitirse un ingeniero. De Brennan, que había aparecido buscando trabajo y nunca se había ido. De la escuela: por qué la había construido, lo que costaba, las cuarenta libras de tiza que Rose había incluido en el testimonio.

—Debes de echar de menos Londres —dijo él. Sin pensar. Para llenar una pausa—. Todo esto... el humo, el ruido. Debe de ser muy diferente a lo que estás acostumbrada.

El lápiz de Maggie se detuvo.

—A lo que estoy acostumbrada.

—Clarendon House. La temporada. Me imagino que es...

—¿Te imaginas que es qué? —Ella levantó la vista del bloc—. ¿Bailes, cintas y vestidos bonitos? ¿Copas de cristal y conversaciones educadas? ¿Crees que eso es todo lo que somos, Samuel? ¿Que eso es todo lo que queremos?

—Yo no he...

—Porque si lo crees —si de verdad crees que las jóvenes con título y dinero no pueden desear nada más allá de un salón londinense y un carné de baile—, entonces suenas exactamente como mi abuelo. Y quiero a mi abuelo, pero él preferiría verme adornada con un lazo y sentada junto al fuego que haciendo algo que realmente importe. —Su voz era afilada. No airada, sino precisa. La precisión de los Sterling que salía como una hoja de espada cuando era necesario—. Estoy en Manchester porque Manchester es el lugar más interesante en el que he estado nunca. Estoy dibujando fábricas, niños y humo porque eso es lo que quiero dibujar. Nadie me obligó a quedarme. Nadie me retiene aquí contra mi voluntad. Yo elegí esto. Del mismo modo que lo eligió Rose.

El nombre aterrizó en la habitación como un cristal que se rompe.

—No lo hagas —dijo él.

—¿No hagas qué? ¿Decir su nombre? Ella existe, Samuel. Está en Londres ahora mismo, sentada en Clarendon House, rodeada de todo lo que tú crees que ella desea, y te aseguro que es infeliz. Lo sé porque conozco a mi hermana, y sé qué cara tiene cuando

encuentra algo que la hace dichosa, y sé qué cara tiene cuando se lo han arrebatado.

—Yo no te arrebaté nada.

—La mandaste lejos.

—Se la devolví...

—Se la devolviste a una vida que ella ya había abandonado. —Maggie cerró el bloc—. ¿Sabes lo que Rose estaba haciendo en su escuela? No estaba de visita. No estaba inspeccionando. Estaba planeando un colegio. Un colegio de verdad. Para todos los niños de Ancoats. Tenía redactado un plan de estudios, listas de proveedores, ideas de financiación; iba a usar su propio dinero, sus contactos y su nombre para construir algo que importara. En Manchester. En SU Manchester. Y tú miraste sus habitaciones y decidiste que ella preferiría tener un mantel.

El silencio que siguió fue de esos que tienen peso.

—Redactó un plan de estudios —dijo Samuel.

—Está en el cajón de la escuela. Lo he visto.

Él también lo había visto. Esta mañana. La caligrafía de Rose. Las cuidadosas notas sobre cada niño.

—Estaba construyendo algo —dijo Maggie, ahora más calmada—. No para ti. Para ella misma. Tú simplemente tuviste la suerte de estar a su lado mientras lo hacía. —Miró la silla en la que estaba sentada, la silla de Rose, la que habían cruzado por el patio—. Mi hermana es la persona más capaz que conozco. Podría dirigir el Parlamento si la dejaran. Podría dirigir Manchester. Eligió sentarse en esta silla, en esta oficina, en esta fábrica, porque aquí es donde quería estar. No porque se estuviera conformando con menos, Samuel. Sino porque estaba eligiendo.

Él se quedó mirando el escritorio. La lista de silabarios de Rose estaba en el cajón a dos metros de distancia. Su plan de estudios. Sus notas sobre Nell, Polly y Thomas Harmon, el que no hablaba pero respondía al dibujo.

Ella no había estado tolerando su mundo. Había estado construyendo el suyo dentro de él.

Y él le había dicho que se marchara.

—Nunca le pregunté. —Su voz era áspera—. Lo que ella quería. Nunca lo hice... me limité a mirar la habitación y a decidir por mi cuenta. No le pregunté.

—No. No lo hiciste.

—Le dije que se había vuelto menos.

—Y Rose —mi hermana, que jamás en su vida ha sido menos que nada ni que nadie— salió de este edificio creyendo que no era suficiente para hacerte cambiar de opinión. —Los ojos de Maggie brillaban—. ¿Entiendes lo que has hecho? No la has protegido de tu mundo. Le has dicho que no pertenecía a él. Y ella te creyó. Rose, que no cree a nadie sobre nada, te creyó a ti. Porque te quiere, y querer a alguien significa que su opinión es la única que realmente puede herir.

Él tenía las manos apoyadas sobre el escritorio. La madera estaba tibia por el sol de la tarde que entraba por la ventana. La ruina de Cartwright estaba ahí fuera, tras el cristal, y el aula estaba debajo de él, llena de niños por los que Rose había estado haciendo planes, y la silla que ella había arrastrado por el patio estaba en su despacho con otra mujer Sterling sentada en ella, y cada cálculo aritmético que había hecho desde la noche en que la besó estaba mal.

No porque los números fallaran. Sino porque había estado sumando la columna equivocada.

La necesitaba. No como necesitaba que la fábrica funcionara o que el aula sobreviviera; la necesitaba como los pulmones necesitan el aire. Como sus manos necesitaban el recuerdo de su mandíbula bajo sus dedos. Como la mañana necesitaba su voz en el pasillo diciendo algo mordaz, preciso y exacto. Había construido una vida que funcionaba y ella había entrado en ella y le había dado un sentido, y él la había echado porque tenía miedo.

—Tengo que ir a Londres.

Maggie lo miró durante un largo rato. Entonces sonrió; fue la primera sonrisa de verdad que le dedicaba desde que había cruzado la puerta.

—Por fin.

—No tengo un plan.

—No necesitas un plan. Necesitas un tren.

—No puedo presentarme sin más en Clarendon House. Su padre..., no le he preguntado a su padre...

—Mi padre le dijo a Rose que tenías agallas. Ir a Londres sin invitación para suplicar el perdón de su hija confirmará esa opinión. —Se puso en pie—. El tren de la tarde sale a las seis. Tienes dos horas.

—Maggie...

—No me des las gracias a mí. Dáselas a Rose. Ella es la que vio en ti algo por lo que valía la pena luchar. —Maggie se colocó el cuaderno de bocetos bajo el brazo—. Sugeriría llegar con un discurso mejor que «la aritmética estaba mal». Ese ya lo ha oído.

Los pasos de Maggie se desvanecieron por el pasillo y Samuel ya estaba de pie antes de que el sonido se extinguiera. Sus pulmones protestaron. Los ignoró.

El tren a Londres tardó cinco horas. Las pasó mirando por la ventana, viendo cómo Manchester daba paso a las tierras de cultivo y estas a las afueras de una ciudad en la que nunca había estado y en la que no tenía nada que hacer. Su reflejo le devolvía la mirada desde el cristal: ojeroso, sin afeitar, el rostro de un hombre que llevaba tres días sin dormir y seis horas sin un plan. Llevaba su propia ropa. El único abrigo bueno que poseía. La camisa que guardaba para las reuniones con los proveedores. Sin chalecos prestados. Sin chaquetas con aroma a cedro. Solo lo que le pertenecía, que nunca le había parecido tan poco.

Maggie le había dicho que fuera con algo mejor que la aritmética. Él no tenía ningún discurso. Tenía la verdad, y la verdad era sencilla y terrible: me equivoqué. En todo. Sobre ti y sobre mí, y sobre la distancia entre una habitación sobre una fábrica y cualquier habitación en la que estés ahora mismo. La distancia nunca fue el problema. El problema fui yo.

Lo ensayó. Lo descartó. Ensayó algo distinto. También lo descartó. El tren entró en la estación de Euston a las once y media

de la noche y Londres lo golpeó como un muro de ruido, de luces de gas y de gente que sabía a dónde iba.

Él no sabía a dónde iba. Conocía el nombre: Clarendon House, Mayfair. Le preguntó a un taxista. La tarifa era más de lo que esperaba. Todo en Londres era más de lo que esperaba.

Las calles de Mayfair eran más anchas y limpias que cualquier cosa en Ancoats, iluminadas por farolas de gas que proyectaban charcos constantes de luz sobre pavimentos que nunca habían visto el polvo del carbón.

Clarendon House era la casa más grande de la plaza. Por supuesto. Fachada de piedra, columnas, un pórtico que podría haber dado cobijo a toda su sala de hilatura. Ventanas oscuras en los pisos superiores. Una luz encendida en el salón de la planta baja.

Se quedó en la acera y la miró, y la distancia entre esta casa y todo lo que él era lo golpeó con tanta fuerza que estuvo a punto de dar media vuelta.

Tocó el timbre.

Un mayordomo abrió la puerta. Su mirada recorrió el abrigo de Samuel, su rostro, la hora. La evaluación fue breve y desfavorable.

—Samuel Holt. Vengo a ver a Lord Clarendon.

—Lord Clarendon se ha retirado por pasar la noche, señor.

—Dígale que Samuel Holt de Manchester está en su puerta. Me recibirá.

La duda en el rostro del mayordomo era evidente. Fue a preguntar. Samuel se quedó solo en un vestíbulo más grande que todas sus habitaciones juntas, y el suelo de mármol bajo sus botas estaba tan limpio que podía ver su propio reflejo en él, y el reflejo parecía no pertenecer allí tampoco.

Este era el mundo de Rose. Aquí era donde había aprendido a caminar, a leer, a organizar y a mandar. Solo este vestíbulo era mayor que todo su espacio vital. La lámpara de araña sobre su cabeza valía más que su beneficio anual. Rose estaba en algún lugar de esta casa. Lo suficientemente cerca como para llamarla. Eso tendría que ser suficiente.

—Sr. Holt. —Nathaniel Sterling bajó las escaleras en bata, con el pelo canoso sin peinar y una expresión indescifrable. Se detuvo en el

tercer escalón desde abajo y miró a Samuel.

—Lord Clarendon. Le pido disculpas por la hora que es.

—Viene de Manchester.

—En el tren de la tarde.

Nathaniel bajó los escalones restantes. La misma mirada directa que había tenido en la cena de Whitfield. Samuel no podía descifrar lo que había detrás.

—Mi hija está arriba.

—Lo sé. Necesito verla.

—Volvió de Manchester como si le hubieran arrancado algo de dentro. Testificó ante el Comité Selecto con una voz que podría haber conmovido las piedras, y luego volvió a casa y lloró durante tres horas. —La voz de Nathaniel era firme—. Rose no llora, Sr. Holt. No donde alguien pueda verla. Lloró donde su madre podía oírla a través de la puerta del dormitorio.

Las palabras aterrizaron como golpes. Samuel las absorbió. Se merecía cada una de ellas.

—Me equivoqué, señor.

—Sí. Se equivocó.

—La eché porque creía... porque miré lo que tenía y lo medí con lo que ella merecía y...

—Midió mal. —La voz de Nathaniel era queda—. Mi hija no necesita plata ni lino, Sr. Holt. Necesita a alguien que la vea con claridad. Ella pensó que usted lo hacía. Al parecer, estaba equivocada.

—No estaba equivocada. La veo. La veo más claramente de lo que he visto nada en mi vida, y tuve demasiado miedo para creer lo que estaba mirando.

Nathaniel guardó silencio durante mucho tiempo. Samuel esperó de pie con su único abrigo bueno bajo una lámpara de araña que costaba más que su fábrica.

—¿Qué me está pidiendo, Sr. Holt?

—Le pido ver a su hija. Y si ella me acepta... si puede perdonar lo que hice..., le pido su permiso para casarme con ella.

Otro silencio. Más largo. El corazón de Samuel golpeaba contra sus costillas con tanta fuerza que sus pulmones en proceso de

curación lo sentían.

—Permiso. —Los labios de Nathaniel se movieron—. Viene a mi casa a medianoche, sin avisar, después de haberle roto el corazón a mi hija, y me pide permiso.

—Sí, señor.

—Tiene usted agallas, Sr. Holt.

—Eso me han dicho.

La comisura de la boca de Nathaniel tuvo un espasmo.

—Iré a despertarla.

Samuel esperó. Le temblaban las manos. Las apretó contra los muslos, respiró y escuchó el tic-tac de un reloj en algún lugar más profundo de la casa.

Pasos en la escalera. No los de Nathaniel. Eran más ligeros. Reconoció el sonido antes de levantar la vista.

Rose apareció en el rellano. En bata, con el pelo suelto, la cara lavada. Parecía no haber dormido.

Se detuvo en la escalera. Lo miró desde arriba.

Él la miró. La escalera entre ellos y todo lo que representaba.

—Rose.

—¿Qué haces aquí? —No era una pregunta. El tono era plano. Cauteloso. Con los muros más altos de lo que él los había visto jamás.

—Me equivoqué.

—Te equivocaste. —Ella bajó dos escalones—. Te equivocaste. Me echaste del único lugar donde he sido feliz. Me dijiste que me volvería menos. Miraste una habitación sin mesa y decidiste que eso importaba más que todo lo que te dije, todo lo que te mostré y todo lo que sentí, y te *equivocaste*.

—Sí.

—¿Y ahora estás ahí, en el vestíbulo de mi padre a medianoche, esperando que yo... qué? ¿Que te perdone? ¿Que caiga en tus brazos? ¿Que te diga que, después de todo, la aritmética funciona?

—Estoy en el vestíbulo de tu padre a medianoche porque no podía quedarme en Manchester sin ti ni un día más.

Ella tensó la mandíbula. Le brillaban los ojos. Él veía lo que aquello le estaba costando.

—Vete, Samuel.

—Rose...

—No puedo hacer esto ahora. No puedo mirarte ahora mismo. —Se le quebró la voz. Se recompuso—. Hay una posada en Half Moon Street. Ve allí. Coge una habitación. Y dame... —Se llevó la mano a la boca. La bajó—. Dame hasta mañana para decidir si quiero escuchar cualquier cosa que tengas que decir.

—Rose, por favor...

—Mañana, Samuel.

Se dio la vuelta y volvió a subir las escaleras. Con la mano en la barandilla de caoba. Con la espalda recta. El pelo cayéndole entre los omóplatos. No miró atrás.

Nathaniel estaba en el umbral del salón. Lo había oído todo.

—Half Moon Street —dijo Nathaniel—. The Crescent. Dígales que le envía Lord Clarendon. Le darán una habitación.

—Señor...

—Váyase, Sr. Holt. Mi hija ha pedido hasta la mañana. Déle la mañana.

Samuel salió de Clarendon House a la noche londinense. El pavimento estaba frío bajo sus botas. Las farolas de gas ardían constantes. Mayfair estaba en silencio de una forma que Manchester nunca lo estaba.

En la posada The Crescent, en Half Moon Street, le dieron una habitación en el segundo piso. Pequeña. Limpia. Una cama de verdad con sábanas planchadas. Una mesa junto a la ventana con un mantel puesto.

Una mesa con mantel.

Se sentó en el borde de la cama. La posada era pulcra y silenciosa, había una mesa junto a la ventana con un mantel y a él le entraron ganas de reírse por aquello, pero el sonido no salía.

Ella no había dicho que fuera a verlo por la mañana. Había dicho que necesitaba hasta la mañana para decidir si quería escuchar algo de lo que él tuviera que decir. Eso no era una promesa. Era una mujer decidiendo si cerraba una puerta que él ya había dado de un portazo una vez.

Se recostó en las sábanas planchadas y miró al techo de una habitación que no conocía, en una ciudad a la que no pertenecía, y pensó en Rose en el rellano con su bata, mirándolo desde arriba como si fuera algo de lo que ya hubiera logrado sobrevivir.

Habría dado todo lo que poseía —la fábrica, el aula, cada penique y cada ladrillo— por la certeza de que ella abriría esa puerta por la mañana.

CAPÍTULO 22



Aguantó hasta las tres menos cuarto.

Dos horas y cuarenta y tres minutos mirando el techo del dormitorio de su infancia mientras Samuel Holt estaba en algún lugar de Half Moon Street —probablemente durmiendo, ¡qué desfachatez la suya!— como si una persona pudiera simplemente presentarse a medianoche, decir *me equivoqué* y luego marcharse mientras la mujer a la que había destrozado yacía despierta redactando una lista de todo lo que debería haber dicho en aquella escalera y no dijo porque se había quedado demasiado atónita para pensar con claridad.

La lista era larga. Y se estaba haciendo más larga todavía.

Insoportable. Esa había sido la primera palabra. Llevaba barajando opciones desde la una —*testarudo, cabezota, deliberadamente obtuso*— y se había decantado por insoportable porque abarcaba toda la dimensión de lo que era Samuel Holt. No era solo terco. No era solo orgulloso. Era insoportable de la forma en que solo un hombre que te ama puede serlo: decidiendo qué era lo mejor para ti sin consultarte, como si tu propia mente fuera un adorno en lugar de una facultad funcional.

Cabeza de chorlito. Esa también era buena. Las abuelas victorianas usaban esa expresión y tenía una contundencia muy satisfactoria. También *mentecato.* Y también *el alcornoque más*

monumental de todo el norte de Inglaterra, y posiblemente del sur también.

Retiró las mantas de un tirón.

No pensaba quedarse allí tumbada hasta la mañana. No iba a darle a Samuel Holt la satisfacción de una conversación mesurada y racional a la luz del día, en la que ella se presentara compuesta, él se disculpara y discutieran sus sentimientos como adultos civilizados. Tenía sentimientos, y no eran civilizados, y no iban a esperar hasta el desayuno.

Su vestido estaba sobre la silla. Se lo puso a oscuras —los botones mal a la primera, bien a la segunda, con los dedos torpes por esa clase de rabia que vuelve irrelevantes las habilidades motoras finas—. Se recogió el pelo con tres horquillas, que no eran suficientes, pero tendrían que bastar porque no pensaba sentarse ante un tocador a las tres de la mañana por un hombre que no se merecía ni una cuarta horquilla. Botas. Capa. La capa era de su madre —más pesada que la suya, cogida del gancho junto a la puerta del servicio porque fue la primera que su mano encontró.

La escalera del servicio era estrecha y oscura; la bajó más rápido de lo que debería y no le importó. La puerta trasera daba al callejón de las caballerizas detrás de Clarendon House. El aire nocturno la golpeó en la cara: fresco, húmedo, con olor a caballo y adoquines y a esa vacuidad particular de Londres entre la medianoche y el amanecer.

Caminó. Atravesó el callejón. Salió a la calle. Mayfair a las tres de la mañana estaba desierto, a excepción de un gato en el alféizar de una ventana y un farolero que terminaba su ronda, que le dedicó una mirada que decía *no es asunto mío* y siguió caminando. Sus botas resonaban con fuerza en el pavimento. Su capa ondeaba tras ella. Era la hija de un marqués caminando sola por Londres en la oscuridad, con la capa de su madre y tres horquillas en el pelo, y pensaba encontrar a Samuel Holt y decirle exactamente lo que pensaba de él, de sus aposentos, de su aritmética y de su colosal, asombrosa e *imperdonable* arrogancia al decidir lo que ella quería sin preguntarle.

Encontró un coche de alquiler en Curzon Street; el cochero dormitaba en el pescante con el sombrero sobre los ojos.

—A Half Moon Street. Al The Crescent.

Él se levantó el sombrero. La miró. Una mujer sola a las tres de la mañana.

—Ahora mismo —dijo Rose.

The Crescent era una posada de fachada estrecha encajonada entre un estanco y una sastrería. Rose pagó al conductor y entró. El portero nocturno tras el mostrador apenas levantó la vista de su periódico.

—Samuel Holt. ¿Qué habitación?

—No puedo dar esa informa...

—Ha llegado esta noche. De Mánchester. Lo ha enviado Lord Clarendon. ¿Qué habitación?

El nombre surtió efecto, del mismo modo que siempre funcionaba el nombre de su padre. El portero le dio el número de habitación. Segunda planta. Subió las escaleras de dos en dos porque había subido todas las escaleras de su vida de dos en dos y no pensaba reducir la velocidad ahora.

Habitación siete. No llamó. Aporreó la puerta.

Tres golpes. Fuertes. Con la palma de la mano contra la madera. El sonido resonó por el pasillo y no le importó a quién despertaba porque tenía cosas que decirle a Samuel Holt, cosas que se le habían ido acumulando en el pecho durante días y no pensaba esperar ni una hora más.

La cerradura giró y Samuel apareció en el umbral en mangas de camisa, a medio vestir, con el pelo desordenado por una almohada en la que claramente no había estado durmiendo. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Rose?

Ella pasó por su lado de un empujón.

—Tú. —Se dio la vuelta hacia él— Tú, insoportable, cabeza de chorlito, monumental...—

—Rose...—

—No me interrumpas. Tú tuviste tu discurso. En la escalera de la casa de mi padre a medianoche tuviste tu discurso y ahora voy a

tener el mío, y vas a quedarte ahí de pie escuchando cada palabra.

Él cerró la puerta. Se apoyó en ella. Su rostro estaba... Rose no quería mirar su rostro porque su rostro hacía mella en su determinación, y necesitaba su determinación en este momento más que el aire para respirar.

—Me echaste. —Le temblaba la voz. Dejó que temblara—. Del aula. De los niños. De la fábrica. De todo lo que estaba construyendo... de todo lo que YO ELEGÍ, porque tú decidiste por mí. Tú. No yo. Como si fuera una criatura frágil que no pudiera sobrevivir sin plata y cristal; como si no hubiera estado sentada a tu cabecera durante dos días lavándote el hollín de la cara y acompañándote durante la peor noche de mi vida. Como si nada de eso hubiera contado.

—Lo sé.

—¡No lo SABES! Porque si lo supieras... si tuvieras la más mínima idea de lo que hiciste, entenderías que la habitación nunca fue el problema. El humo nunca fue el problema. La mesa nunca fue el problema. —Estaba caminando de un lado a otro. No podía dejar de hacerlo. La habitación era demasiado pequeña, él estaba demasiado cerca y ella tenía el pecho demasiado lleno de todo lo que se había guardado desde aquel umbral en Mánchester—. El problema eras TÚ. Estando ahí, amándome, y negándote a dejar que yo te amara a mi vez porque habías decidido que no lo valías. Y yo no podía... Samuel, no podía hacerte ver...—

Se le quebró la voz. Dejó de caminar. Se presionó la cara con las manos. Respiró.

—No —dijo tras sus manos—. No te acerques. No he terminado.

—No me muevo.

Ella bajó las manos. Él seguía contra la puerta. Exactamente donde ella lo había dejado. Tenía los ojos oscuros y la mandíbula tensa, y su expresión era algo que ella no podía leer y no quería, porque leerla haría que dejara de gritar y aún no estaba lista para parar.

—Estaba planeando una escuela. —Hablaba más bajo ahora—. ¿Lo sabías? Una escuela de verdad. Para todos los niños de Ancoats. Tenía proveedores y un plan de estudios e ideas de financiación, e

iba a usar mi propio dinero y mi propio nombre para construir algo que importara. No por ti. Por mí. Porque había encontrado... —Tragó saliva—. Había encontrado lo que se suponía que debía hacer con mi vida, y estaba en Mánchester, y tú me enviaste de vuelta a Londres, donde lo único que me esperaba era un comité parlamentario que aprobó una ley sin fuerza y un dormitorio lleno de plata que no quiero.

—Rose.

—No he terminado.

—Sí que has terminado. Porque todo lo que acabas de decir es lo que he venido a decirte yo a Londres. —Se separó de la puerta. Dio un paso hacia ella—. Me equivoqué. No sobre la mesa. Sobre ti. Sobre mí. Sobre lo que creía que necesitabas y lo que me daba demasiado miedo ver que ya tenías.

—Ni se te ocurra darme la razón ahora mismo. He venido aquí a pelear contigo.

—Lo sé.

—A las tres de la mañana. Con la capa de mi madre. Con tres horquillas en el pelo.

—Ya lo veo.

—He parado un coche de alquiler yo sola en Mayfair.

—Eso es... —Algo cruzó su rostro— Eso es, de hecho, aterrador. Has caminado por Londres sola a las...—

—Ni se te ocurra darme lecciones sobre seguridad. Tú entraste en un edificio en llamas.

—Eso es diferente.

—No es diferente. Es exactamente lo mismo. Los dos somos unos idiotas que hacen cosas peligrosas por la gente a la que aman, y la única diferencia es que tú no quieres admitirlo.

Él estaba cerca ahora. ¿Cuándo se había acercado tanto? A dos pasos de ella, y el espacio entre ambos vibraba con algo que se había ido acumulando desde el salón y el chaleco y la mañana en la cama de invitados, y cada momento desde entonces en que ella había estado demasiado lejos para tocarlo.

—Sigo enfadada —dijo ella.

—Lo sé.

—Estoy furiosa.

—Deberías estarlo.

—Me rompiste el corazón, Samuel.

Él tensó la mandíbula. —Y voy a pasarme el resto de mi vida asegurándome de no volver a hacerlo nunca más, si me dejas.

—Eso no es una proposición.

—No lo es. Todavía no me he ganado el derecho a hacértela.

—No. No te lo has ganado.

Él estaba allí mismo. Tan cerca que podía tocarlo. En mangas de camisa, con el pelo revuelto y ojeras por no haber dormido, con las quemaduras todavía vendadas en los antebrazos; y la miraba sin guardarse nada. Simplemente Samuel. El hombre que ella había visto bajo todo lo demás desde la primera mañana.

—No he venido aquí para perdonarte —dijo ella.

—Entonces no lo hagas. Todavía no.

—He venido aquí para gritarte.

—Ya lo has hecho.

—No he terminado de gritar.

—Rose. Él levantó la mano. Lentamente. La mano quemada. Y le tocó la cara: la mejilla, la línea de la mandíbula; el mismo gesto de aquella mañana en la habitación de invitados cuando todo era posible y ninguno de los dos había tenido miedo—. No tienes que perdonarme esta noche. Puedes gritarme hasta que amanezca. Me merezco cada palabra. Pero necesito que sepas... necesito que me oigas decirlo...

—Dilo, entonces.

—Tú eras suficiente. Siempre lo fuiste. Fui yo quien no lo era y pensé... pensé que si te dejaba marchar encontrarías a alguien que sí lo fuera y, en cambio, yo solo... —Su pulgar acarició el pómulo de ella— Solo conseguí que los dos fuéramos unos miserables. Y Maggie me llamó idiota y tenía razón, y tu padre me llamó idiota y tenía razón, y tú me llamaste idiota en Mánchester y tenías razón, y aquí estoy, Rose. Estoy aquí. En una habitación con un mantel. Y cambiaría cada uno de los manteles de Londres por ti.

Ella soltó una carcajada. O un sollozo. El sonido salió y no sabría decir qué de las dos cosas era, ni tampoco importaba, porque la

mano de él estaba en su cara y sus ojos en los suyos, y estaba tan cansada de estar enfadada, tan cansada de ser valiente y tan cansada de mantenerse entera.

—Mi madre también te llamó idiota —dijo ella. Y lo besó.

Lo besó con fuerza. Desesperada. Cinco días de furia y de corazón roto se volcaron en la presión de su boca contra la de él. Él levantó las manos —ambas, la quemada y la sana— y la atrajo hacia sí, y ella cedió porque ya había terminado de luchar contra la atracción, de medir la distancia, de fingir que podía sobrevivir sin el peso específico de los brazos de este hombre rodeándola.

Él le devolvió el beso. Con fuerza. Su boca abriéndose contra la de ella, sus manos en la capa, buscando su cintura a través de la tela, atrayéndola más cerca. Ella percibió el sabor de la sal —lágrimas, suyas o de él, no lo sabía— y el aliento de él era entrecortado y su pecho subía y bajaba con fuerza y, cuando ella presionó su cuerpo contra el de él, él emitió un sonido que la recorrió como el fuego.

—Rose. —Contra su boca—. Debería... deberíamos hablar...

—Ya hemos hablado. —Ella se apartó lo suficiente para mirarlo. Su rostro. Sus ojos—. Ya hemos hablado bastante.

Lo besó de nuevo. Esta vez más despacio. Deliberadamente. Sus manos en el cuello de él, en su garganta, en los botones de su camisa. Un botón. Dos. La tela abriéndose bajo sus dedos y el calor de la piel de él irradiando a través de la abertura y el agudo jadeo de él cuando la palma de ella se presionó plana contra su pecho; podía sentir los latidos de su corazón, rápidos y fuertes, y algo en esa intimidad, la vida de él bajo su mano, hizo que su propio pulso flaqueara.

—Rose, si sigues haciendo eso no voy a ser capaz de...

—Bien.

Ella le apartó la camisa de los hombros —con cuidado sobre los antebrazos vendados, las quemaduras que había limpiado, curado y memorizado— y dejó que cayera. La cicatriz de la lanzadera en su mano derecha. Las marcas que el fuego había dejado. Conocía este cuerpo. Le había lavado el hollín mientras él dormía. Pero nunca lo había visto así: su piel desnuda a la luz de la lámpara, su pecho

subiendo y bajando, sus ojos fijos en su rostro mientras ella lo miraba.

Las manos de él buscaron los botones del vestido de ella. Sus dedos no estaban firmes.

—Deja que lo haga yo —dijo ella.

—Rose... —Él le sujetó las muñecas. Con suavidad—. ¿Alguna vez has...?

—No. —El rostro se le encendió y odió ese calor porque ella no se ruborizaba por las cosas que había decidido hacer—. No lo he hecho. Y si usas eso como razón para detenerte, no te lo perdonaré jamás.

Los ojos de él escudriñaron los suyos. Lo que encontró allí hizo que su mandíbula se relajara, que sus manos soltaran las muñecas de ella y que su voz se volviera queda de una forma que ella no había oído nunca antes.

—No me voy a detener. Voy a ir despacio.

—No quiero ir despacio.

—Vas a ir despacio. —Él le besó la frente. La sien. La comisura de los labios—. Confía en mí.

Ella se desabrochó sus propios botones porque sus manos estaban más firmes que las de él. El vestido se aflojó y dejó que cayera. Su camisa. La capa de su madre ya estaba en el suelo. Estaba de pie frente a él en algodón y a la luz de las velas y nada de aquello era lo que había planeado, y la vulnerabilidad de todo ello —el hecho de ser vista, de estar desnuda, de no tener donde esconderse— era más aterrador que cualquier sala de comité, patio de fábrica o edificio en llamas.

Las manos de él buscaron su cintura a través del fino algodón. El calor de sus palmas se extendió a través de la tela y en su piel, y a ella se le cortó la respiración porque nunca nada se había sentido así: el tirón en la boca del estómago, el anhelo entre sus caderas, la necesidad de estar más cerca que ninguna cercanía lograba saciar.

La boca de él en su cuello. El roce de su mandíbula contra su pulso. Su espalda se arqueó sin su permiso y el sonido que emitió no fue un sonido que reconociera. Las manos de él deslizaron la camisa hacia arriba —lentamente, sus dedos dejando un rastro de calor por

sus muslos, sus caderas, la curva de su cintura— y cuando la tela se alzó sobre su cabeza y el aire fresco tocó su piel desnuda, ella se estremeció y él la atrajo contra sí; el impacto de su pecho contra el de él, piel con piel, sin nada entre ambos, fue tan agudo que ella no pudo respirar.

—La cama —logró decir.

—Rose...

—Samuel. La cama.

Cayeron en ella y el peso de él se acomodó sobre ella y sus antebrazos se apoyaron a ambos lados de la cabeza de Rose; ella podía sentir la aspereza de los vendajes contra la almohada y las caderas de él contra las suyas, y la evidencia física y concreta de que él la deseaba tan desesperadamente como ella a él, así que tiró de él hacia abajo y lo besó.

—Te quiero. —La boca de él contra el hueco de su garganta y ella sintió las palabras vibrar a través de su piel—. Te quiero.

—Deja de hablar y... oh.

La boca de él bajó más y la sensación la atravesó con tal intensidad que apretó las sábanas con los puños, porque agarrarse a él la habría destrozado por completo.

—Samuel...

—Chist.

—No me mandes callar, estoy...

—¿Estás qué?

—Estoy... no puedo... oh, Dios...

Él fue minucioso. Sin prisas. Cada lugar que tocaba abría algo en ella que no sabía que estaba cerrado y no podía pensar —no podía organizar lo que le estaba sucediendo a su cuerpo en nada que tuviera sentido— y, por primera vez en su vida, dejó de intentarlo.

Los dedos de él recorrieron la línea de su cadera y el aliento la abandonó. Ella lo buscó —lo encontró, su longitud, su calor— y el sonido que él emitió contra su piel fue crudo y quebrado, y ella quiso escucharlo de nuevo por el resto de su vida.

—Ahora —dijo ella—. Samuel. Por favor.

—Por favor. —Él levantó la cabeza. Tenía los ojos oscuros. Su respiración estaba destrozada—. Rose Sterling ha dicho por favor.

—Te voy a asesinar en esta cama.

—Así está mejor. —Pero su rostro cambió; la burla dio paso a algo tierno y serio—. Si duele...

—No dolerá.

—Podría doler. Y si ocurre, dímelo. Me detendré.

—No te detendrás.

—Rose.

—Está bien. Te lo diré. Ahora, ¿quieres por favor...?

Lentamente. Sintió la presión de él y el estiramiento; desconocido, extraño, su cuerpo ajustándose a la realidad de algo que nunca antes había contenido. Un tirón agudo que la hizo jadear y todo el cuerpo de él se quedó inmóvil.

—No pares —dijo ella entre dientes.

—No voy a...

—No pares.

Movimiento. Lento. Y la agudeza se desvaneció en algo más: la plenitud de él, el peso, la forma en que su cuerpo se abría a su alrededor y el dolor se transformaba en un calor que se extendía desde donde estaban unidos por sus caderas y subía por su columna. La frente de él cayó contra la suya y ella podía sentir el esfuerzo de su contención en el temblor de sus brazos, y ella no quería su contención.

—Más —dijo ella.

Envolvió sus piernas alrededor de él y lo atrajo más profundamente y su espalda se arqueó separándose del colchón y todo se redujo a donde estaban unidos; el calor de él, el peso, su respiración agitada contra su cuello, la de ella acompañándolo, el ritmo creciendo entre ellos hasta que no supo decir dónde terminaba ella y empezaba él.

—Rose... yo...

Ella lo atrajo más cerca. Con más fuerza. Su mano en el pelo de él y su boca contra el oído de él y la ola también estaba creciendo en ella —llegando a la cresta— y ella pronunció su nombre contra su piel y sintió que él se estremecía y el mundo se volvió blanco y afilado y los brazos de él se apretaron a su alrededor y ella sintió que él se soltaba... total, completamente, con el estremecimiento

recorriéndole todo el cuerpo. Ella lo siguió; una ola de calor que rompió a través de ella y la dejó jadeando con la mano en el pelo de él y la boca de él en su hombro y un sonido entre ambos que lo llenaba todo.

La cabeza de él estaba en el pecho de ella. Su respiración se había ralentizado hasta volverse algo constante y cálido, y ella pasaba los dedos por el pelo de él sin decidirlo, del mismo modo que su cuerpo estaba haciendo cosas ahora sin consultar primero con su mente. Las sábanas estaban deshechas. Las almohadas estaban en el suelo. Y ella estaba total, completamente inmóvil.

—Samuel.

—Mm.

—Sobre el tema de la mesa.

—¿Qué pasa con eso?

—Tengo una dote.

Él levantó la cabeza. —¿Qué?

—Una dote. Una bastante sustancial. El acuerdo de mi madre. —Ella trazó la línea de la mandíbula de él—. ¿No se te ocurrió, en ningún momento de tus cálculos, que la hija de Lord Clarendon podría venir con dinero para comprar su propia mesa?

Ella observó cómo llegaba la comprensión; lenta, devastadora, los cálculos que él nunca había pensado hacer.

—Tienes una dote.

—Tengo una dote.

—Tienes... Rose, tienes una dote y no...

—No preguntaste. Nunca preguntaste qué traía yo. Estabas demasiado ocupado contando lo que te faltaba. —Ella volvió a tirar de él hacia abajo—. Habría vivido en esa habitación contigo. Con el humo y la única silla. Habría sido feliz. Pero ya que la situación de la mesa te ha tenido desvelado... sí, Samuel. Tengo dinero. Suficiente para una mesa. Suficiente para una escuela. Suficiente para lo que decidamos construir.

—Una escuela.

—Una escuela. En Ancoats. Para cada niño en aquella aula y cada niño que aún no tiene una. —Le besó la frente—. Mi dinero. Mi

plan. Mi escuela. Tú quédate con la fábrica. Yo me quedaré con los niños. Y solucionaremos el resto juntos.

Él se quedó callado durante mucho tiempo. Su cabeza en el pecho de ella. Su mano en la cadera de ella. La luz gris de la mañana a través de la ventana. Estaba tumbada en una cama en una posada de Half Moon Street con un hombre que no tenía mesa y nunca había sido más feliz en su vida.

—Cásate conmigo —dijo él.

—Eso no es una pregunta.

—¿Te casarás conmigo?

—Por supuesto que me casaré contigo, pedazo de idiota.

Él se rió contra su piel. La risa vibró a través de sus costillas y en el pecho que había estado vacío durante días, y lo llenó. Ella lo sostuvo allí y sintió la risa y pensó: esto. Esto es lo que se suponía que debían sumar los cálculos. No mesas. No mantelería. No la distancia entre Mayfair y Ancoats.

Esto.

—Rose.

—Mm.

—Te quiero.

—Lo sé. —Le besó el pelo—. He estado esperando a que me alcanzaras.

La luz de la mañana a través de la ventana. La mano de él en el pelo de ella. Mánchester esperándolos a ambos.

EPÍLOGO

La Escuela Sterling, Ancoats, Manchester — agosto de 1847

—Polly ha vuelto a coger la silla.

Hace cuatro meses, Polly Marsh anudaba hilos bajo un telar de algodón. Ahora había decidido que el mundo le debía un asiento junto a la ventana, y Rose no podía dejar de sonreír al respecto.

Samuel no levantó la vista de su escritorio. —Bien. Significa que está leyendo.

—Está *siempre* leyendo. La arrastra dos metros hasta la ventana, lee tres páginas de Crusoe y la abandona en cuanto llega Nell. —Rose se apoyó en el marco de la puerta del aula, observando la silla vacía bajo un rayo de sol de agosto—. Esa silla ha vivido más aventuras que la mayoría de la gente que conozco.

—Eso lo ha aprendido de ti. —Él dejó la pluma y la miró. Se limitó a mirarla, y a ella se le dio un vuelco el estómago como le venía ocurriendo desde hacía cuatro meses, porque Samuel Holt la mirara así era algo a lo que nunca se iba a acostumbrar—. Ven a casa a almorzar.

—Son las diez y media.

—Estoy planificando con antelación.

—Tengo catorce niños, una pila de cartillas por corregir, y Polly terminará el Crusoe para el viernes, lo que significa que tengo que encontrarle algo nuevo antes de que empiece con los informes parlamentarios.

—Ven a casa a almorzar, Rose.

—Samuel...

—Una hora. —Se apartó del escritorio y cruzó la habitación hacia ella. Sin prisas. Con las manos en los bolsillos. Ella conocía ese paso. No iba a dejarse desarmar por una forma de caminar—. Tú y yo. Sin niños. Sin pizarras. Sin correspondencia parlamentaria.

—No tengo tiempo para...

Él le quitó la cartilla de la mano. La dejó en el estante que había tras ella, lo que implicó estirarse por encima, y eso supuso que su brazo rozó el de ella, y que ella pudo oler el humo de carbón, el lino limpio y el calor que emanaba de él. No retrocedió.

—Una hora —dijo él—. Su voz se había vuelto más grave. —Haré que valga la pena.

A Rose se le aceleró el pulso de forma inoportuna. Cuatro meses de matrimonio y él todavía podía desmoronarla con su voz, seis palabras y la distancia entre su boca y su oreja. Era exasperante. Ella era una inspectora parlamentaria. Se había enfrentado a comités selectos. No debería quedarse sin aliento por culpa de un hombre que olía a polvo de algodón.

—Estás dando por hecho que no tengo planes.

—Siempre tienes planes. Tus planes sobrevivirán una hora sin ti —su pulgar recorrió el borde de la mandíbula de ella. Apenas un roce—. El resto del mundo puede tenerte toda la tarde. Yo te pido el almuerzo.

La expresión de su rostro hizo que a Rose le entrara calor y que la mente se le quedara inconvenientemente en blanco; tenía a catorce niños en esa sala y no podía permitirse estar pensando en lo que Samuel Holt estaba pidiendo en realidad.

—Señora Holt. —Era la voz de Nell. Pequeña y segura—. He terminado.

Rose se giró. Nell sostenía su pizarra: una frase completa, con cada letra temblorosa pero legible, cada palabra correcta: *La escuela*

está en Bengal Street.

El aula se quedó en silencio. Incluso Polly levantó la vista del Crusoe.

—Sí, así es —dijo Rose en voz baja.

Nell casi sonrió. Dejó la pizarra. Cogió la tiza. Empezó de nuevo.

La mano de Samuel se posó en la parte baja de la espalda de Rose. Su pulgar se movió una vez contra su columna —firme, seguro — y algo en el pecho de ella se abrió de par en par, porque él lo comprendía. Siempre lo comprendía.

Ella se aclaró la garganta. —Hace cuatro meses no sabía escribir su nombre.

—Lo sé.

—Si le dices a alguien que casi lloro por una pizarra, te reorganizaré toda la fábrica por puro despecho.

—No esperaría menos de ti. —Su boca estaba cerca de la oreja de ella—. ¿Eso es un sí al almuerzo?

—No he dicho que sí a nada.

—No has dicho que no. Contigo, eso es prácticamente una invitación.

Ella miró por la ventana. Más allá del patio, Cable Street. La puerta verde de Sean estaba abierta; recién pintada, destacaba contra el ladrillo oscurecido por el hollín. Había mujeres haciendo cola fuera con niños en brazos. Más cada día.

—Vuelves a mirar la puerta de Sean. —Un murmullo grave contra la coronilla de Rose.

—Se agotará antes de rechazar a nadie.

—Se parece a alguien con quien me casé. —Samuel apretó los brazos—. Una hora. Luego puedes volver y salvar el mundo.

—Eres imposible.

—Te casaste con lo imposible.

Ella observó el aula. Nell escribiendo. Polly leyendo. Catorce niños aprendiendo en un edificio que su padre le había regalado.

—Una hora —dijo ella.

—Una hora. La señora Whitfield ha enviado comida antes de que lo preguntes.

—Siempre envía comida. Se cree que no sabemos alimentarnos.

—No sabemos. Quemaste las gachas la semana pasada.

—Solo una vez.

—Gachas, Rose. Son avena y agua.

—Las proporciones eran más complicadas de lo que tú...

Él la besó. Lento y pausado, y Rose dejó de pensar en gachas y cartillas y en todo lo que no fueran sus manos y su boca y el hecho de que Samuel Holt besaba como hacía todo lo demás: como si lo sintiera de verdad.

Cuando ella se apartó, sin aliento, el aula no había cambiado. Nell seguía escribiendo. Polly seguía leyendo. Nadie se había dado cuenta, o a nadie le importaba, lo que en esa habitación venía a ser lo mismo.

—Una hora —dijo Samuel contra sus labios—. A partir de ahora.

Le cogió la mano y tiró de ella hacia la puerta. Rose lo siguió, porque su mano estaba cálida y el mundo, por una hora, podía apañárselas sin ella.

En el patio estaban Thomas y Maggie juntos sobre el cajón, con los cuadernos de dibujo abiertos y el carboncillo moviéndose al mismo ritmo. Los hombros de Thomas estaban relajados. No había hablado, pero su carboncillo se movía cuando el de Maggie lo hacía, y con eso bastaba. Brennan estaba apoyado en la pared detrás de ellos, sin mirar a Thomas. *Interesante.* No era asunto suyo. Todavía no.

Más allá de ellos, Cable Street. La puerta verde de Sean. La fila de mujeres avanzando.

Samuel entrelazó sus dedos con los de ella mientras cruzaban el patio. —Estás callada.

—Estoy pensando.

—Siempre estás pensando. ¿En qué?

—En el edificio. —Mantuvo la voz ligera. Mantuvo los ojos en el patio—. Puede que necesitemos añadir una habitación.

—¿Para los niños irlandeses?

—Entre otras cosas.

Él la miró. Ella sintió que se quedaba quieto a su lado, esa quietud particular que le entraba cuando los números no cuadraban y se ponía a recalcular.

—Rose.

Ella no respondió. Se limitó a mirarle y dejó que él lo viera. Todo lo que aún no había dicho. La cita con Sean de la semana pasada. La tranquila certeza que llevaba días guardando, escondida bajo las cartillas, las cartas y los planes, esperando el momento adecuado.

Él aminoró el paso. Se detuvo.

—Rose.

—Puede que necesitemos añadir una habitación —repitió ella en voz baja.

Entonces la mano de él apretó la de ella. Durante un largo momento, Samuel no dijo absolutamente nada.

Después, su rostro cambió. No era la sonrisa que ella conocía. Era algo nuevo. Algo que no había visto nunca y que quería pasarse el resto de su vida intentando volver a ver.

La atrajo hacia sí. Su boca contra su cabello, sus brazos rodeándola, su corazón martilleando contra el de ella bajo el sol de agosto. Rose cerró los ojos y se dejó abrazar; sintió su respiración, sintió cómo él apretaba el abrazo y supo con absoluta certeza que acababa de reorganizarle la vida una vez más.

—Añadiré tantas habitaciones como necesites, señora Holt.

FIN

ACERCA DEL AUTOR

Violet Sinclair escribe novelas románticas históricas galardonadas, ambientadas en los mundos que no puede dejar de investigar y en las historias de amor que no puede dejar de contar. Su serie American Heiresses — protagonizada por audaces mujeres americanas abriéndose camino en la Inglaterra de la Regencia — ha sido publicada en siete idiomas y leída en más de treinta países. Su nueva serie Hijos del Escándalo sigue a la siguiente generación en la era victoriana, donde el humo de las fábricas se encuentra con los escándalos de los salones y enamorarse es la reforma más peligrosa de todas.

Le atraen las heroínas que se niegan a ser complacientes y los héroes lo bastante inteligentes como para amarlas precisamente por ello. Sus libros son conocidos por sus diálogos incisivos, su meticuloso detalle histórico y ese tipo de tensión a fuego lento que hace pasar páginas mucho más allá de la medianoche.

Cuando no está escribiendo, probablemente esté releyendo a Lisa Kleypas por cuarta vez o discutiendo con sus personajes sobre si ya tienen permiso para besarse. (Nunca hacen caso.)

OTRAS OBRAS DE VIOLET SINCLAIR

Serie American Heiresses Libro 1: Her Duke of Duty and Desire Libro 2: A Marquess Worth the Scandal Libro 3: An Interview with a Rake Libro 4: A Lady by Midnight Libro 5: A Bride by Morning Libro 6: A Marchioness by Mistake Libro 7: The Widow's Most Improper Kiss

American Heiresses: Uncharted Colección de novelas cortas

Colección navideña de las American Heiresses The Widow's Christmas Wish The Artist's Christmas Portrait The Bluestocking's Christmas Challenge The Captain's Christmas Redemption

Hijos del Escándalo Libro 1: Humo y Sterling Libro 2: Fiebre y Fe *(próximamente)*